



FUNDACIÓN
COLISEE



HISTORIAS PARA RECORDAR

Vol.1

20 Historias de Vidas Únicas

HISTORIAS PARA RECORDAR. 20 HISTORIAS DE VIDAS ÚNICAS

© **Autora:** Laia Font Méndez

Editorial: Ángeles Carrillo Baeza

Imprime: Gráficas Alhorí (Ángeles Carrillo Baeza)

C/ Gascó Oliag, 10-B

46010 - Valencia

I.S.B.N.: 978-84-125962-5-0

Depósito Legal: V-180-2023

ÍNDICE

Prefacio.....	3
Anna Vergés: la voluntad de ser solidaria.....	5
Humberto Carrero: la revolución de la música.....	15
Juan Benítez y Fe Moya: compromiso por lo colectivo.....	25
Marcelina Losada: la historia de un viaje.....	35
Esteve Sala: el temblor de una vida intensa.....	45
Montserrat Rius: vida digna de una novela rusa.....	55
Manuel Monsalve: un rebelde con causa.....	65
Clara Palau: el activismo como seña de identidad.....	75
Antonio Montes: al servicio de la patria.....	85
Rosa Ferrer: una historia para ver más allá.....	95
Abel Blas: la vida de un emprendedor aventurero.....	105
Rosend Lozano: la educación es el camino.....	115
Carles Balañá: con barreras, pero sin límites.....	127
Josep Cabrerizo y Carme Fernández: una historia de amor.....	137
Luis Rosendo: pasión por el sonido del mar.....	147
Baltasar Virgili: un inquieto modernista.....	157
José del Rosal: “Lobo” para los Sioux.....	167
Josep Blanch: con la Iglesia hemos topado.....	177
Joan Sánchez-Fortún: el autoconocimiento como objetivo vital.....	187
Lucía Caballero: historia de una vida en positivo.....	197

SOBRE LA AUTORA



Laia Font Méndez (Sabadell, 1995)

Estudió Periodismo en la Universidad
Autónoma de Barcelona.

Ha escrito sobre cultura y sociedad
para medios nacionales como La
Vanguardia, Culturamas, Revista
Rambla o Herdes.

También ha escrito para medios
internacionales como Arcadia, Bitácora
de cine, La Nación o Majuscule Lit.

Es autora de *Y tú, ¿qué quieres ser de
mayor?* (Mr. Momo, 2020) y *Ninguna
herida* (Esto no es Berlín, 2022) y
guionista y codirectora del corto
animado *Enfermeras, origen y
profesión*.

PREFACIO

“La persona no es el cerebro, la persona no es la mente, la persona no es la conducta...

La persona, con toda su riqueza y complejidad, es el viaje. La persona es el producto singular de su biografía”.

Ramón Bayés

El proyecto *Historias para recordar* nace de la necesidad de reconocer el valor de las experiencias de las personas mayores por el hecho de haberlas vivido, más que por la notoriedad o la trascendencia de las mismas. En la sociedad actual, donde el hecho de la ancianidad está mal visto, urge la necesidad de resignificar el concepto aportándole todas sus visiones positivas y relegando al olvido aquellas que la condenan.

La experiencia de vida de las personas mayores es un valor en sí mismo, una riqueza que cualquier sociedad debería acumular y poner al servicio de aquellos que, en el amanecer de sus días, pueden aprovecharse de ella, no para evitar tropezar en la misma piedra —acto que se entiende necesario para aprender— sino para hacerlo provistos de la capacidad resiliente y de afrontamiento que permite disminuir la frustración de las caídas.

El tribal Consejo de Ancianos se ha perdido en la sociedad desarrollada actual. Ese valor que se otorga al mayor por el mero hecho de haber acumulado experiencias, esa escucha activa y respetuosa que dan los años de vida, es necesario recuperarla. Más aún en una sociedad en la que, solo en un siglo, se ha duplicado la esperanza de vida y, por tanto, el acúmulo de destrezas.

La carga semántica negativa que hemos dado a conceptos como anciano, tercera edad, vejez o senectud deben tornarse en significados positivos que focalicen en los valores que los mayores pueden aportar a un entorno que se puede enorgullecer de disponer de tal cantidad de personas experimentadas y con buena calidad de vida.

Es necesario, por tanto, empoderar de nuevo a las personas mayores para que sean conscientes del enriquecimiento personal y social que supone el proceso de envejecimiento y, al mismo tiempo, hacer ver a los más jóvenes el lujo que significa poder convivir con personas de dos o hasta tres generaciones anteriores a la suya.

Por todo ello, la Fundación Colisée creó el proyecto *Historias para recordar*, con el fin de recoger las historias de vida de las personas mayores, ensalzar su valor,

empoderarlas para que sean conscientes de la riqueza que pueden aportar a la sociedad y generar ese respeto desde las generaciones más jóvenes.

Este volumen solo recoge una veintena de esas historias, pero que, entre todas, acumulan más de 1.700 años de experiencias. Como la de Manuel, que se hizo emigrante para labrarse un futuro y acabó labrando también el de su comunidad; o la de Humberto que, tras luchar por lo que creía *su* revolución, supo ver dónde estaba la libertad; o la de Carles, espíritu de superación donde los haya, cuya limitación le ha motivado para romper esos límites; o las de Marcelina, Rosa o Montserrat, mujeres luchadoras que sortearon todas las dificultades posibles en una sociedad que no se lo ponía nada fácil... Y así podríamos seguir por tus abuelos, mi vecina o esa mujer que, cada mañana, vemos traspasar el umbral de la frutería calle abajo. Porque cualquiera que haya acumulado canas tiene el inmenso mérito de una vida, y el valor de una vida es incalculable.

Vicente Moros

Director Fundación Coliséé

* * *

Sobre la Fundación Coliséé

La Fundación Coliséé nace en 2005 para promover una sociedad sensibilizada y proactiva por la inclusión social del colectivo mayor. Porque solo una sociedad que cuida de las personas que antes cuidaron es una sociedad digna y humana. En la misma línea, el objetivo es trabajar por el reconocimiento del envejecimiento como una experiencia positiva. El fin último: alcanzar una sociedad en igualdad y sostenible para todas las personas.

La entidad favorece la inclusión social, la participación y la calidad de vida de las personas mayores. Promueve la investigación científica en el ámbito del envejecimiento. Y también es impulsora de acciones que estimulan la transición hacia un modelo respetuoso con el medio ambiente, la responsabilidad social, la sostenibilidad y el bienestar de las personas.

La Fundación Coliséé es la entidad sin ánimo de lucro de Coliséé España.

www.fundacioncolisee.es



Anna Vergés: la voluntad de ser solidaria

“Hay dos maneras de difundir la luz: ser la vela o el espejo que la refleja”.

Edith Wharton



Anna Vergés nació hace 66 años en la ciudad catalana de Terrassa. Después del bachillerato, estudió formación profesional en Dietética y trabajó como auxiliar de enfermería durante 40 años. En 2021, Anna se jubiló, pero no se desvinculó del sector sanitario, porque sigue aplicando todo lo que ha adquirido en su trayectoria profesional a través del voluntariado.

Cuando Anna se mudó a Sabadell, empezó a trabajar en el centro sociosanitario Albada, y más adelante estuvo en el Hospital Nen Jesús, en el Hospital Taulí, en el CAP II Sant Fèlix y en el Hospital Quirónsalud del Vallés. Por otro lado, también trabajó de camarera, porque su familia siempre ha tenido restaurantes. Cuando salía de su trabajo como auxiliar, por las noches se iba a servir mesas en un restaurante o copas en un bar. Durante muchos años, tuvo hasta tres o cuatro trabajos, no paraba. “Siempre estuve ocupada, de lunes a viernes”, declara. “Me gustaba hacer distintas cosas y además me iba bien monetariamente”, añade. Y es que Anna tenía un hijo pequeño del que hacerse cargo.

La primera experiencia de Anna en el mundo del voluntariado fue con quince años. Iba a una residencia de mayores en Terrassa y ayudaba a los usuarios con las comidas y a acostarlos, pero sobre todo les hacía compañía. “Me acuerdo mucho, porque entonces no era como ahora, que hay habitaciones de uno o de dos”, menciona, “antes las habitaciones eran colectivas, con muchas camas, mesitas y un montón de gente mayor en el mismo espacio”.

La experiencia de ayudar a los demás de forma desinteresada, sin esperar nada a cambio, abrió un nuevo mundo para Anna. Fue tan gratificante que, más adelante, cuando ya trabajaba y era madre, encontró la forma de incluir el voluntariado en su apretado horario; lo hacía en su tiempo libre. Además, hacer de voluntaria complementaba su trabajo como auxiliar, porque a menudo las tareas eran similares.

En Sabadell, Anna se hizo voluntaria de Cáritas. Mientras trabajaba con gente mayor en Albada, también cuidaba a gente mayor como voluntaria. Iba a los domicilios de las personas y, por ejemplo, si tenían alguna herida, les hacía las curas y les enseñaba a ellos mismos o a sus familiares cómo hacerlas. También les explicaba como tenían que levantarse de la cama o ducharse y, en general, hábitos que mejoraran su día a día.

Tras un tiempo cuidando a gente mayor, Anna quiso un cambio y empezó a hacer de voluntaria con niños y jóvenes. Iba al hospital infantil Nen Jesús y visitaba sobre todo a niños tutelados por la Direcció General d’Atenció a la Infància i l’Adolescència (DGAIA), el organismo de la Generalitat de Catalunya que promueve el

bienestar y el desarrollo de los niños y adolescentes en riesgo de exclusión social. “Por ejemplo, si tenían que operar a un niño del apéndice, me avisaban a través de Cáritas, iba allí y le hacía compañía”, relata.

Sobre los 27 años, Anna empezó a cuidar a un niño de doce que estaba enfermo del corazón. Como él no podía ir a la escuela, Anna iba en su lugar y recogía los apuntes y los deberes. Después, en su casa, le explicaba el temario y las tareas y le ayudaba a hacerlas. Al cabo de un tiempo juntos, el niño empeoró y su enfermedad acabó con su vida. Anna quedó tan afectada que dejó el voluntariado.

No fue hasta 2010, con 53 años, cuando se le presentó una nueva oportunidad para ser voluntaria. Esa fue la época más dura de su vida, porque solo un año antes, su único hijo, de 28 años, había muerto en un accidente. Lo cuenta, conmovida, antes de advertir: “Hoy estoy muy tonta”. Pero no hay palabras que puedan describir su dolor.

Por aquel entonces, Anna trabajaba en el área de oftalmología del Centro de Atención Primaria de especialidades médicas Sant Fèlix, junto a una doctora que conocía hacía pocos meses, pero con quien desarrolló una muy buena relación. Ella le contó que iba a viajar a Etiopía con otros profesionales sanitarios para hacer un voluntariado de oftalmología, organizado por una ONG en el marco de un proyecto llamado *Visió*, y le propuso unirse a ellos. Anna aceptó de inmediato.

“¡Claro que voy!”, exclamó entusiasmada y agradecida por la oferta. “Supongo que a la doctora le caía bien y le gustaba como trabajaba, porque de todas las auxiliares con las que trabajó, a la única a quien se lo dijo fue a mí”, revela.

El grupo emprendió el viaje hacia el país africano y se instalaron en las estancias habilitadas de la clínica en la que iban a trabajar durante dos semanas, en la ciudad de Mekele, la capital de la región del Tigray. La experiencia fue corta, pero intensa y muy positiva para Anna.

En el centro médico, en el que el grupo español trabajaba con personal sanitario local, Anna ayudaba con todo tipo de tareas. “No es como aquí, allí hacíamos de todo”, expresa. Las diferencias entre su trabajo en Sabadell y el que hizo en Etiopía estaban presentes en casi todo: los espacios, los recursos y los modos de hacer. “Tigray es una de las regiones más pobres de Etiopía”, explica.

“En la clínica se hacía toda la limpieza del mundo, esterilizando todo lo que era instrumental y material”, afirma “pero todo era muy precario, se hacía todo lo que se podía y con lo que se podía”, añade. En las habitaciones de los pacientes, Anna cuenta que había camas, una silla y un orinal, pero les faltaban palos de suero. “O

colgabas el suero en la ventana, si tenías la suerte de tener una al lado, o un familiar del paciente tenía que aguantarlo”, precisa.

En la clínica se realizaban operaciones de cataratas y estrabismo, un trastorno que en Etiopía es causa de una fuerte discriminación. Los pacientes eran de todas las edades, pero sobre todo gente mayor y niños. Se les cobraba por el servicio, pero era un precio simbólico, una cantidad que pudieran asumir.

El primer día de trabajo, a Anna le impactaron detalles como que allí, antes de realizar las intervenciones, se ponía una inyección a los pacientes para dormir sus ojos y se utilizaba un globo lleno de arena como peso para evitar que los ojos se inflamaran a causa de la inyección. “Allí se opera como se operaba aquí hace unos veinte años”, compara. “Aquí casi todo ya lo hace una máquina, con la técnica de la facoemulsificación, y ya no tenemos ni que poner puntos”, agrega.

El idioma del pueblo de Tigray es el tigríña, la tercera lengua más hablada del país, y aunque con los sanitarios Anna se comunicaba en inglés, allí aprendió algunas palabras locales para poder comunicarse con los pacientes. Tenían una pizarra en la que apuntaban conceptos y frases recurrentes, como “cierre los ojos” o “ahora le pondremos gotas”, y si esto no funcionaba, recurrían a las señas. Al final, siempre se acababan entendiendo.

Cada mañana, Anna y los demás se levantaban a las seis para ir a desayunar. Tomaban leche fresca de las vacas que había en el lugar y café etíope, “uno de los más buenos del mundo”, asegura, que servían con una ceremonia tradicional. También tenían mermelada, mantequilla y el pan típico etíope, llamado *ingera*, que es la base de su cocina. “Allí son muy pobres”, apunta Anna, “pero un plato de *ingera* lo tienen siempre”.

Cuando, por la mañana, los pacientes llegaban a la clínica, lo primero que hacían era entrar a una sala donde el médico valoraba, con una lámpara, qué ojos se tenían que operar, y si era solo uno, Anna lo marcaba con un trocito de esparadrapo. Después, como la mayoría de los pacientes eran de regiones rurales, es decir, de la montaña, y llegaban a la clínica andando, tras un viaje de horas o a veces incluso de días, el segundo paso era lavarse en un cubo de agua. Primero las manos, después la cara y después los pies. Posteriormente, se vestían con una bata y unos calcetines que les daban en el centro. Así, ya estaban listos para entrar a quirófano.

A continuación, se les ponían unas gotas para dilatar la pupila, una inyección y el globo con arena antes mencionado. Finalmente, se les tomaba la frecuencia cardíaca,

y si no indicaba ningún problema, empezaba la operación. Cada día se realizaban alrededor de 25 intervenciones, dos o tres al mismo tiempo.

Después de la operación, los pacientes pasaban la noche en el centro. Al día siguiente se les hacía la primera cura y se comprobaba que todo estuviera bien. Se les explicaba a estos y a los miembros de su familia que los habían acompañado, que normalmente eran muchos, cómo ponerse las gotas, tomar el antibiótico y el antiinflamatorio. Y se les daba el material necesario para hacerlo en casa.

Para Anna, el mejor momento del proceso era, sin duda, cuando daban el alta a los pacientes. “Estaban muy, muy, muy agradecidos”, resalta, recordando con alegría aquellos momentos. “Porque claro, el día de antes no veían nada, y en un día ya podían volver a ver”, reflexiona. La forma de agradecer de los tigríñas era cercana y cariñosa, a pesar de la barrera del idioma. Con besos, sonrisas, y a veces incluso alguna de sus canciones tradicionales.

A las dos, a las tres, o a veces a las cuatro, los sanitarios se tomaban un descanso para ir a comer. La comida habitual era pasta con salsa de tomate, todo tipo de verduras y, los días de suerte, un poco de pollo. Y todo muy picante. De postre, había mangos y plátanos, “buenos como los de Canarias”, asegura Anna, tanto que los comían a todas horas. “Allí el plátano y el café son los reyes”, proclama.

Algunas tardes, si no había ningún problema con algún paciente o imprevisto por el que tuvieran que volver a la clínica, Anna y sus compañeros aprovechaban para conocer la ciudad de Mekele. Debido a los pocos recursos del lugar, esta tenía muchas calles sin asfaltar, lamenta, pero le gustaba la zona del mercado. También, solían ir a cenar a algún restaurante; a tomar una cerveza, la St. George, típica de allí, que asegura que estaba muy buena; o a coger wifi en un hotel. Los domingos, salían de la urbe y hacían alguna visita turística. Recuerda, por ejemplo, ir a la ONG del misionero vasco Ángel Olaran, situada en la ciudad de Wukro, donde creó una comunidad de acogida para niños huérfanos y víctimas del VIH/sida.

“Trabajábamos muchísimo, pero me llenó tanto...”, reflexiona Anna, sobre la experiencia. “Fue muy bonito y estoy superagradecida”, agrega. Por ello, cuando la doctora le preguntó otro año si quería volver, no tardó ni un segundo en decidirse.

Durante los últimos doce años, Anna ha viajado como voluntaria a Etiopía cinco veces, pero ahora hace tiempo que no lo hace. En 2018, no pudo ir porque estaba cuidando a su madre, que tenía Parkinson, y el viaje siguiente se canceló debido a la

pandemia. Ahora no hay fecha definida para un próximo, porque en noviembre de 2020 empezó la guerra de Tigray y aún perdura.

El conflicto enfrenta al gobierno central de Etiopía con la autoridad regional, el Frente de Liberación del Pueblo de Tigray (TPLF). Ha causado un gran número de muertes, saqueos y casos de violencia sexual. Ha convertido a muchos etíopes en refugiados. Y se calcula que ha privado el acceso a los servicios básicos a unos seis millones de personas.

Tras la muerte de su hijo, Anna descubrió, a través del voluntariado, que ayudando a los demás también se ayudaba a sí misma. “En Etiopía no me dolía nada, te metías tanto en el trabajo de ayudar a los demás que no tenías tiempo de pensar en lo tuyo”, recuerda. Y esa misma sensación permanecía durante un tiempo después de volver. “Cuando llegaba aquí, parecía que todo hubiera cambiado, me sentía muy bien conmigo misma”, cuenta.

Al regresar de Etiopía, su percepción de las cosas cambió por completo. “Cuando ayudas, ves todo lo que hay detrás. Aquí, la pobreza no se ve, si hay alguna persona sin hogar en la calle la gente no se hace a la idea, pero cuando realmente te das cuenta, empiezas a verlo todo distinto”, asegura. “De todas formas, desde la muerte de mi hijo, yo ya lo veo todo distinto”, comparte. “Me planteo la vida y el día a día de forma muy diferente. Hay que ser feliz, como se pueda”, añade.

Habiendo trabajado en contextos sanitarios tan dispares, en España y en Etiopía, Anna se dio cuenta de que “aquí nadie agradece nada y todo el mundo se queja por todo”. Y en su caso, no fue hasta conocer la precariedad en la que viven en Tigray, que se dio cuenta de que “en realidad la vida es muy simple y lo que importa es tener lo básico”.

Incluso allí, donde lamentablemente no tenían ni lo básico, afirma que todo el mundo siempre sonreía, que con poco se sentían felices. Y si bien esta declaración puede ser controvertida, lo dice una persona con experiencia en el lugar, y que justamente ha dedicado su tiempo y conocimientos para proporcionar a algunos tigríñas uno de los derechos básicos prioritarios, la salud.

Cuando mira a su alrededor y se fija en cómo están las cosas en Cataluña, España, Europa o el Norte global en general, Anna se muestra pesimista. “La gente tiene mucha tontería y envidia, y cada vez está más tensa y reactiva”, observa. “Dijimos que la pandemia nos cambiaría, pero no ha sido así”, objeta. En cambio, cree que “cada

vez vamos a peor”, porque “cada vez hay menos trabajo, más pobreza y más desigualdades”.

El pesimismo y la mirada crítica de Anna, en vez de paralizarla, la siguen movilizándolo. Con su disposición a ayudar y su permanente afán de cambio, junto a los buenos recuerdos que conserva de Etiopía y la llegada de su jubilación, el año pasado vio en Internet que en el Hospital de Campaña de Santa Anna de Barcelona buscaban voluntarios, y decidió apuntarse.

Ahora, cada lunes por la noche viene a Barcelona desde Sentmenat, el pueblo en el que reside, para ayudar a servir cenas, y los jueves por la mañana para ayudar a servir desayunos, en ambos casos a personas sin hogar o, cada vez más, a personas que no llegan a fin de mes. Pero de lo que se trata, también, es de hacerles compañía.

Lo que Anna no esperaba encontrar haciendo de voluntaria en Barcelona es a tanta gente local, nacida en Cataluña que necesiten ayuda. Y tras unos meses, afirma que cada vez hay más. Como causas de ello, señala los efectos de la pandemia, sobre todo en personas que tenían negocios, autónomos que han tenido grandes pérdidas, y el aumento de la precariedad y el encarecimiento del coste de vida. Sube el precio de la luz, de la gasolina, del alquiler, de la comida, pero no los sueldos ni las pensiones de quienes han trabajado durante toda la vida, se queja.

“La situación es muy jodida, porque si eres mileurista, ¿cómo pagas todo esto? La vida está muy difícil”, lamenta. Anna desmiente tajantemente la creencia, a veces generalizada, de que en Europa no hay pobreza. Sugiere que esta, o se camufla o no se quiere ver. “Hay mucha gente que vive en pobreza aquí, cada vez más”, insiste.

Entre las personas que acuden al comedor social, “hay muchas que no quieren decir nada”, comenta, “pero otras explican sus vidas, que han cruzado el desierto, que han pasado hambre y sed, que no tienen nada”, se refiere sobre todo a chicos menores de edad que llegaron a España solos, la mayoría desde Marruecos, conocidos como Menores Extranjeros No Acompañados (MENAS), que se encuentra a diario.

Tras tantas historias parecidas que ha ido escuchando, cuenta que estos jóvenes se encuentran en una situación muy vulnerable. La mayoría han sido tutelados por la Generalitat, pero cuando cumplen dieciocho años, se quedan en la calle “con una mano delante y otra detrás”. Entonces, tienen muchas dificultades para obtener documentación y trabajo, porque el sistema no se lo pone fácil. “Se van de su país porque creen que aquí tendrán una vida mejor, pero aquí lo que tienen es una vida peor porque en casa, supongo, al menos tienen un plato de comida”, lamenta.

Un día, en el comedor social, Anna le preguntó a un chico marroquí qué edad tenía, este respondió que dieciocho años, y ella no pudo evitar decir “pobrecito mío”, provocando una reacción de enfado en otro chico, mayor, que criticó su comentario. Entonces ella, firme, se explicó: “Pobrecito mío, sí, porque tiene la edad de estar con su familia, y no aquí solo, pidiendo y buscando comida”.

Cuando los chicos tienen heridas, Anna les realiza curas. “Me dicen *me he caído*, pero no es verdad, las heridas son de las peleas”, cuenta. Afirmo que a veces a los chicos les queman los carros con sus pertenencias, o que la policía hace “limpieza” y se las quitan, aunque solo tengan un trozo de cartón. “Eso es su casa”, señala Anna, con rabia. “Duermen a la intemperie y a veces te dicen *estoy muy dolorido*”, añade, “¿pero cómo no van a estar doloridos si a veces en tu propia cama ya te levantas contracturada?”. En la calle, explica que lo pasan muy mal, en invierno porque pasan mucho frío y en verano porque hace demasiado calor y apenas pueden ducharse.

El día de la entrevista, nos encontramos con Anna cerca del Hospital de Campaña Santa Anna, en el Portal de l'Àngel de Barcelona, al lado de la Plaza Cataluña. “Desde la estación de tren hasta aquí me he encontrado nueve personas en la calle, siete delante de El Corte Inglés”, articula. Ahora que es más consciente, se fija más que antes en las personas sin hogar. Y eso es precisamente lo que cree que debería hacer más la gente, aunque piensa que, sin una experiencia cercana a esas situaciones, como un voluntariado, es difícil que lo vean.

“Hay días que vuelvo a casa muy mal, con mucha pena”, confiesa. Sin embargo, sentir que es de ayuda, el agradecimiento que recibe y las relaciones que ha ido forjando haciendo de voluntaria la mantienen en pie. “Nos vemos la semana que viene y me enseñas como están las heridas, eh”, reproduce, enseñando en su móvil una foto de ella con un hombre que suele acudir al comedor.

Anna opina que el problema de la pobreza es una cuestión política. Apunta a gastos innecesarios, a la corrupción, a la buena vida de según qué políticos como la raíz del asunto. “¿Dónde va el dinero? No va a ayudas”, suelta. Pero precisamente porque cree que hay tantos cambios por hacer y que son tan difíciles de conseguir, piensa que lo que debemos hacer la gente es ayudarnos los unos a los otros.

Por ello, valora enormemente el trabajo de las ONG y de los voluntarios, y también las pequeñas iniciativas individuales y anónimas. Por ejemplo, que los dueños de restaurantes entreguen su comida sobrante a quien lo necesite, en contraste con empresas que “antes de dejar la comida en el contenedor, la destrozan para que nadie la pueda coger”.

Si hubiera más gente que mirara más allá de su ombligo y que se involucrara para ayudar a los demás, la situación mejoraría. “Ahora cada uno mira por su cuenta, si tienes tu vida solucionada, el resto da igual”, se queja. Y aunque admite que con el ritmo de vida actual no es fácil encontrar el tiempo, cree que todo el mundo puede aportar su granito de arena, por pequeño que sea. Utiliza su experiencia de ejemplo: “Yo siempre he trabajado, pero siempre he encontrado un espacio para poder ayudar”. Anima a los jóvenes, a los trabajadores y también a los jubilados a tomar partido.

Ahora que Anna ya no trabaja, asegura que hacer un voluntariado aporta numerosos beneficios a los jubilados porque les mantiene ocupados, les ayuda a salir de casa, les permite conocer a gente y les hace disfrutar. Para Anna, ayudar es pasarlo bien.

Como alguien que siempre ha sido muy activa y que lo sigue siendo hoy, tiene un mensaje muy claro para las personas que se hayan jubilado: “Si ahora dispones de tiempo, no te quedes en casa, tienes que salir y hacer cosas. Ayudar, ir al teatro, leer... Lo que sea, pero haz cosas”, recomienda. “Porque si no, te vas amuermando”, añade, con una sonrisa.

A ella, por ejemplo, le encanta viajar, conocer a gente nueva y descubrir otras culturas. Ha estado en Jamaica, la India, Costa Rica, Brasil y Marruecos, entre otros países. “Ahora lo hago a través del Imsero. Este verano me voy a un balneario a Lanjarón durante doce días”, informa, contenta.

Y cuando pueda, tiene muchas ganas de volver a Etiopía.



Humberto Carrero: la revolución de la música

“Hasta la victoria, siempre”.

El Che Guevara



Humberto nació en 1940 en La Habana, la capital de Cuba. Su padre era tabaquero y trabajó como inspector de hacienda y su madre como costurera. Estudió en una escuela presbiteriana hasta los once años y, de golpe, su infancia terminó. Cuando al año siguiente fue a hacer el bachillerato en la escuela en la que ya iba su hermano mayor, solo estuvo tres meses, porque tuvo que huir.

Los alumnos tenían que llevar un uniforme de camisa blanca y pantalón vino, pero nadie lo traía puesto de casa, se lo ponían en el recinto. “Pero un día el director la cogió conmigo, se encaprichó y me preguntó por qué no venía con el uniforme”, explica Humberto, “y yo le dije “me lo voy a poner en el baño, como hace todo el mundo”. Entonces el hombre se lo llevó a dirección, y allí empezó a pegarle. Humberto reaccionó defendiéndose, cogió una silla y se la tiró.

Los compañeros de Humberto le dijeron que tenía que salir de allí corriendo porque el director iba a llamar al Servicio de Inteligencia Militar (SIM), uno de los principales órganos represivos del régimen de Fulgencio Batista. “Esa gente no preguntaba, te cogían y te mataban”, asegura. Y el presidente de la Federación Estudiantil Universitaria (FEU), Manzanita, lo ayudó a escapar. Humberto se fue a un barrio popular en el que la policía no se atrevía a entrar, donde vivía un tío suyo. Mientras tanto, la FEU registró su casa e incluso maltrató a sus padres.

Cuando el hermano de Humberto fue a contarle a su padre la situación, este pidió ayuda a Alfredo Hornedo, un poderoso político y empresario de la época que era amigo suyo, y él le aconsejó que Humberto y su hermano se fueran a la ciudad de Guantánamo, donde tenían familia. Con doce años, y su hermano con dieciséis, se fueron a vivir a la otra punta de la isla. Allí se encontraron con su primo, de dieciocho años, que era el jefe del Movimiento 26 de Julio, la organización antiimperialista liderada por Fidel Castro que pretendía derrocar la dictadura de Batista.

Un día, el primo de Humberto les dijo a él y a su hermano que Fidel Castro y el Che andaban cerca, y fueron a verlos, pero los encontraron en el peor momento. “Aparecieron los tigres de Masferrer, el ejército paramilitar que respondía a Batista, y se formó una refriega que nos cogió en medio”, explica. Entonces su primo dijo “ahora no podemos irnos a Guantánamo, tenemos que irnos con esta gente”. Así que se integraron en el grupo que se dirigía hacia la Sierra Maestra. Tardaron más de una semana en llegar y, una vez allí, Humberto recuerda que Fidel le preguntó a su hermano Raúl, en tono de burla, “¿te has traído un círculo infantil?”, y él le respondió “¡esta gente estaba ahí y tuvo que irse con nosotros!”. Como Humberto, su hermano y

su primo, había otros menores que se habían encontrado en la misma situación y habían tenido que seguirlos.

Estuvieron cinco días en un campamento en medio del bosque, hasta que Fidel reunió a los niños, les preguntó su edad y su nivel de estudios y, viendo que eran tan jóvenes, les dijo que se pusieran a estudiar con el Che. Este, se dirigió a Humberto extrañado. "Tú tienes doce años, pero la historia que me han contado es que tuviste un problema con el director del instituto que pertenecía al SIM", le dijo. Humberto le contó lo que había pasado, y el Che le respondió "me parece que eres un poquito relambido", pero añadió "es muy interesante, esto. Te vas a quedar en mi columna, te voy a poner en la retaguardia".

Desde 1957 y hasta el triunfo de la Revolución en 1959, Humberto estuvo en el ejército rebelde junto al Che. De esos tiempos recuerda, por ejemplo, una noche en la que tomaron un cuartel militar. Fidel había dado la orden de que nadie actuara hasta que él no lo indicara, pero Humberto y dos compañeros de su edad, Acevedo y Caralinda, no hicieron caso. "Como somos muchachos, podemos entrar y no van a sospechar", plantearon. Así, tres niños consiguieron sacar a 25 militares del cuartel con los brazos arriba. Fidel lo vio desde lejos, y cuando entendió lo que había ocurrido, fue a regañarlos. Luego, fue a hablar con el hermano de Humberto. "Tu hermano es muy arriesgado, hay que cuidar al muchacho", le dijo.

Cuando habla del Che o de Fidel Castro, Humberto lo hace como si hablara de cualquier persona, y no de personajes tan relevantes a nivel histórico. "Yo los veía normal, porque a mí me trataban normal", precisa. Y tiene una actitud similar ante los hechos tan importantes en los que participó entonces. No los ha romantizado porque los vivió desde dentro, y no le da importancia a su implicación, al contrario. Él y los demás niños estaban allí casi por azar, aunque creyeran en los ideales revolucionarios del movimiento, y querían lo que quería cualquier persona de su edad. "Éramos siempre muy jaraneros", dice, "no le prestábamos mucha atención a lo que estaba pasando".

Cuando llegaron a La Habana, Humberto tenía dieciséis años y ya era capitán. Lo mandaron a organizar las milicias en la Isla de la Juventud, y lo recibieron con sorpresa. "Pero si es un niño", decían. "Sí, pero un niño con cojones", les respondía él, con la actitud audaz, pero a la vez serena que sigue teniendo hoy. Poco después, en enero de 1959, derrocaron la dictadura de Batista y Fidel Castro tomó el control del país. Entonces, este dio una orden para que los miembros del ejército rebelde terminaran sus estudios, y Humberto hizo un curso intensivo para terminar el bachillerato y más tarde empezó a estudiar en la universidad.

“Antes del 1959, Cuba nunca había sido democrática”, explica, “y con la revolución se hicieron muchas cosas. Todo el mundo trabajaba, iba a la escuela, había hospitales... Había de todo”, enfatiza. Pero según él, la situación empezó a empeorar con los años, y siempre se mostró muy crítico con la dirección que tomaba la política en su país. De hecho, nunca formó parte del partido comunista. Cuando tenía veinte años le propusieron entrar al comité central y él, que tenía sus ideas muy claras gracias a la formación que había recibido del mismísimo Che, dijo que no tras leer los estatutos. “Allí mandaban solo cinco a 100 personas, y tú no podías decir nada”, señala.

Al mes de llegar a La Habana, Humberto se presentó en casa de sus padres, y su padre, que era muy conservador, lo recibió diciéndole a su madre “aquí tienes al rebelde”. Sin embargo, toda la familia se alegró y celebró su regreso, y un mes después también volvió su hermano. Entonces, Humberto, que estaba durmiendo en un cuartel, se instaló de nuevo en su casa.

Durante la invasión de Bahía de Cochinos, en 1961, mandaron a Humberto a Santiago de Cuba con la función de resguardar la isla, y en 1963 se fue con el Che a África, con el objetivo de ofrecer apoyo a los movimientos revolucionarios del continente, donde algunos países empezaban a independizarse de las colonias. Estuvieron en Angola, Mozambique y Sudáfrica. “Él era una persona que contaba con la gente”, dice Humberto, del Che, “pero yo no lo veía claro”. Y es que no pudieron llevar a cabo los planes previstos, según Humberto, por falta de implicación. “El único que estaba por la faena era Agostinho Neto”, dice, del político angoleño que más tarde sería presidente. Ocho meses después volvieron a Cuba.

En esa época, Humberto empezó a trabajar en el Ministerio de Comercio Exterior. “Yo atendía los almacenes de La Habana, donde estaba todo lo que se producía en Cuba para exportarlo”, cuenta. Los productos más comunes eran zumos, piña y guayaba. La mercancía se mandaba sobre todo al bloque soviético y afirma, extrañado, que también a España. “A mí me han dicho los viejos de aquí que nunca se vio producto cubano en España”, comenta, “seguro que Franco lo vendía en otro lado”.

En la universidad, Humberto empezó a estudiar la carrera de música, se implicó con un grupo, y decidió que esa era la dirección que quería tomar en su vida; estaba cansado de ser militar. “A mí no me gustaba vestir uniforme ni que me mandaran tanto”, expresa. Él es un alma libre que no tolera autoridad. “Porque una cosa era estar en la Sierra Maestra de guerrillero y otra es lo que vino después”, añade. Por ello, fue a hablar con el Che para decirle que quería dejar el ejército y dedicarse a la

música. Este le aseguró que Fidel nunca daba bajas, pero igualmente lo animó a ir a pedirselo, deseándole mucha suerte, porque la iba a necesitar.

Cuando Humberto llegó a la oficina de Fidel, los guardias no le dejaron entrar. Le dijeron que tenía que sacar un permiso, y él respondió indignado ante la imposibilidad de dirigirse a alguien que había sido tan cercano y ante una burocratización e institucionalización que ya le parecían exageradas. Después de montar una escena en la entrada, pudo pasar, y ya con Fidel, se quejó: “Yo nunca tuve que pedir permiso para verte”, y él respondió con excusas. En esos momentos, Humberto ya se sentía decepcionado con los cambios que Fidel y los suyos estaban haciendo, y parecía que solo el Che era también consciente de ello. “Estamos cambiando y no nos estamos dando cuenta”, se acuerda que este le dijo. De todas formas, cuando Humberto le dijo a Fidel que quería dejar el ejército este cogió un papel y le dijo “te lo voy a firmar, pero tienes que hacerte músico”.

Un día, el Che llamó a Humberto y le contó que iba a viajar a Bolivia con la intención de iniciar una revolución que, desde allí, pudiera propagarse por toda Latinoamérica. Le propuso unirse al grupo, y Humberto dijo que no al instante. Él había viajado a ese país, y también a Venezuela, Nicaragua y Uruguay, cuando trabajaba en el ministerio, y tras lo que había visto allí, además de su experiencia en África, creía que sus planes no funcionarían. Lamentablemente, tuvo razón, porque en 1967 el Che fue fusilado en Bolivia.

Muchos años después, en el marco de la independencia de Angola de Portugal y el inicio de la guerra civil en el país africano, Agostinho Neto le pidió ayuda militar a Cuba. Entonces Fidel Castro reunió al ejército rebelde, les pidió que se fueran hacia allí, y Humberto aceptó. “Solo éramos 500”, cuenta, “y no nos veíamos desde hacía años”. Esa fue la mayor operación militar de Cuba en el extranjero, que contribuyó a mantener la independencia de Angola y debilitó el apartheid de Sudáfrica. Además, fue también el último viaje militar de Humberto. Después de eso, se centró plenamente en su pasión, la música.

Empezó a tocar con el conocido percusionista Tata Güines, acompañándolo con los Tataguinitos, y también era el mánager del grupo. “Yo hacía percusión, aunque terminé tocando la campana, porque era más fácil para dirigirlos a todos”, bromea. Pero tras un problema con el músico y su mujer, el grupo se disolvió y entonces Humberto formó otro, Candombe. Les fue tan bien que en 1986 se fueron a España para hacer una gira de un año.

“Llegamos a Madrid y de ahí salíamos a todas partes. Estuvimos en Bilbao, Lugo, Orense, Sevilla...”. Al cabo de unos meses, su representante quiso que se instalaran en Barcelona porque allí tenía a su mujer y a su hijo, y Humberto no creyó que fuera

una buena idea, porque la capital era una mejor localización para desplazarse por España, pero al final cedieron. Así, en Barcelona empezaron a trabajar en salas como Apolo y Antilla todas las semanas, y en diciembre de 1994 tocaron en una discoteca del municipio de Cornellà. Allí, Humberto conoció a María Ángeles, su actual mujer.

Desde ese día, Humberto y María Ángeles siguieron viéndose, pero cuando en julio terminó la gira, aunque cuatro integrantes del grupo decidieron quedarse a vivir en España y a Humberto no le faltaban ganas, él quiso volver a Cuba. “Yo sabía lo que era quedarse en un lugar sin papeles y sin nada”, declara, pues a lo largo de sus viajes, algunos compañeros se habían quedado a vivir en los países que visitaban y sabía las dificultades que habían pasado a nivel económico y para conseguir los permisos de residencia y de trabajo. Además, Humberto entonces ya tenía 54 años, y en Cuba tenía a su madre y a sus hijos. Cuando María Ángeles insistió, él le dijo, firme: “Si quieres que venga, nos casamos”.

Humberto volvió a Cuba, y en septiembre del mismo año ella viajó a la isla caribeña para comprobar que todo lo que él le había contado de su vida era verdad, como que no estaba casado, aunque en su casa vivían sus hijos y la madre de estos. A ella le sorprendió la situación, pero él se explicó: “En Cuba no pasa eso de que te divorcias y buscas tu casa. O vives en casa de la suegra o vives en tu casa”. En ese viaje, ella conoció a su familia y, satisfecha, aceptó casarse. Como en ese momento la madre de Humberto estaba enferma y no quería dejarla sola, él se quedó en Cuba, ella volvió a España y se casaron por poder. Pero, pocas semanas después, la madre de Humberto murió. Entonces, él hizo las maletas y se fue definitivamente. En España se instaló en el pueblo catalán de Castellar del Vallès, de donde es su mujer.

“En un año me encontré el país muy cambiado, porque cerraron muchas discotecas”, lamenta. Al llegar, formó un nuevo grupo, Unión Havanera, y empezó a trabajar en locales como el Mojito de Barcelona, pero ganaba muy poco. Entonces, pensando una alternativa, optó por dar clases de percusión y trompeta en una escuela del distrito de Gracia de Barcelona, y más adelante intentó hacerlo en la Escola Superior de Música de Catalunya (ESMUC).

“No le caí bien al director”, resume sobre su experiencia. Para que pudiera ser profesor, este le pedía el título universitario de música, pero Humberto no lo había traído. Entonces otro profesor cubano le dijo al director “no tienes un profesor de percusión. ¿Vas a perder la oportunidad? Hazle un examen”, y Humberto hizo las pruebas, que evidentemente aprobó, pero el director seguía resistiéndose. Poco después, Humberto descubrió a través de amigos que trabajaban allí, que si él entraba el hombre podía perder su trabajo. “Él era director porque en esa época si tenías un título de cualquier cosa, podías serlo, pero él no tenía formación de música”, apunta. Y

es que algunos profesores habían propuesto que Humberto, mucho más formado, fuera el director. “Yo fui y le dije mire, compadre, yo no voy a quitarle el puesto. Llevo aquí tres años y lo único que sé hacer es música y dar clases”, recuerda, pero ni así funcionó.

En Cuba, Humberto estaba acostumbrado a ganarse bien la vida, pero en España la situación era muy distinta. “Estuve dando tumbos trabajando con unas cuantas orquestas de Barcelona, hasta que un día, tomando un café, cogí el periódico y vi se necesita chófer”, cuenta. Entonces se fue a la empresa anunciante, que estaba en Polinyà, el jefe le preguntó si conocía Cataluña, a lo que él respondió que sí, pues había tocado en muchos sitios, y después le preguntó cuándo podía empezar. “Cuando me diga”, respondió él, y a la mañana siguiente ya era chófer. Fue repartidor de mercancías peligrosas durante cinco años. “Y me estabilicé”, asegura. “Mis compañeros me decían ¿vas a dejar la música? Y yo les decía mi hermano, aquí no se puede vivir de la música, esto no es Cuba”, recuerda.

Con el tiempo, Humberto se fue alejando de la música, pero en 2008, el año de inicio de la crisis, se quedó en paro y cogió su trompeta de nuevo y volvió a estudiar. “Me enrolé en la música de nuevo”, celebra, “todo el mundo cree que cuando sales no vas a volver, pero entré en varios grupos”.

Trabajar en otro sector que no fuera la música le permitió a Humberto conocer una faceta de España que no se imaginaba. “Aquí se trabajaba doce o trece horas diarias. Yo iba a despachar a las empresas y veía a la gente hasta las siete de la noche trabajando, pero en realidad solo trabajan seis horas al día”, observa. Se acuerda como, por ejemplo, los chóferes se pasaban muchas horas de su jornada laboral sin hacer nada, o simplemente fumando cigarros, y de cuando le dijo a su jefe: “¿Puedes sacar un camión que termina a las 14h y tú prefieres tenerlo aquí dando vueltas y gastando gasolina hasta la siete de la noche? ¿No te das cuenta de que estás gastando como loco?”. Pero él no parecía entenderlo.

“Esto es una mierda, compadre”, suelta, indignado. “En Cuba se trabajaba y cuando se terminaba la jornada te ibas a la puñeta. Se acabó y hasta otro día”, compara. Además, también lamenta los malos tratos que se dan en el trabajo en España, o la falta de unificación de los trabajadores, entre los que hay mucha competencia. “Pero ¿cómo aguantan esto ustedes?”, pregunta. Y él mismo se responde: “Aquí la gente se queja y pide mucho, pero hace muy poco, nadie quiere arrimar el hombro”. En Castellar, Humberto se implicó en política y con algunos compañeros trató de involucrar a gente para conseguir mejoras sociales y progresistas, pero lamenta que fue un fracaso. “Aquí se tienen que morir de hambre para que reaccionen, o no lo entiendo”, concluye.

Humberto es una persona muy crítica y con las ideas muy claras y, por tanto, con ganas de cambiar el mundo. Si se muestra decepcionado con la situación en España, con Cuba es aún peor. “Aquí se dice ¡ay, la dictadura!, pero la situación de Cuba es la que ha llevado Estados Unidos a Cuba”, plantea. Tras más de 60 años de embargo, Humberto señala: “En Cuba hay una embajada americana, pero al cubano no le dan visa para Estados Unidos, tiene que entrar por mar y si lo cogen en el mar lo devuelven”. Según él, Estados Unidos tiene buena parte de culpa de la situación en la que se encuentra ahora el país: “Y el gobierno de Trump ha hecho mucho daño, ha llevado a Cuba a un nivel en el que ahora no hay ni una pastillita para el dolor de cabeza”. Sin embargo, también critica la política cubana.

“Hasta 1967 todo funcionaba, pero después se empezaron a tomar malas decisiones”, sostiene, como por ejemplo dar demasiada importancia al dólar y despreocuparse de la producción nacional. Y esas decisiones las tomaba Fidel. “Cuando lo conocí, lo preguntaba y lo consultaba todo, pero después dejé de hacerlo”, lamenta. A partir de la muerte de Celia Sánchez Manduley, quien le asesoraba, Humberto dice que se convirtió en un hombre muy tozudo e incluso obsesionado. “Ya no admitía críticas”, apunta. Y cuando lo piensa se acuerda del Che, que, de algún modo, era todo lo contrario. “Él decía *a mí* el que me diga amén, amén no lo quiero a mi lado”.

Para ejemplificar la obstinación de Fidel Castro, Humberto menciona la zafra de 1970, en la que se empeñó en producir diez millones de toneladas de azúcar y destinó todos los recursos del país a ello a pesar de que los expertos le decían que era imposible conseguirlo, y así se demostró. Y habla también de cuando el fin de la Unión Soviética estaba cerca, y todo el mundo en Cuba lo sabía, pero él lo negaba. Incluso Gorbachov, el líder de la URSS de entonces, hizo escala en Cuba antes de ir a Estados Unidos para avisarle. “Cambia, porque te vas a quedar solo, el bloque socialista se acabó”, imagina Humberto que le dijo. Pero Fidel estaba empeñado: “¡Yo sigo siendo socialista leninista! ¡Son unos traidores!”. Tras la disolución de la Unión Soviética, en Cuba empezó el periodo especial, y la situación no hizo más que empeorar. “Y así hemos llegado a donde está ahora, que no tiene nada”, lamenta.

En definitiva, Humberto cree que el problema de Cuba fue que se instauró un comunismo soviético, y eso que el Che era antisoviético. “Tú no puedes tener una economía centralizada, porque no funciona”, opina, “en Cuba todas las grandes cosas eran del Estado y el Estado no funcionaba”. “No podemos vivir como pensamos, sino que tenemos que pensar cómo vivimos”, reflexiona. Y aunque sostiene que el gobierno de Raúl Castro fue mejor que el de su hermano, dice que poco pudo hacer, porque la situación ya era muy mala. “Y hoy no lo levanta nadie”, asegura. Para él, la

solución sería clara: "Hay que liberalizar la economía y controlar los precios para que no haya inflación". Pero no tiene demasiada esperanza.

A pesar de sus declaraciones, en su vida personal Humberto no se muestra desanimado, todo lo contrario. Ahora lleva ocho años jubilado; presume de que tiene hijos repartidos por todo el mundo, en Madrid, Rumanía, Nigeria y Miami; y actualmente forma parte de un grupo con dos integrantes más que se llama Los Compadres, de la orquesta de Castellar del Vallès y de una banda de Barcelona.

"Sigo haciendo música para no perder el ritmo", declara. "Ya no puedo vivir la vida que tenía antes, cuando trabajaba, que íbamos con mi mujer a comer fuera todos los fines de semana", admite, "pero todo tranquilo, sin problema". No se lamenta por ello, sino que se muestra satisfecho y contento por las interesantes experiencias que ha vivido. Y, de hecho, lo único que lamenta ahora mismo es haber tenido que omitir algunas de ellas, porque si las explicara, saldría perjudicado. "Me da pena, porque hay cosas que no puedo contar", suelta. Entonces apagamos la grabadora.



Juan Benítez y Fe Moya: una historia de compromiso

“Yo hago lo que usted no puede, y usted hace lo que yo no puedo. Juntos podemos hacer grandes cosas”.

Teresa de Calcuta



Juan nació el 13 de febrero de 1942 en un camino y “encima de una burra” porque su madre ‘se fue a comprar y cuando volvía, “se puso de parto”, asegura. Ella era pastora en una finca, y en ese momento iba acompañada de la casera, que la ayudó como pudo hasta llegar a la casa. Curiosamente, fue la segunda la que enfermó al día siguiente, y no su madre, a causa de los nervios que pasó para gestionar la situación. “Entonces me liaron con los refajos que las mujeres llevaban”, sigue, “y mi padre mató una cabra para comer y celebrarlo, porque había sido niño”.

Juan era el tercero de seis hermanos. Su familia vivía en un gran cortijo a trece kilómetros de Santa Eufemia, el último pueblo de la provincia de Córdoba. Allí, sus padres trabajan en el campo. Su padre estaba a cargo de 500 ovejas, que trasladaba de un lado para otro de la finca con la ayuda de un zagal. Juan conserva de su infancia recuerdos de todo tipo. Algunos buenos, como cuando su padre le construyó un carrito con tablas de madera y se pasaba horas correteando por los caminos. Y otros “misteriosos”, según Juan, como cuando tenía cinco años y estaba sentado en el umbral de la puerta, viendo a varios hombres que se habían resguardado dentro de la cocina porque llovía. “Vi como una culebra grande entraba y se metía por el medio”, relata, haciendo un arco en forma de pirámide con los dedos. “Yo no tuve miedo ni nada, pero uno de esos hombres pegó un saltó y con el bastón la mató”, sigue, “y luego dijeron que esa culebra entraba a mamarse a mi madre”. “Eso es como una leyenda, y se me quedó grabada”, asegura.

Pero también tiene recuerdos muy duros. Cuando Juan tenía siete años fusilaron al hermano de su madre, y no supo el motivo hasta muchos años después. “Mi tío fue con la República y estuvo en la cárcel”, cuenta, “y cuando lo soltaron lo mandaron a un pueblo donde echaban a los desterrados para tenerlos controlados”. Allí, un día apareció un maestro de la República, y Juan no sabe si es que se pasó al bando franquista o le obligaron a hacer lo que hizo porque si no lo mataban a él, pero la cuestión es que fue llamando a los desterrados y les propuso organizarse políticamente para luchar por la democracia. “Y mi tío diría que sí que estaba dispuesto, pero entonces el maestro desapareció y ese día cogieron a todos los que habían dicho lo mismo y se los cargaron”, explica, “dijeron *si no les podemos cambiar las ideas, así se las cambiaremos radicalmente*”.

Si bien en los años de la posguerra, caracterizados por el hambre, a la familia de Juan no le faltó de nada porque en el campo siempre hay de comer, tuvieron que aprender a convivir con la muerte. Se acuerda también de que unos guardias civiles se hicieron pasar por maquis y mataron a dos pastores, y de que un día su madre iba con

una yegua por un camino y se encontró a unos guardias civiles que le dijeron que no podía pasar. Ella les contó que trabajaba en la zona, y al final cedieron, pero con una condición. “Pase por el camino, pero cierre los ojos. Usted no ha visto nada”, le dijeron. En la orilla del camino había un montón de hombres fusilados.

A los ocho años, Juan empezó a ayudar a su padre en el trabajo y fue aprendiendo todos los oficios del campo. “Me acercaba al labrador y le decía *venga, cambiemos de oficio*. Y cogía la mula y me ponía a labrar”, declara, reflejando su amor por el campo, pero también sus infinitas ganas de aprender. En esa época, y en la tranquilidad y la soledad del paisaje, Juan se aficionó a leer. “Siempre llevaba una cartera que mi padre me hizo para llevar los libros”, precisa. “Algún guantazo me llevé porque las ovejas se habían metido en el sembrado o las cabras se habían escapado mientras leía”, añade con una carcajada. Y es que su padre era muy recto, pero asegura que, como su madre, era maravilloso.

Durante su infancia, Juan nunca pudo ir a la escuela, pero su mayor deseo era aprender mecánica y sus padres siempre le apoyaron para que encontrara la forma de aprender. Al principio, en la finca, cuando podía se acercaba a ver cómo arreglaban alguna máquina, y a los diecisiete años quiso entrar al ejército como voluntario, pero no lo seleccionaron. Entonces, hizo un curso de mecánica por correspondencia y fue a aprender a un taller del pueblo de Pozoblanco, aunque afirma que allí “ni aprendía ni ganaba nada”, así que, al final, la única alternativa que le quedaba era emigrar.

Juan viajó hasta Barcelona con un hombre que iba hacia allí para que lo visitara el célebre doctor Barraquer, a quien Juan tuvo la suerte de conocer. Tras varios días buscando trabajo de mecánico sin éxito, se presentó en la Plaza Cataluña, donde empezaban las obras para construir El Corte Inglés, ya que alguien le había dicho “ve allí con un bocata y te pones a la cola, porque van cogiendo a la gente para trabajar, y a los que vienen del campo, más”. Pero mientras hacía cola, se le acercó un hombre y le preguntó qué trabajo buscaba. Cuando Juan se lo contó, este le aseguró que, en su ciudad, Sabadell, había oportunidades, así que lo convenció para que lo acompañara y Juan fue a buscar su maleta y partieron.

Por el camino, el hombre le preguntó a Juan varias veces por el contenido de la maleta, le hizo pagar los billetes de tren y cuando llegaron a Sabadell, también le hizo pagar el almuerzo que tomaron en una bodega al lado de la Torre de l'Aigua, un depósito de agua de estilo modernista emblemático de la ciudad. Cuando terminaron de comer, el hombre fue a hablar con el camarero y le pidió que guardara la maleta. Luego se llevó a Juan al centro de la ciudad, aludiendo a algún asunto relacionado con

el estraperlo. En el mercado, le pidió que se esperara mientras él iba a hacer un asunto de negocios, pero nunca volvió.

Guiándose por la Torre de l'Aigua, Juan volvió al local donde habían comido y cuando le preguntó al camarero por su maleta, le dijo que el hombre había vuelto y se la había llevado. Así, se quedó sin nada, y encima se estaba haciendo de noche. Como no se defendía en la ciudad, cogió un camino cerca de allí, que bajaba hacia el río, y fue a parar a una granja. Asustado, contó su situación a los dueños, y lo mandaron a una casa de payés cerca de allí. Casualmente, cuando conoció al dueño, este se quejó de sus trabajadores. "Nos salen rana y tenemos que echarlos", dijo, así que cuando le preguntó a Juan qué sabía hacer de las tareas del campo y él le respondió que todo, le dijo "pues venga, limpia las vacas y ya te ganas la cena de hoy y te quedas aquí". "¡Para mí fue como un milagro!", exclama Juan muy contento.

Con un trabajo y un lugar donde dormir, Juan empezó a buscar oportunidades para ser mecánico en Sabadell. No tenía suerte, sin embargo, en un pequeño taller, un hombre le dijo que necesitaba un aprendiz de cerrajero, según él un oficio mucho mejor que el de mecánico. Juan decidió probar y le gustó. Durante un tiempo, compaginó los dos trabajos, y más adelante empezó a trabajar en una empresa más grande, donde terminó de aprender el oficio y fue mejorando su situación económica.

En el año 1971, cuando ya llevaba un tiempo allí, eligieron a Juan para el jurado de empresa, y empezó a trabajar con la ilusión de mejorar la situación de los trabajadores, aunque no fue nada fácil. "Hice un estudio en el que decía que la empresa se compone de dos fuerzas, el capital y el trabajador, y si no se ponen de acuerdo, la empresa no va a ir bien", cuenta, "pero ellos tenían otra forma de trabajar". Por ejemplo, cuenta que la compañía facturaba 700 pesetas por hora, pero a los trabajadores solo se les pagaba 60, o que no se controlaba el trabajo de los empleados, que algunos estaban once horas en el taller y otros solo trabajaban cinco.

"Entonces yo dije *esto no puede ser, vamos de cara a otro tiempo y esto va a acabar*", sigue, "y la gente se rebeló un poco y pasamos a ganar 90 pesetas por hora". Pero eso le trajo consecuencias. "El jefe me dijo *pues ahora tú te quedas castigado sin horas extras*". Y Juan tuvo que aguantar ese trato durante dos años, aunque se liberó y, evitando al máximo al jefe, se centró en hacer bien su trabajo. En esas circunstancias, el abogado del sindicato le ofreció a Juan que se fuera voluntariamente de la empresa porque como estaba sindicado no lo podían despedir, y que, a cambio, el jefe le regalaría un coche, pero él se negó. Lo dejó cuando el jefe levantó su "castigo". Entonces ya estaba casado, y junto a su mujer montaron un restaurante.

Sobre los 23 años, Juan había comprado con su familia, que entonces ya se había mudado a Sabadell con él, un terreno en una zona de campo de las afueras. “El payés de esa casa vivía de la tierra, y después de que las riadas se le llevaran todos los campos se murió de pena”, relata, “y como yo soy de campo y me gustaba salir por allí, siempre veía la casa, que había quedado abandonada y me gustaba”. Cuando la compraron, se instalaron allí y se rodearon de animales. Entonces, cuando ya estaba casado, como siempre que pasaba alguien cerca de la casa les pedía comida, se les ocurrió la idea del restaurante.

El negocio Can Jonqueres fue muy bien, y con los años los hijos de Juan también se involucraron. Más adelante, compraron otra finca con una masía y abrieron otro restaurante, Can Mauri. Hoy, ambos siguen funcionando y tienen mucho éxito. El primero lo tiene alquilado, y el segundo lo gestiona su hija.

*

Fe nació en Tomelloso, un municipio de la provincia de Ciudad Real, en 1953. “Esa noche nevó mucho, mis padres tenían una boda, pero mi madre se quedó en casa porque se encontraba mal. La abuela le dijo *que no te pase como a mí, porque tu marido nació en el cortijo en una boda*. Y entonces nací”, cuenta. Cuando llegó su padre, enseguida fueron a visitarles las vecinas. “¿Ha sido niña? Qué bien, así podrá ayudar a su madre”, dijo una. “Y mi padre, cuando abrazó a mi madre le preguntó *¿cómo se llamará?*”. Tenía que llamarse Ana María por su bisabuela, “pero mi madre se lo saltó a la torera y dijo *Fe*, y mi padre dijo *pues lo que tú digas*”.

Antes de que naciera Fe, su padre había formado parte de la quinta del Biberón en la Guerra Civil y había sobrevivido en un campo de concentración. Luego, en el pueblo, un día, avisaron al abuelo de Fe, que era el guarda del pantano, de que iban a fusilar a su hijo, y este fue a hablar con un falangista que conocía y le pidió ayuda. “Imagínate cómo estaba mi abuelo”, cuenta Fe con voz temblorosa, “ese hombre hizo un salvoconducto y salvó a mi padre”. Sin embargo, a partir de ese momento estuvo muy perseguido.

Cuando los padres de Fe se casaron, se fueron a vivir a otro pueblo, pero allí los encontraron igualmente. “Cuando tenía ocho años vino la Guardia Civil a nuestra casa

y empezaron a tirarlo todo”, recuerda, “pero mi padre era muy intuitivo, y le dijo a mi madre *me tengo que ir*, porque esos por cualquier cosa te cepillan”. Por suerte, no lo encontraron, pero cada vez se sentía más atrapado, ya no había donde esconderse, y llegaron a la conclusión de que su única opción era emigrar lejos de allí.

Primero se fue el padre. Llegó a Cataluña y se instaló en Sabadell, donde había mucho trabajo en la industria textil. Y más tarde, llegaron Fe, su madre y su hermano pequeño, tras un viaje que ella recuerda muy triste. En la ciudad catalana se instalaron en unas estancias muy precarias en la zona del río, en pleno campo.

El padre de Fe empezó a trabajar en una fábrica; la madre, de limpiadora; y los hijos los ayudaban en todo lo que podían. En Sabadell, Fe acudió a la escuela durante un tiempo, pero en el pueblo nunca había ido porque allí tenían un taller de encurtidos donde ayudaba a sus padres. Sin embargo, aprendió a leer y escribir gracias a su padre. Él había aprendido en la guerra, y le enseñaba por las noches con una lumbre de carbón y los papeles de estraza que le daban a su madre cuando compraba legumbres.

En Sabadell, los padres de Fe pudieron volver a involucrarse en política. “Mi padre hizo un zulo y un contacto desde Francia traía *El mundo obrero* y los estatutos del PSUC”, recuerda “y mi hermano y yo nos jugábamos la vida porque el señor nos daba los paquetes y corríamos a esconderlos en el zulo”. Así, ambos crecieron muy conscientes de las atrocidades de la dictadura y de la lucha por la democracia.

Cuando el padre de Fe aún estaba solo en Sabadell, alguien lo llevó al Jardí de l'Amistat, un espacio de encuentro, paz y aprendizaje a las afueras de la ciudad donde vivían de forma autosustentable Flor de Maig y Llum de la Selva, un anciano de barba blanca que había sido pionero del naturismo y el vegetarianismo en España. El padre de Fe se hizo colaborador del lugar, y cuando llegó su familia, los llevó a conocerlo.

“Era un sitio de amor y armonía, encajamos superbién”, asegura Fe. “Allí empecé a escuchar hablar de los colores, de la energía, la madre tierra, el padre sol y la luna. Que se tenía que aprovechar el agua, que el sol te acariciaba y que el aire era importante”, añade. “Era otro mundo. Imagínate que a los once años ya escuché a hablar de lo que se habla ahora”. En el Jardí de l'Amistat, Fe conoció a gente extranjera y a figuras de gran relevancia como el filósofo italiano Lanza del Vasto o al político catalán Luis Maria Xirinacs. Esa experiencia cambió su vida.

A los trece años, Fe dejó de ir a la escuela y empezó a trabajar como zurcidora con un trapero, y más adelante en una empresa textil. En esta, era la más joven de su

sección, pero con su sueldo ya ganaba más que su padre porque le pagaban muy bien. Sin embargo, todo cambió cuando su fábrica anunció que cerraba. “Entonces era representante sindical, y las mujeres nos encerramos y estuvimos batallando para que no cerraran porque lo hacían por asuntos políticos” cuenta, “pero desde el sindicato nos traicionaron y nos echaron”. Fe se sintió tan dolida, que se desilusionó y salió del sindicato. Desde entonces, no milita, pero su lucha política ha tomado otras formas.

Su compromiso casi le costó la vida una vez. Durante la gran huelga general del 1976, “los grises” entraron en el autobús donde estaba con su marido, empezaron a pegar a la gente, y a ella le dieron en la cara y empezó a sangrar. Como todo el mundo, salieron a la calle para escapar, pero corriendo. Cuando pasaron por una pastelería, se rompió el cristal del escaparate y Fe cayó al suelo. Su marido, su padre y su padrino la recogieron y se la llevaron a unas obras para limpiarle la sangre con el agua de “los paletas”. “Mi padre y mi marido dijeron *hay que llevarla al hospital*, pero mi padrino dijo que no, porque la Brigada Político Social siempre iba a los hospitales. Sabían que los heridos acababan allí, y así podían detenerlos”, explica.

“Y de historias como estas, tengo todas las que quieras”, asegura, “toda la vida hemos estado luchando para buscar un futuro mejor”.

*

Juan y Fe se conocieron brevemente en la escuela de adultos del barrio de Can Puiggener de Sabadell, a la que él acudía con su mujer y ella, con su marido. “Cuando me casé con mi marido le dije que tenía que ir a la escuela y seguir estudiando con la idea de ir a la universidad, que era mi gran ilusión”, cuenta Fe. “Él me dijo que no, y yo dije *¿cómo qué no? ¡Pues yo voy a ir y tú también!* Fui a informarme y nos apunté a los dos”.

Cuando Fe tuvo a su hijo, celebraron su bautizo en el restaurante de Juan, aunque entonces no eran cercanos. No se conocieron bien hasta que a la hija de una gran amiga de Fe que iba en silla de ruedas le recomendaron hacer terapia con caballos, y entonces a ella se le ocurrió recurrir a Juan, “porque tenía caballos y tenía sensibilidad”, y él aceptó la propuesta.

Tiempo después, Fe ya estaba separada, y Juan tenía problemas con su mujer. “En el restaurante empecé a ganar mucho dinero, y lo que sobraba lo repartíamos entre

los trabajadores”, explica Juan, “pero ella empezó a cambiar, parecía que se volvía señorita. No cuadrábamos y nuestros caminos se fueron separando”. Cuando Juan se divorció, se fue a vivir con Fe, y desde entonces siguen juntos.

Fe y su amiga siempre habían tenido el sueño de irse a vivir juntas, y aunque nunca fue posible, Fe mantuvo las ganas de vivir en comunidad. Entonces, ya con Juan, esa inquietud tomó forma. Fueron a Madrid a visitar Trabensol, un proyecto de *cohousing* para personas mayores, y les gustó tanto la idea que empezaron a buscar oportunidades para vivir en un lugar similar. Formaron parte de un colectivo durante un tiempo, pero hubo discrepancias porque algunos querían vivir en el centro de Sabadell y solo con gente mayor, y otros, como Juan y Fe, deseaban poder vivir con gente joven y niños. Al final, el grupo se fue disolviendo, pero entonces se les presentó la oportunidad de Can Carner.

Can Carner es un proyecto de vivienda cooperativa que propone un modelo alternativo de acceso y tenencia de la vivienda. Ante la especulación que domina el mercado inmobiliario, pone por delante la dignidad, la estabilidad y las necesidades de las personas a través de la propiedad colectiva. Esto significa que los participantes han creado una cooperativa, que pasa a ser la entidad propietaria de la vivienda, y ellos tienen el derecho a usarla. Así, promueven valores como la cooperación y la intergeneracionalidad.

La finca se encuentra en el pueblo de Castellar del Vallès, tiene más de nueve hectáreas, dos masías y terrenos agrícolas y forestales. Actualmente los miembros están trabajando en la rehabilitación de una de las masías para crear doce viviendas con espacios compartidos como comedor, cocinas, biblioteca y talleres.

“¡Cada día es una aventura, cada día tiene algo nuevo!”, expresa Juan ilusionado. Fe añade que cuando se lo contó a su hijo, este le dijo “mamá, estás loca”, y aunque los dos se ríen, son muy conscientes de que un proyecto político y de vida de la envergadura de este no será siempre fácil, pero su esperanza es mayor que sus miedos.

Como todos los miembros, creen mucho en esta alternativa de vivienda, y esperan que sirva de ejemplo para que se puede extender. “Esto es el futuro, conforme está la tierra y nuestras necesidades”, apunta Juan, antes de comentar con entusiasmo, el resto de las ideas que tienen en marcha porque Can Carner no se limitará solo al aspecto de vivienda: “Queremos montar una cooperativa de trabajo, hacer una granja escuela y llegar a ser autosuficientes”. Ambos hablan con ilusión y sensibilidad de esta nueva etapa de vida que están compartiendo.

Juan y Fe empezaron a vivir en Can Carner hace dos años. Aparte de la secretaria, Laura, que también vive allí, fue la primera familia en mudarse. "Otra familia también quería entrar ya, pero el chico fue tan amable que dijo *si ellos la quieren, que entren primero, que nosotros tendremos muchos años para disfrutarlo*", aprecia Juan, antes de añadir: "Yo soy el más viejo, y me han hecho presidente del consejo".

Como es presidente, el día de la compra del terreno Juan y Laura se reunieron con el notario. "Cuando firmamos, nos abrazamos y lloramos", recuerda emocionado, igual que Fe. En la calle, el resto del grupo los esperaban. Era momento de celebrar.



Marcelina Losada: historia de un viaje

“La gente no hace viajes, son los viajes los que hacen a la gente”.

John Steinbeck



Marcelina Losada nació hace 94 años en Cuba, aunque su familia se trasladó a España cuando ella tenía pocos meses. La abuela de Marcelina por parte de padre era de un pueblo de León llamado Puente de Domingo Flórez, pero se casó con un cubano y se fue a vivir con él a la isla caribeña. Entonces, ya tenían un hijo pequeño, el padre de Marcelina, que dejaron en España para que se lo cuidara su hermana. Unos años después, este cruzó el Atlántico para reunirse con sus padres y se quedó a vivir en Cuba con ellos.

Cuando el padre de Marcelina ya era mayor, fue de viaje a España y allí, en un pueblo llamado Vegas, no muy lejos del suyo, conoció a la madre de Marcelina. Entonces se enamoraron, se casaron, se mudaron a Cuba y allí tuvieron a Marcelina y a sus hermanos. Sin embargo, poco después de nacer ella, emprendieron un largo viaje en barco para volver al pueblo de su madre. "Ella quería volver a donde vivía su madre, porque era hija única", explica Marcelina, "pero mi padre no quería, porque tenía su vida en Cuba". "Pero claro, las mujeres tiramos", añade riéndose. Marcelina es extrovertida y enérgica. Habla a una gran velocidad, tiene mucho que contar.

En Cuba, la familia de Marcelina vivía en La Habana. Ella cree que sus padres eran afines a los gobiernos liberales de la época, porque eran de derechas, tenían buenos trabajos y vivían muy bien. Por ello, volver a España supuso un gran cambio, sobre todo para su padre. En el pueblo tuvieron que volver a la vida y al trabajo de campo y renunciar a los lujos a los que estaban acostumbrados. Aunque allí también había lujos, pero de otro tipo.

"Quitando plátanos y naranjas, se cosechaba de todo", cuenta Marcelina, recordando las grandes zonas de huerta de su pueblo. Y también tenían todo tipo de animales: "Vacas, ovejas, cerdos, pollos, gallinas...", enumera. Uno de los primeros recuerdos que tiene de esos momentos es de su madre preguntando a los demás "¿qué comemos hoy?" y su padre respondiendo, por ejemplo, "ahora mismo te mato dos pollos". En esos momentos Marcelina, atemorizada, ya sabía qué venía después.

Les cogía cariño a los animales y no soportaba ver cómo los mataban. Lo pasaba tan mal que sus padres procuraban hacerlo cuando ella no estaba en casa, "porque si no, me ponía a llorar", asegura. Su padre le decía: "De esto es de lo que se alimenta la gente en todas partes. En Madrid comen conejos y corderos, los compran y no lloran por ellos". Pero nada podía con la sensibilidad de Marcelina. De todos modos, la imagen que retiene de ese ambiente, rodeada de animales, es agradable: "Ay, qué maravilla, los corderitos y los pollitos corriendo por allí", rememora, "esa era nuestra felicidad".

Cuando habla de sus seres queridos y de la gente de su pueblo, Marcelina insiste en que todos eran muy buenos. De su madre, a quien define como una mujer muy recta y seria, pero también muy cariñosa, protectora y lista, recuerda una de sus frases habituales: “Esa espalda, recta”, reproduce alegre. Se la decía a sus hijos cuando estaban mal sentados en una silla, para que corrigieran su postura.

“Siempre estaba detrás de nosotros, lo controlaba todo. Las comidas, el dinero, la ropa y las tareas que había que hacer. Y era muy limpia, lo tenía todo como el oro”, sigue. Pero Marcelina deja claro que el carácter controlador de su madre no era más que el reflejo de su amor por sus hijos. “Daba la vida por nosotros”, asegura, y también era muy generosa con la gente del pueblo. Marcelina cuenta que era modista, pero que ganaba muy poco, porque nunca quería cobrarle a nadie. “¿Cómo le voy a cobrar a ese por un pantalón?”, se preguntaba y lo dejaba pasar.

Al padre de Marcelina lo llamaban “el hombre bueno” y “el arreglacosas”, porque se hizo alcalde del pueblo y siempre estaba dispuesto a ayudar, por lo que todos lo querían. “Si había cualquier juicio por las fincas, porque ya sabes qué pasa en los pueblos, iba a hablar con el juez antes de que empezara el juicio y trataba de solucionarlo. La gente en el pueblo era muy *cabezuda*, y se podía discutir por una vaca, pero él lo aplacaba todo. Era un santo”.

La actitud diplomática que el padre de Marcelina tenía con la gente del pueblo también se reflejaba en su relación con sus hijos. En una época en la que era habitual que la figura del padre fuera autoritaria, Marcelina asegura que el suyo era muy razonable, que nunca chillaba y que lo decía todo con cariño, y que incluso podía compincharse con él para que tratara de convencer a su madre cuando esta no le dejaba ir a alguna fiesta. Marcelina cree que esa forma de hacer la había adquirido de su experiencia en Cuba. “Tenía otro estilo y se notaba”.

Cuba siempre estuvo muy presente en casa de Marcelina. Se escribían con los familiares de su padre que nunca pudieron ir a visitar a España, y tampoco ellos pudieron viajar a Cuba, pero la relación se mantuvo viva por correspondencia. Además, desde allí, los ayudaron mucho durante la guerra civil, mandándoles paquetes de ropa.

En el pueblo, Marcelina y sus hermanos ayudaban a sus padres con todo tipo de tareas. Un día habitual empezaba así: “Nos levantábamos por la mañana y lo primero que hacíamos era lavarnos bien las manos. Luego íbamos a desayunar con la leche que traía mi padre en una jarra grande, porque él se levantaba antes que nadie para ordeñar las vacas. Y entonces hacíamos todo lo que mi madre había planeado el día

antes". Llevaban las ovejas al monte, segaban los campos, cultivaban patatas y judías, recogían aceitunas, castañas, avellanas, almendras, cerezas, y un largo etcétera. La cosecha, entonces, se vendía. Recuerda un camión que venía desde Barcelona solo para llevarse las almendras. Era el sustento familiar.

Marcelina fue a la escuela hasta los doce años, pero cree que no le sirvió demasiado. De hecho, piensa que esa fue la única desventaja de vivir en el pueblo. "Era una señora que daba clases en una habitación, pero la pobre no era maestra", explica. "¿Qué iba a hacer? No es que no fuera buena, es que no sabía. Así que nos ponía a bailar", añade.

Por ello, quien la enseñó a leer no fue la maestra, sino su madre. "Mi madre leía las cartas de todo el pueblo, porque la gente no sabía leer y las contestaba. El cartero iba más a nuestra casa que a la de nadie", explica.

A Marcelina le encantaba su pueblo, formado por casas de madera, de las que destaca que todas tenían cocinas bajas donde se guardaba la leña para todo el año. En la suya siempre había caldo. "De verduras, patata y repollo. Riquísimo", puntualiza. "La olla siempre estaba funcionando, porque éramos muchos", agrega. Pero lo que más le gustaba a Marcelina del pueblo era el ambiente de comunidad y solidaridad, pues los vecinos se ayudaban los unos a los otros, con tanta confianza que incluso si a alguno le faltaba algo, sus padres le decían "entra en mi casa y cógelo".

En Vegas, Marcelina se pasaba el día con sus hermanos y los demás niños. Hacían meriendas en la pradera, se reunían en la iglesia, en Navidad recorrían todas las casas cantando y, como hacían los adultos, también se ayudaban entre sí. "Si una amiga decía *mañana tengo que ir a coger patatas*, íbamos todas y la ayudábamos", recuerda. "En el pueblo todos éramos muy cariñosos", asegura, "no había maldad alguna, no tengo malos recuerdos". Aunque hubo dos momentos duros que marcaron su infancia.

Un hecho que afectó profundamente a Marcelina cuando solo tenía seis años fue la muerte de su abuela. "Era buenísima, un encanto, me tenía siempre en el regazo", evoca. El día que murió, cuando sus padres volvieron del entierro, Marcelina les dijo que quería dormir en la cama de la abuela, porque siempre había dormido con ella, y ellos se quedaron callados un buen rato. "No creo que debas, cariño", le dijeron, al fin, "porque estamos todos tan disgustados...". Pero ella insistió. Se preparó, se metió en la cama y al cabo de un rato trató de llamar a su abuela, preguntándose dónde estaría. "Y la abuelita se me presentó, encima de la cabecera, con una cosa como si fueran flores brillantes, y desapareció. No quedó ni una señal", susurra, y confiesa que este

es uno de sus grandes secretos. Marcelina nunca lo ha olvidado, y admite que acordarse de su abuela siempre la ha ayudado en los malos momentos.

La espiritualidad ha sido muy importante para Marcelina a lo largo de su vida. Su madre era muy católica, y ella también. Eso sí, cuando de adolescente le tocaba confesarse una vez al año, era un problema. "Como siempre teníamos faltas, no queríamos confesarnos, porque nos daba mucha vergüenza", recuerda con humor. "Pero el cura, que era muy bueno, el día de las confesiones nos traía a un cura distinto", agrega.

Otro momento muy duro fue la guerra civil. Por suerte, los hermanos de Marcelina no tuvieron que ir al frente porque habían nacido en Cuba y no estaban obligados, y a su familia nunca le faltó de nada, pero en el pueblo hubo mucha pobreza. "Mis padres no nos dejaban salir con el pan en la mano, porque había niños que no tenían tanto".

Durante esos años, en Vegas hubo muchas muertes. "Mataron a personas conocidas porque alguien las acusó de que eran comunistas", lamenta. Y esto afectó mucho a su padre, aunque hizo todo lo que pudo para ayudar y evitar el mayor daño posible. "A lo mejor lo llamaban y le decían que la Guardia Civil se había llevado a alguien al puente, y él cogía la bicicleta e iba corriendo para llegar antes que ellos", narra. Entonces, hablaba con quién tuviera que hablar, haciendo uso de su autoridad como alcalde y Marcelina afirma que consiguió salvar algunas vidas.

Cuando habla de experiencias tan tristes, en Marcelina emerge una especie de impulso, fruto de su carácter fuerte y resiliente, que la llevan rápidamente a otro recuerdo más bonito, o incluso gracioso. Por ejemplo, cuenta que, a su hermana, que era muy simpática, le gustaba salir de casa con su bocadillo e ir a comérselo en la calle, aunque sus padres se lo habían prohibido. Una vez, se le acercó una chica gitana y le preguntó si quería que le "echara la buena ventura". Ella, entusiasmada, le dijo que sí, y la chica le respondió "la buena ventura es pan blanco", mientras le quitaba el bocadillo, "¡tú me lo das y yo me lo zampo!". "¡Teníamos una juega terrible!", exclama Marcelina con una carcajada.

Cuando era más mayor, Marcelina pasaba horas y horas con sus amigas. Iban a los bailes que se organizaban los sábados, o a la fiesta mayor, en verano. A las de su pueblo y a las de los pueblos de los alrededores, como hacían todos los jóvenes de la zona. Disfrutaba de la preparación, es decir, ponerse los trajes y los zapatos que confeccionaba su madre: "Se lo tomaba muy en serio, había que ir con un vestido nuevo, y a ver cuál era más bonito...". Disfrutaba del entorno: "Nos lo pasábamos muy bien porque éramos todos gente conocida". Disfrutaba de la música, en especial

cuando venían gaiteros. Y, sobre todo, disfrutaba del baile: “ ¡Bailábamos más que los peones!”. “A lo mejor estabas bailando con un chico que te gustaba y venía un señor que decía *¿me permite?* y te quitaba”, explica. “¡Y esto daba una rabia...! Así que ya estábamos haciendo señas para que viniera otro a decir *¿me permite?* Lo hacíamos así”, revela.

Marcelina y sus amigas veían cada día a los chicos jóvenes de la Guardia Civil, que se alojaban no muy lejos del pueblo. “Un mañana fuimos a arrancar patatas, que luego venía a buscar mi padre con el carro, y los chicos, que siempre pasaban por donde estábamos nosotras, se acercaron y uno me dijo *a ti este picacho no te pinta nada en las manos*, porque quedaba muy basto”, relata graciosa. “¡Pues cógelo tú!”, le respondió Marcelina, sin vergüenza alguna.

Otra anécdota que recuerda es que cuando ellos tenían que pasar por su casa para ver a su padre, siempre le pedían chorizos a su madre. “Las abuelas y las madres siempre hacían chorizos muy buenos”, contextualiza. “Entonces, venían y decían *señora Herminia, nos vendría muy bien un chorizo* y ella, que era muy buena, decía *claro, hijos*”. Hasta que un día a Marcelina se le ocurrió sorprenderlos. “Mamá, ¡hagámoslos muy picantes!”, propuso.

“Y así era la vida, no nos enterábamos de que pasaban los días”, reflexiona Marcelina con satisfacción, ahora que ya hace mucho de esos tiempos. “Nos criamos felices, dentro de todo, porque no conocíamos otra cosa. No sabíamos de grandes lujos, como salir de viaje, pero no nos faltaba de nada”, valora. Es decir, en el pueblo tenían todo lo básico cubierto, pero la comida, por ejemplo, era mucho mejor que en otros sitios. “Teníamos una vida muy sana, todo lo comíamos bueno. Matábamos a cuatro o cinco cerdos al año y hacíamos chorizos y jamones que nos duraban varios meses”, cuenta.

Cuando las chicas del pueblo se hacían mayores, en verano solían irse a Ponferrada con un coche de línea para trabajar, y Marcelina así lo hizo. Fue dependienta de una tienda donde vendían desde comida hasta ropa, y estuvo allí hasta que se casó, a los 21 años. Entonces dejó de trabajar.

Su marido, Pedro, también era de Vegas. Se podría decir que lo conocía de toda la vida, porque él también era amigo de sus hermanos, aunque se había ido a vivir a Madrid. En la capital, una tía que tenía un restaurante lo alojó y le dio trabajo, como hizo con otros sobrinos, pero Pedro iba de visita al pueblo cada verano, por lo que él y Marcelina nunca perdieron el contacto.

Se mandaban cartas a diario y, en estas, ella le contaba los cotilleos y las últimas novedades de la gente del pueblo. “Yo no escribía muy bien, tenía muchísimas faltas”, confiesa, pero en momentos como esos se acordaba del empeño que había puesto su madre para que aprendiera a escribir, a pesar de las dificultades. “Decíamos *mañana nos ponemos con eso*, pero había tanto trabajo... Y el trabajo era la prioridad”, argumenta.

Marcelina hubiera querido estudiar más. Cuando hablaba con gente que lo había podido hacer, pasaba vergüenza, porque sentía que ella no estaba a la altura. Aun así, ella siempre tuvo una actitud vivaz y despierta y, a esa gente, en el pueblo les decía: “Deja la carrera allí, en Madrid, que queda muy bien. Pero aquí estás en el pueblo. ¡Ve a coger las patatas!”.

“Era lista”, sostiene, “y si hubiera estado en un buen sitio hubiera podido hacer carrera”. Pero no tenía contactos cercanos en la ciudad, y allí hubiera necesitado un lugar en el que alojarse, cuyo coste su familia no hubiera podido asumir. “Y no podía ser que los padres lo pasaran mal por el dinero, como pasó en algunas familias”, opina, “pero mi marido estaba en Madrid, ¿cómo no iba a poder estudiar?”. Pedro entró en la universidad e hizo la carrera de Química.

“Yo estaba muy guapa, eh”, asegura Marcelina, de cuando empezaron a salir. Recuerda que Pedro iba a su casa y desde el portal gritaba el nombre de sus hermanos. “No me está gustando nada, me parece que viene por ti”, decía su padre, al principio, y ya más adelante: “Ya está pidiendo pan por señas otra vez”.

Marcelina y Pedro se casaron con una boda típica de las que se organizaban en el pueblo. Todos estaban invitados y todos colaboraron para preparar el espacio, decorándolo con flores, arcos, colchas, lo que encontraran en ese momento. “Fue preciosa”, resume Marcelina nostálgica.

Después de casarse, se mudaron a Compostilla, una localidad del municipio de Ponferrada, donde él empezó a trabajar en Endesa, compañía en la que fue escalando hasta conseguir un alto cargo, y allí trabajó durante toda su vida. Con el buen sueldo de Pedro, se pudieron comprar un chalet, donde criaron a sus hijos, e irse de vacaciones. Marcelina recuerda especialmente el mes que pasaban cada verano en Sanxenxo, en Galicia. Iban a la playa de La Lanzada, que afirma que tiene cualidades mágicas, pues muchas mujeres que no podían quedarse embarazadas lo lograban después de visitar el lugar.

A pesar de su nuevo estilo de vida, Marcelina y su marido seguían yendo al pueblo a menudo para visitar a sus familias y amigos, también para ayudar con las tareas del campo, e incluso lo siguieron haciendo cuando nacieron sus hijos. Además, el marido de Marcelina ayudó a muchos jóvenes de allí a encontrar trabajo en Endesa.

“Nos queríamos mucho”, remarca Marcelina, aunque también confiesa que una vez su marido le fue infiel. “Antes se otorgaba más, pero no lo sabíamos, los hombres lo ocultaban y quedaba para ellos”, reflexiona. Ella, sin embargo, se enteró, pero afirma que el descubrimiento no le impactó en exceso. “¿Qué le vamos a hacer?”, se pregunta con el entusiasmo de quien mira hacia delante, con la filosofía de “lo hecho, hecho está”. Eso sí, precisa: “No dormí con él por mucho tiempo y me pidió perdón mil veces”.

Los hijos de Marcelina también entraron a trabajar en Endesa, y cuando la compañía abrió una sede en Cambrils, les propusieron mudarse a Cataluña, igual que a su padre. Cuando le plantearon la posibilidad a Marcelina, ella no quería, pero sus hermanos también se mudaron allí, y como todos se llevaban muy bien entre ellos, al final la convencieron.

Marcelina tenía 50 años cuando se fueron de Ponferrada, y probablemente sintió algo similar a lo que había sentido su padre cuando se mudó con su familia a España. Dejaba atrás su vida y sus amistades, que para Marcelina siempre han sido muy importantes. Prueba de ello es la relación que ha mantenido con una amiga suya que también se fue a estudiar a Madrid de joven y que ya se quedó a vivir allí, pero con quien aún ahora mantiene contacto.

En el pueblo, había un cartero joven que recorría diez kilómetros a diario para recoger y repartir las cartas. Cuando la amiga de Marcelina se fue a Madrid, se escribían cada dos días, y un día el cartero abrió una de sus cartas y debió leer alguna de sus “tonterías”, según las palabras de Marcelina, porque no podía parar de reírse de ellas. “Entonces mi amiga, que era muy lista, dijo *voy a poner en el sobre siempre te quiero*, y así ya sabían que esas cartas eran mías y nadie las podía abrir”, explica. De hecho, hace pocos días Marcelina recibió una carta con esa distinción porque con su amiga han mantenido la tradición.

Al llegar a Cataluña, Marcelina y su marido compraron un piso en Cambrils, y al mudarse, ella recuerda haber pasado mucho miedo. “Sin conocer a nadie, ¿con quién iba a hablar?”, plantea. “Tenía unos rollos por las noches... Pero yo nunca se lo decía a mis hijos, porque ellos eran lo primero”, agrega.

No obstante, rápidamente conoció a gente. “Les caí muy bien y lo pasé fenomenal”, resume, reflexionando sobre la suerte que tuvo, tanto en Ponferrada como en Cambrils, de tener tan buenas amistades. Uno de sus mejores recuerdos del pueblo catalán que se convirtió en su nuevo hogar fue cuando consiguieron que el ayuntamiento cediera un local para que la gente mayor jugara al bingo. Allí iba cada tarde, a las cinco, con sus amigas, y cuando salían se iban a cenar a algún restaurante en la playa, frente el mar.

Marcelina ya no vive en el piso que compraron, sino en una residencia, pero en el mismo pueblo. “Yo nunca pensé que pudiera ir a una residencia, porque entonces no lo hacía nadie y se veía muy mal”, confiesa. “Además, mis padres murieron en su camita, donde habían nacido, y yo y mis hermanas de rodillas a su lado”, añade. Pero admite que las cosas han cambiado, y en la residencia se encuentra muy bien.

Cuando ve el mundo de hoy y se fija en la juventud, Marcelina dice que se siente anticuada. Pero no hay nada de anticuado en su vitalismo y su fuerza. “Estoy muy contenta, tengo unos recuerdos preciosos y mis hijos son encantadores”, concluye alegre.



Esteve Sala: el temblor de una vida intensa

“A menudo digo que ahora mismo yo no puedo elegir tener o no párkinson, pero alrededor de esa falta de opción hay un millón de elecciones que puedo tomar”.

Michael J. Fox



Hace 81 años, en el casco antiguo de la ciudad de Girona nació Esteve. Allí tuvo una buena infancia, pero él cree que "la infancia es buena en todas partes". "Cuando yo nací, el mundo era muy grande, y ahora que yo me he hecho grande, el mundo es pequeño", reflexiona, tomando conciencia de los cambios en la sociedad y en su propia vida desde entonces. Esteve sostiene que él ha vivido "un tiempo que representa el fin absoluto del mundo antiguo y el inicio de un nuevo mundo", el que vivimos ahora. Por eso, sitúa su trayectoria en un espacio de transición. "Mis abuelos y los abuelos de mis abuelos vivieron más o menos igual. En cambio, mis nietos están viviendo de una forma completamente distinta", agrega.

Los mejores recuerdos de infancia de Esteve son de cuando se pasaba horas jugando en la calle, a la *rutlla*, al *baèlit* o al fútbol, o dando vueltas con un patinete o una bicicleta. Y también de las semanas que pasaba, cada verano, en casa de sus abuelos. Estos eran payeses y vivían en una masía sin electricidad ni agua en la comarca de El Pla de l'Estany. Con su tío, que solo le llevaba ocho años, iba a buscar setas o a cazar conejos. Y por las noches la familia, antes de irse a dormir, salía a tomar el aire en la era bajo el cielo estrellado. "En esa época el cielo era una cosa extraordinaria, se veía una cantidad de estrellas que no te puedes imaginar", asegura Esteve. Un día, en ese momento estaba hablando con su abuelo, y este le dijo "Esteve, ¿ves estas estrellas? Muchas ya no existen" y él se quede atónito. "¿Cómo sabe esto?", pensó, de alguien que era de campo y nunca había estudiado. Nunca supo la respuesta.

Con sus padres, Esteve solía ir a la playa, que estaba a unos cuarenta minutos de Girona. Tamariu, Begur o Platja d'Aro eran algunos de los municipios que más visitaban, y del último se acuerda mucho de cómo era la playa antes de que se construyeran los altos edificios en primera línea de mar a los que estamos acostumbrados hoy. "En los años 60, empezaron a llegar turistas, fue un boom", explica, "y hubo un despliegue económico importante, empezaron a llegar muchos emigrantes". Se acuerda que cuando iba a los bares, pagaba menos que los turistas, porque los locales tenían un descuento.

Cuando era pequeño, Esteve era tímido e introvertido. Su padre tenía un taller de carpintería y le gustaba verlo trabajar mientras construía puertas, ventanas o muebles. A los siete años, empezó a ayudarlo como aprendiz, y aunque aprendió el oficio, revela "al final no fui carpintero".

Esteve estudiaba en la escuela de los Maristas, donde sacaba muy buenas notas. Cuando ya era adolescente, los maestros se dieron cuenta de sus capacidades y lo

ayudaron para que pudiera continuar sus estudios e ir a la universidad, donde acabó estudiando química. “Hicieron que pudiera ir a los Maristas de Barcelona, y pagué los gastos haciendo algunas actividades en el colegio”, explica. La noticia causó mucho orgullo en sus padres, sobre todo porque en esa época “los hijos de los trabajadores no llegaban a la universidad”, remarca. Pero él se avergonzaba del reconocimiento que recibía. “Porque yo consideraba, y sigo considerando, que no es un mérito mío tener facilidad y memoria”, argumenta.

A los diecisiete años, Esteve se mudó con otros estudiantes en su misma situación a Barcelona, donde apenas había ido cuatro veces en su vida, y se alojó en la residencia de la misma escuela de los Maristas. Entonces, empezó a ir a la universidad. Sobre su elección de estudiar Química, “quería una carrera que fuera técnica. Opté por Química porque me sentí capacitado para hacerlo, porque otras, como las Matemáticas, me daban miedo, y además parecía que no había tanto trabajo”.

“A esa edad, todo el mundo se quiere comer el mundo, estás lleno de ilusiones y optimismo”, apunta Esteve, de cómo se sentía al llegar a la capital catalana. Y es que afirma que Barcelona lo cambió. Por primera vez, pudo disfrutar de la libertad de valerse por sí mismo. “Girona era una ciudad pequeña, había un control parental constante y si llegabas a casa tus padres te decían ¿quién era esa rubia con la que bailabas sardanas?”, dice, riéndose, “pero en Barcelona nadie te conocía y dependías más de ti mismo”.

A los 21 años, Esteve daba clases particulares, y cuando tuvo dinero ahorrado dejó la residencia, donde había ciertas normas, y se fue a vivir a una pensión. Entonces, durante su tiempo libre paseaba por la ciudad, sobre todo por los parques y el barrio gótico y, gracias a un amigo, se aficionó a la música clásica y empezó a ir a conciertos. “Yo nunca había escuchado un concierto de orquesta, y un amigo me trajo al Palau de la Música y me impresionó mucho”, cuenta. Aún hoy, Esteve conserva esa afición. Le gustan especialmente los conciertos sinfónicos, y los compositores rusos, como Chaikovski.

Mientras estudiaba, Esteve empezó a salir con quien años más tarde sería su mujer, y cuando se graduó se puso a buscar trabajo en la industria química con la intención de casarse con ella lo antes posible. “Antes era fácil encontrar trabajo”, apunta, comparando la situación con la actual, así que en poco tiempo empezó a trabajar en una empresa. En esta, se hacía ácido tioglicólico, un compuesto utilizado para las soluciones que se utilizan en las peluquerías, y después se fue especializando en

antibióticos, sobre todo penicilinas, para productos farmacéuticos. Como la compañía estaba en el municipio de Rubí, Esteve y su mujer se mudaron allí.

A lo largo de su trayectoria profesional, Esteve ha cambiado de empresa varias veces, pero desde su primera experiencia laboral, empezó a especializarse en la industria farmacéutica, y trabajó en esta hasta que se jubiló a los 65 años.

Su trabajo se desarrollaba en el laboratorio, donde afirma que “el día a día era como cocinar”, porque su función era analizar los productos para comprobar que cumplieran los requisitos de calidad. “Como servían para curar a personas, estaban sometidos a unas normas de calidad estrictas, y tenía que verificar que cada lote las cumplía”, expone. Pero Esteve también fue director de departamentos como el de producción, ingeniería o dirección técnica, e incluso director de una pequeña fábrica. Y a él, de su trabajo le gustaba más esta segunda faceta, porque no era tan monótona como la primera.

En Rubí, Esteve y su mujer tuvieron a sus dos hijas y a su hijo, y tras quince años viviendo allí, se trasladaron a Sant Cugat. En esa época, Esteve trabajaba mucho, hasta doce horas diarias, pero entonces era lo que tocaba. Sobre el trabajo, reflexiona: “Antes se trabajaba seis días a la semana, y cuando era pequeño no se hacían vacaciones, se cobraba por hora trabajada”. Sin embargo, mucho ha cambiado desde entonces: “Luego llegaron las mejoras con la implantación de la Seguridad Social, los convenios colectivos, la reducción de las horas de trabajo y la generalización de las vacaciones”.

“Quizás tenía una tendencia natural a trabajar en exceso”, admite, pero su exceso de trabajo también se debía a las exigencias de su sector. “Mi empresa trabajaba en turno continuo las 24 horas del día y durante los 365 días del año, porque los procesos químicos no se pueden parar cuando quieras”, explica, “había turnos de domingo y guardias de noche. Y yo quizás no las hacía, pero tenía que coordinarlas”.

A pesar de eso, Esteve y su mujer siempre organizaban planes familiares para los fines de semana y las vacaciones. “Compramos una caravana y fuimos a Francia, a Países Bajos, a Alemania, a Suiza, a Italia...”, recuerda. “Viajamos mucho, era muy agradable”, observa. Más adelante, también solían ir a la Costa Brava, donde alquilaban algún apartamento cerca de la playa, y años después, cuando sus hijos ya eran mayores, empezaron a hacerlo en la Cerdanya.

Justo un año antes de jubilarse, a Esteve le diagnosticaron Parkinson. Ya tenía la enfermedad hacía tiempo, aunque no lo sabía, y por eso le hicieron el diagnóstico muy

rápido, en la primera visita con el neurólogo. “Me dijo, usted tiene Parkinson, y yo no sabía qué era, pero solo de escucharlo fue un choque muy, muy grande”, asegura, “me sentí fatal”. Además, al llegar a casa ese día, hizo “lo que no se tiene que hacer”, buscar información sobre la enfermedad en internet.

Esteve define el Parkinson así: “Es una enfermedad neurológica degenerativa, y es muy fácil de explicar. El cerebro controla todo lo que hacemos, pero si no da la orden no podemos movernos. Cuando nacemos tenemos millones de neuronas, un número similar al de las galaxias en el universo, y las vamos perdiendo, pero hay tantas que no se nota hasta que algo las afecta. Entonces, según qué neuronas son las afectadas, tienes una enfermedad neurológica u otra. Puede ser Alzheimer, ELA, hay muchas. Y a mí me tocó el Parkinson”.

Para Esteve, fue muy difícil aceptar el diagnóstico, y también encontrar ayuda para adaptarse a su nueva vida, pero por suerte, al poco tiempo descubrió, gracias a un amigo, la asociación catalana del Parkinson, que tenía una delegación en Sant Cugat, y allí recibió apoyo y aprendió todo lo que necesitaba para convivir mejor con la enfermedad, además de conocer a gente en su misma situación, que hubiera sido muy difícil conocer de otro modo.

“Pude hablar del Parkinson con alguien que lo entendía de verdad, porque lo vivía”, relata, “y me podía contar que a veces los pies se te quedan clavados en el suelo y no se pueden mover”. Al conocer a otras personas con Parkinson, supo de antemano todo lo que podía pasar a partir de ese momento, y así prepararse y sentirse más tranquilo. Aunque explica que el Parkinson se manifiesta de forma muy distinta en cada persona, con síntomas muy variados.

Algunos de los más habituales son los temblores o lo que llama los “periodos *on off*”: “Pasan cuando, por ejemplo, estás hablando con una persona y de golpe se apaga y puede estar diez o veinte minutos o una hora como si se hubiera quedado sin pilas”. Y también habla de la pérdida de la memoria y de problemas de habla.

En la asociación, se realizan terapias y ejercicios que abarcan ámbitos tan dispares como la fisioterapia, la memoria y la logopedia, con el fin de retrasar el progreso de los síntomas. “El Parkinson es una bajada, pero si te esfuerzas, la bajada no es tan exagerada”, apunta Esteve. Ahora, explica que él ha pasado por todas las etapas de la enfermedad. Primero empezó a andar con un bastón, luego con un caminador, y ahora tiene que ir en silla de ruedas. Por ello, hace quince meses se fue a vivir a una residencia en Valldoreix. Pero en esta sigue haciendo sus ejercicios, y recibir la ayuda de los cuidadores le va muy bien.

Más allá de su caso personal, Esteve se involucró con la asociación desde el primer día. Cuando conoció al matrimonio que la llevaba en Sant Cugat, empezó a ayudarlos con tareas que a él se le daban mejor, como las que requerían utilizar el ordenador, y al final acabaron gestionando el proyecto los tres, aunque Esteve obtuvo el cargo de delegado. “El gran objetivo de la asociación es que la gente que tiene Parkinson la conozca y sepa que es bueno que hagan terapia, que no se queden en casa lamentándose”, explica, “y también hacer divulgación general sobre la enfermedad”.

Cuando Esteve estaba en la asociación, hacían actos de recaudación de fondos para financiar las terapias, tanto grupales como individuales, que se ofrecían a los usuarios. Estas eran muy variadas: “Hacíamos musicoterapia, arteterapia o ludoterapia, con juegos que ejercitan el cerebro, como el parchís o el ajedrez”. De estos, su favorito y el que más triunfaba en la asociación era el Rummikub, que cuenta que es fácil de jugar pero que implica un buen esfuerzo mental. “Pero la gente se enganchaba y al final no jugábamos por obligación, sino para pasarlo bien. Hacíamos terapia sin notarlo”, observa. Y es que allí, también se trataba de disfrutar y compartir el proceso con los demás.

Cuando diagnosticaron a Esteve, se dio cuenta de que había mucho desconocimiento sobre la enfermedad y de que había personas que se reían de quienes tenían problemas de movilidad. “Y dije esto no puede ser, se tiene que evitar”, suelta, “y por eso hice todo lo posible para hacer difusión sobre el Parkinson”.

Cuando ya formaba parte de la asociación, el Ayuntamiento de Sant Cugat inició un programa con las escuelas del municipio para ofrecer formaciones de carácter social a los alumnos, y desde la asociación presentaron una propuesta que les aceptaron, para dar charlas sobre el Parkinson y así normalizarlo. Entonces, Esteve empezó a recorrer los centros educativos contando a los estudiantes su experiencia y sus conocimientos, y la iniciativa tuvo tan buenos resultados que duró varios años. “La primera vez era con alumnos de quince años, y pensaba ay, esto va a ser terrible, se van a poner en plan ¿y a mí que me cuentas?, pero conseguí captar su atención, nadie dijo ni pío en todo el rato, y al final hicieron preguntas muy interesantes”, explica.

En los últimos años, Esteve ha notado una gran mejora en la percepción de su enfermedad a nivel social. “Hace 30 o 40 años estas enfermedades se llamaban enfermedades feas, y la gente que las tenía no salía de casa”, lamenta, “pero ahora el mundo ha cambiado. Las asociaciones han hecho una gran labor y hoy, en general, la gente es muy amable y correcta”.

En este aspecto, Esteve afirma tener anécdotas muy buenas, como cuando las cajeras del supermercado pagaban su compra por él con su dinero, porque él no podía

sacarlo del monedero. O cuando un día, paseando con su mujer, él iba con el caminador y al cruzar un paso de cebra los pies se le bloquearon. “No me podía mover, paré el tráfico de las dos direcciones, y me puse muy nervioso, y mi mujer también. Pero entonces llegó un chico muy alto en una moto, bajó y dijo no se preocupe, ya sé qué le pasa, mi padre también tenía Parkinson”, relata.

Los nietos de Esteve son el claro reflejo de estos cambios y de los nuevos tiempos, pues tratan la enfermedad de su abuelo con total normalidad. “Con mi nieta, cuando tenía unos cinco años, después de comer hacíamos una partida de parchís y yo siempre la dejaba ganar, hasta que dejé de hacerlo porque pensé *ahora ya tiene que aprender a perder*. Y un día que estábamos jugando y ella iba perdiendo dijo *lo dejo, estoy harta de este juego*. Ahora juguemos al Mikado, porque como tú tiemblas, ganaré yo”, cuenta Esteve, con cariño, “y yo empecé a reír como un loco”.

“Y con mi nieto”, sigue, “un día íbamos en tren, él tenía unos siete años, y yo me puse a temblar mucho y todo el mundo me miraba. No sabía qué hacer, me puse muy nervioso, y entonces el niño se levanta y grita bien fuerte *¡es que tiene Parkinson!*”. Gracias a eso, la gente del vagón comprendió qué estaba pasando y muchos se ofrecieron a ayudarlo.

“El Parkinson afecta mucho a la familia, tanto o más que a mí”, sostiene Esteve, quien es consciente de que una enfermedad como la suya tiene muchas repercusiones en la vida de los cercanos al enfermo. “Mi mujer tenía que estar las 24 horas del día pendiente de que no me cayera”, asegura, y por eso, cuando Esteve ya no se pudo valer por sí mismo, empezó a tener un cuidador que iba cada día a su casa a ayudarlo. Sin embargo, hace poco más de un año se dio cuenta de que era insuficiente, y entonces tomó la decisión de irse a vivir a la residencia. A él siempre le había disgustado la idea de vivir en una residencia, pero ahora afirma que gracias al apoyo que recibe aquí, está bien.

“Aquí, al principio nadie sabía jugar al Rummikub, y ahora les he enseñado y todos me ganan”, menciona. “Y también hago de disc-jockey”, apunta. Dos días al mes, reúne a otros usuarios para escuchar música clásica y aprender sobre este género. Esteve prepara unos folletos que reparte en la residencia para anunciar qué pieza se escuchará en el próximo encuentro, y a estos acuden más de veinticinco personas. Una vez pusieron una sinfonía de dos horas, y aunque ese día eran menos, se sorprendió de lo atentos que estaban todos. “Es curioso, porque la gente no hace nada, pero si tú le pones algo para hacer delante, entonces sí lo hacen”, observa.

Además de la música, a Esteve le gusta mucho la poesía. “La música la descubrí a los veinte, pero la poesía a los 65”, declara. Ocurrió cuando un amigo que hacía recitales de poesía le invitó a uno, y a Esteve le gustó tanto que ahora esta disciplina

forma parte de su día a día, porque la ha incorporado en su rutina con un ejercicio. “Me gustan mucho tres poemas, de tres de los mejores poetas catalanes”, cuenta, “y cada semana los leo en voz alta para pronunciar bien y reforzar la memoria”.

Los poemas son *Assaig de càntic en el temple*, de Salvador Espriu, *Ara mateix*, de Miquel Martí i Pol y *És quan dormo que hi veig clar*, de Josep Vincenç Foix. “Entonces, me pongo serio, me concentro, y pienso *tengo que vocalizar bien, me tienen que entender*, y le recito los poemas al ordenador, porque me grabo y después lo escucho para ver si lo he hecho bien”, agrega.

Por otro lado, la poesía también se ha convertido para Esteve en una forma de canalizar sus sentimientos. “He escrito algunos poemas, pero son muy personales”, confiesa. Por eso, no quiere hacerlos públicos, pero sí que los ha compartido con sus seres más cercanos. “En uno expliqué cómo me sentí en el momento del diagnóstico, y no hay ningún amigo que lo haya leído y no haya llorado”, afirma.

Otro de los grandes intereses de Esteve es la astronomía, que, aunque siempre le había llamado la atención, no aprendió hasta que se jubiló. Se apuntó a unos cursos en el observatorio astronómico de Sabadell, y con un telescopio empezó a mirar el cielo como hacía de pequeño en casa de sus abuelos. “Pero empecé a hacerlo cuando ya no se veían las estrellas”, bromea, pues hoy el cielo no es tan claro como entonces. Sin embargo, declara: “He pasado horas muy divertidas haciéndolo”.

Esteve es una persona sensible y honesta, que remarca que, para él, tener Parkinson es muy duro. “Se tiene que aceptar y hay que aprender a convivir con la enfermedad, pero es muy fácil decirlo y no tanto hacerlo”, suelta. “Porque, además, ¿sabes cuál es la peor enfermedad?”, pregunta. “La que tienes tú”.

Sin embargo, ha hecho todo lo que estaba en sus manos para facilitar este proceso a otros y difundir el Parkinson a través de la asociación, y en el ámbito personal, para ir superándose a lo largo de los años. Hoy, en la residencia, sigue con su terapia y dedica su tiempo a sus grandes intereses, consciente de la importancia de seguir avanzando. “Aquí ocupo mi tiempo”, dice, “hay que estar activo”.

Tras su larga experiencia, Esteve observa el mundo actual y a pesar de algunas críticas que hace desde el punto de vista científico, como el problema del cambio climático, declara: “Hoy vivimos más años y vivimos mejor”. Sin embargo, esto no significa que tengamos que olvidarnos de cómo vivíamos antes, al contrario. Él le da tanto valor que quiere compartirlo.

“Hay una canción que me gusta mucho, de un grupo que se llama Mocedades, que está basada en la Sinfonía n.º 7 de Beethoven”, explica. La letra dice así: “Ojalá puedas conocer los veranos que he vivido yo [...] ojalá que quede para ti un mundo como el mío”.



Montserrat Rius: historia digna de una novela rusa

“A un gran corazón ninguna ingratitud lo cierra,
ninguna indiferencia lo cansa”.

León Tólstoi



"Nací el dieciséis de mayo de 1932, lo que significa que tengo 90 años, y ten presente que mi vida es un poco complicada". Esto es lo primero que dice Montse cuando nos encontramos en la residencia de Cambrils en la que vive. "Empezaré desde el principio: mi madre estuvo tres días para que yo naciera, y la comadrona le dijo a mi padre que yo ya estaba muerta", sigue, "pero como soy bastante tozuda, tiré adelante".

Montse nació en el barrio de la Salut de Barcelona, en el distrito de Gracia, y sus primeros recuerdos de infancia son de la guerra. "Pasamos hambre. Comí pieles de patata, troncos de col y coliflor, almortas y algarrobas que encontrábamos en el parque", relata. "Del racionamiento no te daban aceite, sino grasa, y unas lentejas que cuando las ponías en remojo tenías que ir sacando los gusanos con una aguja. A veces teníamos que hacerlo dos veces porque había tantos que flotaban y salían los que no habíamos visto antes", agrega.

En esa época, a Montse le causó un gran impacto ver a mujeres milicianas con fusiles, y no ha podido olvidar el miedo que pasó con los bombardeos aéreos. "Tenía un abrigo rojo que mi hermana no me dejaba ponerme, porque decía que me verían desde arriba y me matarían", asegura. Sin embargo, lo que más recuerda fue que su madre quiso ayudar a la dueña del edificio en el que vivían, María. Esta era marquesa, y la escondió con sus hijos en su casa. Al cabo de dos días, miembros de la Federación Anarquista Ibérica (FAI) fueron a hacer un registro y entraron mientras Montse estaba durmiendo la siesta. Su madre les pidió que escondieran los fusiles para no asustar a Montse, y en ese momento María y sus hijos consiguieron escapar por la puerta de atrás del edificio. En una mesa, la mujer se había dejado unos caramelos. "Y uno de ellos le dijo a mi madre *has tenido suerte, mala puta*, y cogió un caramelo, lo peló y me lo puso en la boca", rememora Montse.

Más allá de la guerra y la posguerra, esos años también fueron muy duros para Montse y su familia porque su padre se fue de casa. Su madre le había descubierto varias infidelidades y, harta, quiso separarse de él. "Y él intentó matarla", asevera Montse. Cuando ya las había abandonado, su madre fue a la fábrica en la que trabajaban los dos a cobrar su sueldo, pero cuando el dueño le preguntó por el marido y ella le dijo que se había ido de casa, este le dio también el sueldo de él, pues a ella le haría más falta. Entonces, cuando él se enteró de que ella tenía su dinero, fue a su casa, cogió un hacha e intentó entrar. Ella no estaba, y Montse se escondió debajo de la cama. Por suerte, María estuvo a tiempo de cerrar las puertas y evitar que entrara.

Montse se acuerda de que en la escuela sus compañeras le preguntaban dónde estaba su padre, y ella les respondía que estaba muerto. Sin embargo, un tiempo después una niña aseguró que el hombre le había dicho que era el padre de Montse Rius, y todas corrieron a llamarla “embustera”. Pero Montse, determinada, le respondió: “Cuando lo vuelvas a ver, le dices que el padre de Montse Rius hace muchos años que murió”.

Aunque Montse tenía solo cinco años cuando su padre se fue, de ese día no ha olvidado que su madre le pidió que le diera un beso de despedida a su hija, y él no quiso. Montse siempre sintió que su padre no la quería, en comparación con su hermana. “Ella era preciosa, de piel blanca y ojos azules, e iba de veintiún botones”, recuerda, “cuando íbamos con mi madre con sus compañeras de la fábrica, le decían *ay, qué niña más bonita tienes*, y luego *ay, qué morenita es Montse*, y eso se te queda”. Incluso, cuenta que su padre nunca fue cariñoso con ella y que llegó a pegarle. Una vez, le hirió la muñeca. Montse enseña una gran cicatriz en la parte interior del brazo. “Si me hubiera tocado la arteria, hubiera muerto”, asevera.

“Pero lo que me faltó de mi padre, me lo dio mi madre”, declara con cariño. Ella le transmitió amor y la determinación para tirar adelante. “Me parezco mucho a ella, de cara y de carácter”, dice orgullosa. Sin el apoyo del padre, la madre de Montse tuvo que trabajar duro para mantener a sus dos hijas. Era costurera de seda, y se iba a trabajar cada día a las cinco de la mañana. Cuando volvía, al mediodía, comía y rápidamente enganchaba con otro trabajo en la fábrica. Además, ella era conocida en Gracia por ser curandera, porque curaba el *espatllat de pit*, un término que denominaba varias molestias físicas, con masajes vertebrales. Como no le quería cobrar nada a la gente, a cambio le daban comida. “Y una vez nos dieron un gallo y una gallinita”, recuerda Montse con ilusión.

Montse estudió en un colegio gratuito de monjas, y como le gustaba coser, estas empezaron a llevársela a un taller de costura que tenían en la parte de arriba del edificio, y por las tardes le enseñaban a hacer punto de cruz. “Se lo agradezco mucho”, admite, y es que en unos años ese conocimiento le serviría mucho.

A los siete años, Montse se levantaba temprano para hacer las camas, ir a comprar pan y cualquier cosa que su madre hubiera encargado en alguna tienda, volver a casa a dejarlo y luego ya se podía ir al colegio. “Por lo tanto, yo empecé a trabajar muy temprano”, declara. Más tarde, a los catorce, empezó a trabajar en una zapatería. “Me apreciaban mucho”, asegura, “era como mi casa”. Estuvo allí hasta los 25 años, edad en la que se casó, y poco después se quedó embarazada.

Al poco tiempo, a su marido, Antonio, le detectaron un cáncer de colon y le operaron. “Entonces no era como ahora”, asegura Montse. “Mi marido tenía un agujero en la cintura, y por allí le tenía que poner una goma de 40 centímetros y si encontraba algo, sacarlo fuera. Y así cada mañana”, cuenta. “Si estábamos comiendo y decía *Montse, huele mal*, Montse se levantaba y le quitaba la bolsa, porque solo teníamos dos, le lavaba la mierda, se la daba y volvíamos a comer como si no hubiera pasado nada”, agrega. “Tuve que aprender a curar y a poner inyecciones”, apunta. Montse siempre estuvo allí para él.

El 28 de agosto, Antonio hubiera cumplido 28 años, y un día antes murió. Montse se quedó viuda después de solo un año de matrimonio y con un hijo de solo seis meses. Vivió el duelo como pudo, porque las necesidades materiales se impusieron como prioridad. “Yo solo ganaba 300 pesetas a la semana, y pagaba 500 de alquiler, además de la luz, el gas, el teléfono y la portería”, apunta. En esa situación, aceptaba cualquier oportunidad de trabajo que le saliera. Trabajó en una pastelería, confeccionando guantes en su casa los domingos o fregando. “Me agarré a lo que pude”, asegura, con su forma de hablar tranquila pero severa. Hay algo en Montse que deja entrever que es una mujer que no lo ha tenido fácil, pero también que ha sido muy fuerte. Y a pesar de lo vivido, nada le ha quitado la cercanía y la dulzura con la que trata a los demás.

Cuando Montse se quedó sola, su madre se fue a vivir con ella para ayudarla, y quería pagarle parte del alquiler, pero ella no le dejó. “Mamá, tú me haces un gran favor, yo no puedo cobrarte nada”, le dijo. Poco después, una amiga de su madre le preguntó a esta, si Montse sabía coser. Ella le respondió que sí, que incluso había hecho todo su ajuar de novia. Y la mujer le pidió hablar con ella. “Entonces mi vida empezó a cambiar”, apunta Montse.

Esa mujer trabajaba en Can Lluçà, según Montse “la mejor tapicería de España”. La contrató y allí aprendió a hacer cortinas. Durante el día trabajaba en el taller y por las noches se llevaba trabajo a casa. “Cuando mi hijo me veía hacer las cortinas me decía *mamá, ¿te ayudo?* Pero era un crío”, recuerda. Ella fingía que él era de gran ayuda, y él creció acostumbrado a ver a su madre trabajando, como a Montse le había ocurrido con su madre. Sin embargo, le costaba comprender por qué no tenía padre.

“Mamá, ¿yo no tengo papá?”, le solía preguntar a Montse o a su abuela. Montse le decía “no, porque tu padre se puso enfermo y se fue al cielo”. Y él le respondía “pues dile que baje”. Ella le explicaba que eso no era posible, pero él insistía y buscaba otras formas de resolver el problema. “¿Cómo conociste a papá?”, le preguntaba. Ella le

contaba que lo conoció bailando sardanas, y él le decía “pues yo me quedo con la yaya y tú ves a bailar sardanas y me traes a un papá nuevo”.

La madre de Montse y su tía deseaban que Montse conociera a otro hombre, y un día la segunda llamó a Montse y le habló de Joan, un viudo que tenía un hijo y una hija. “Es muy buen chico, podrías ir a su casa a hacerle las cortinas”, le sugirió. Pero Montse, con su fuerte carácter, no lo iba a poner fácil. “Tía, si voy a su casa y veo a un hombre con dos criaturas doy media vuelta y me voy”, le respondió. “Y esto te juro que es verdad”, advierte ahora. “Yo no soy carne que se venda en el mercado, o sea que no”, le dijo para zanjar la conversación.

Unos días después, su tía volvió a llamar para insistir. Le propuso ir a la comunión de su hijo, donde estaría Joan, pero Montse le dijo que no podía porque no tendría tiempo de terminar unas cortinas que tenía que entregar. En esa época, el hijo de Montse tenía problemas para andar, y un médico le había dicho que quizás tenía parálisis infantil. En ese contexto, otro hijo de su tía la llamó y le dijo “tu hijo no quedará cojo, porque si lo tengo que llevar a Alemania para que lo traten, lo haré. Lo que sea por el niño”. Ella reaccionó muy agradecida y, entonces, él le dijo “pues si me lo agradeces, ven a la comunión”. Incluso le ofreció pagarle lo que le costara una tarde de trabajo. Sin embargo, al final Montse fue y pudo cumplir con la entrega.

Días después, una chica que vivía en casa de Montse y que le ayudaba con el trabajo, encontró una carta en el buzón para ella, que le había enviado Joan. “Decía que era el viudo que me había presentado mi tía y toda clase de explicaciones. En fin, que nuestra vida era muy triste y que podíamos salir con nuestros hijos para que se distrajeran. Que el sábado me esperaría en la calle hasta las diez y si no iba, entendería que yo no quería nada”, resume. En la carta dejó su número teléfono y su dirección. Cuando la madre de Montse la leyó, le insistió en que lo llamara. “No, si le interesa ya volverá”, le respondió ella orgullosa. Pero su madre le dijo “si no lo llamas tú, lo llamaré yo”. Y al final Montse lo llamó, le dijo que había visto la carta tarde, y quedaron en verse.

“Fuimos al Tibidabo y los niños se lo pasaron bomba”, admite. Después, él le propuso seguir quedando, y empezaron a verse cada día porque la iba a dejar y a buscar al trabajo. Entonces, por las mañanas, Montse se empezó a levantar un poco antes para comprarle desayuno en una panadería de la avenida Diagonal. “Y así fue pasando el tiempo hasta que un día me cogió y me dijo que lo que sentía por mí era más que amistad, y que podríamos casarnos...”, relata. Cuando su hermana lo supo le dijo que aceptara, y su cuñado le pidió que Joan fuera a hablar con él antes, para

conocerlo mejor. “¡Un hombre de 36 años fue a hablar con mi cuñado para pedirle mi mano!”, exclama Montse riéndose. “En resumidas cuentas, nos casamos”, zanja.

Los hijos de él siempre llamaron a Montse mamá, y ella los acogió como tal. “Cuando la gente me decía *no son tus hijos*, yo les decía *sí que lo son, no los he parido, pero los he criado*”, explica. Sin embargo, en esa época Montse sufrió las consecuencias de ser madrastra, un rol que entonces tenía muy mala fama.

Con dieciséis años, el hijo de Joan empezó a salir con una chica cuya madre le metió en la cabeza que “las madrastras son malas, brujas como en el cuento de Blancanieves”, cuenta Montse, “y el tonto se lo creyó”. Entonces, el hijo de Joan empezó a saltarse las cenas en casa, les robó dinero, y finalmente se fue a vivir con su tía.

Al cabo de un año, a Montse no le venía la regla y fue al médico. Cuando este le dijo que estaba embarazada, salió a la calle, empezó a andar y se puso a llorar. Joan la llamó para saber cómo le había ido y ella le contó la noticia como si fuera mala, pero para su sorpresa, él se alegró. “Entonces llegó nuestra hija Laura, y tiramos adelante”, afirma.

Muchos años después, Joan enfermó y estuvo más de un mes ingresado en el hospital. Cuando volvió a casa, mejoró, pero al poco tiempo volvió a empeorar y Montse, que no podía evitar vincular la situación a la de Antonio, empezó a preocuparse. Los médicos le aseguraron que el problema era que Joan solo tenía un riñón de nacimiento, porque el otro lo tenía seco. Entonces, la hija de él, que también se llamaba Montse, se ofreció a darle un riñón a su padre, y Montse le dijo que de ninguna manera. Sin embargo, poco después los médicos confirmaron su sospecha. En realidad, Joan tenía cáncer. Y con la dureza de la noticia, ella se armó de valor una vez más y decidió ocultarle su enfermedad. “Cuando me daban las medicaciones, rompía las recetas muy pequeñas, como hacía con mi primer marido”, confiesa, e igual que con Antonio, a Joan también empezó a darle morfina para aliviar su dolor.

Montse se pasaba el día en el hospital para hacerle compañía, durmiendo en un sofá de la habitación, y un día se presentó Laura sin previo aviso y le dijo que se fuera a dormir a casa, que ella pasaría la noche allí y si pasaba algo la llamaría. “Y no me había ni cambiado de ropa al llegar a casa, que me llamó y me dijo *ven, que papá ha empeorado*”, lamenta. Un vecino la acompañó al hospital y en las puertas de este, que estaban cerradas, llamó con todas sus fuerzas para que le abrieran.

Cuando consiguió entrar, Joan estaba muy mal y Montse fue a hablar con su médico. “Nuestra intención era que pudiera ir a morir a casa, pero se tiene que quedar aquí”, le anunció este. Y ella le dijo “solo le pido una cosa, que no sufra”. Ante su comentario, el médico le preguntó si ya había vivido una experiencia similar, y ella se la explicó. Entonces, como ella traía una botella de morfina, se la dio a él, a quien le haría más servicio. “Le pusieron el catéter y murió como un pollito”, declara.

“Y me volví a quedar sola”, suelta. Sus hijos varones se habían desentendido de la familia, su hija Montse ya se había casado y solo vivía con Laura, en una torre que habían comprado años atrás. “Mamá, aquí te morirás en cuatro días, solo tienes recuerdos de papá”, le dijo ella. Por eso, decidieron comprar un piso entre las dos, en el municipio de Piera. Como el hijo biológico de Montse no había querido saber nada de Joan mientras estaba enfermo y tampoco fue al funeral, Montse le dijo a Laura que pusiera el piso solo a su nombre. Si Montse tiró adelante fue gracias a la ayuda y al apoyo incondicional de sus hijas. “A ellas siempre las tuve a mi lado”, reafirma.

Sin embargo, años después Montse tuvo que volver a sufrir una dolorosa pérdida, y llegados a este punto, no ofrece demasiados detalles. “Laura tenía 53 años, le diagnosticaron cáncer y en seis meses se la llevó”, dice, “ahora la única hija que tengo es Montse”.

Después de la muerte de su hija, un sábado Montse salió a comprar comida porque su yerno, el marido de Laura, iba a comer a su casa, y cayó por las escaleras. La vecina, que era amiga suya y que también estaba invitada a la comida, la ayudó a levantarse y llamó a una ambulancia. Cuando los sanitarios la atendieron, ella podía caminar, y le dijeron que solo había sido una mala caída, así que Montse se fue a comprar. Sin embargo, al volver a casa, tuvo que sentarse, porque no se podía mover. “Llegó mi yerno y les dije *tendréis que terminar la comida vosotros, porque yo no puedo hacer nada*”, recuerda. Entonces, llamaron a urgencias de nuevo y tras una revisión más exhaustiva, le dijeron que se había roto el fémur.

Llevaron a Montse al hospital, la operaron, y cuando salió tuvo qué plantearse cómo iba a vivir a partir de ese momento. Como no tenía dinero para pagar a una cuidadora, acordó con su yerno y su vecina que venderían los muebles del piso que había comprado con su hija, y que entonces había quedado a nombre del yerno. “Pero me dejaron el piso limpio”, lamenta. Cuenta que se quedaron todas sus pertenencias, a las que tanto cariño les tenía, y de las que vendieron, ella recibió muy poco dinero por ellas. Sin embargo, aunque le doliera mucho, Montse deja claro que no les guarda

rencor. Incluso sigue llamando a su yerno, aunque sea por el recuerdo que tiene de cómo cuidaba a Laura.

Después de que la “desahuciaran”, como llama Montse a ese suceso, su hija Montse tuvo que hacerse cargo de su situación, y encontró la residencia en la que ahora vive. “Ella me lleva al hospital”, dice, porque recientemente la operaron de piedras en el riñón, “siempre viene a verme y me compra lo que necesito”. De hecho, informa, contenta, que después de la entrevista se irá a comer con ella.

“Y esta ha sido mi vida, se la cuentas a un escritor y te dice *esto es una novela*”, sostiene. Pero no hay derrotismo en su forma de decirlo, sino calma. Aunque no niega el sufrimiento vivido, Montse comparte cómo ha conseguido afrontarlo: “¿Tú dirías que hace tres años perdí a mi hija? ¿Verdad que no? Porque he aguantado y he llorado sola. No quiero que nadie me vea llorar. Y no quiero dar pena a nadie, a nadie”.

Montse se reafirma en la idea de que siempre hay que ver el vaso medio lleno, porque así es como ella se ha mantenido en pie. “Las he pasado jodidas, pero siempre he tirado adelante. Nunca he dicho *esto no lo puedo hacer*. Tienes que ser valiente”, declara.

“Tengo el corazón jodido, estoy operada del riñón..., pero ¿qué tengo que hacer? ¿Llorar?”, plantea. “Prefiero irme con este chico con la motito. Nos vamos a la playa, damos la vuelta y volvemos a comer aquí. Y por esto estoy tan negra”, relata, tras saludar a otro usuario de la residencia, amigo suyo que cruza el patio, en el que hablamos, con una *scooter* como la que lleva ella.

Si hace un rato Montse decía que su vida es como una novela, ahora matiza: “Mi vida es como una novela rusa”. Y ella sabe de lo que habla, porque le encanta leer. “Empecé con los libros de Corín Tellado, pero al final me parecían sosos”, confiesa, “entonces, al lado de donde yo trabajaba había una chica que tenía una perfumería que tocaba el piano como los ángeles, y con ella empecé a leer biografías de Chopin, Strauss... Y luego novelas”. “Iba a la biblioteca y me decían *Montse tenemos unos libros para ti*, y me daban unos tochos...”, dice riéndose. “Ahora tengo una *tableta* para leer novelas y hacer crucigramas”, informa contenta. De todo lo que Montse nos puede enseñar, lo más importante es que hay que adaptarse a lo que venga y seguir viviendo.



Manuel Monsalve: la historia de un rebelde con causa

"Mucha gente pequeña, en lugares pequeños, haciendo cosas pequeñas,
puede cambiar el mundo".

Eduardo Galeano



Manuel nació hace 63 años en Valdepeñas, un municipio de la provincia de Ciudad Real, pero poco se acuerda de su vida allí porque cuando tenía cinco años emigró a Cataluña con sus padres, su hermano menor, sus abuelos y un tío. En Barcelona vivía otro tío, y decidieron irse a vivir allí buscando un futuro mejor.

Tras un largo viaje en el tren borreguero, cuando llegaron a la capital catalana un policía se los llevó junto a otras familias a Montjuïc, y desde allí los mandaron de vuelta al pueblo. Todos estaban muy asustados y no pudieron evitarlo. Y con el tiempo descubrieron que ese hombre siempre hacía lo mismo con las personas que le parecían inocentes y que acaban de llegar de su pueblo. Así que, de nuevo en Valdepeñas, tuvieron que volver a pagar y reiniciar el viaje. “Por eso mucha gente que venía a Barcelona se quedaba antes en Tarragona. No se la jugaban”, explica Manuel. “Era muy complicado”, asegura, el proceso por el que tenían que pasar las familias que, como la suya, tuvieron que emigrar.

Cuando llegaron por segunda vez a Barcelona, solo traían dos maletas, una de ellas con comida. Cogieron un taxi para ir al barrio de La Guineueta, donde vivía su tío, y en una plaza tuvieron un pequeño incidente. “La maleta se abrió y tuvimos que recoger todos los garbanzos que se habían caído en la calle”, cuenta, “me acuerdo perfectamente”. Después empezaron a buscar a su tío, y les costó tanto que no lo encontraron hasta las tres de la mañana. Ese día durmieron en su casa y después se fueron a vivir a una barraca en el barrio de La Catalana de Sant Adrià del Besós, una ciudad pegada a Barcelona, donde estaba la conocida central térmica homónima.

“Vivíamos en una barraca de uralita de unos cuarenta metros. Yo siempre dormía en el pasillo. Nos duchábamos en un barreño de zinc, que dejábamos en la puerta para que el agua se calentara con el sol. Dentro se pasaba mucho calor y cuando llovía teníamos que poner cartones”, recuerda Manuel. Cuando unas riadas destrozaron su barraca, tuvieron que volver a construirla.

A pesar del contexto de precariedad, Manuel admite: “En mi infancia me lo pasaba bien, no fue ningún drama”. Pero con el paso de los años se ha dado cuenta de que sus buenos recuerdos se deben a que era niño y no era consciente de la situación. “Estábamos mejor en el pueblo, porque al menos allí teníamos una casa con animales”, observa. De hecho, su abuelo tuvo que venderlos todos para emigrar.

A pesar de las dificultades económicas que tenían en Barcelona, la familia hacía todo lo posible para ir todos los años al pueblo, y un año, cuando su situación ya era mejor, Manuel descubrió que en Valdepeñas tenían un “seguro de vida”. Cuando llegaron a Barcelona, solo llevaban 1.500 pesetas encima, pero su padre había

escondido detrás de un cuadro de su casa en el pueblo 6.000 pesetas por si tenían que volver. Él lo confesó cuando estaban allí durante un viaje; no pudo aguantar y las sacó de su escondite. “Y mi madre pilló un cabreo...”, dice Manuel, riéndose, “le dijo *¿cómo se te ocurre? ¡Que nos fuimos y no sabíamos qué nos íbamos a encontrar!*”.

En Sant Adrià, Manuel iba a la escuela de forma intermitente, cuando sus padres tenían dinero para pagarla. Y de esos años recuerda más bien jugar en la calle con los demás niños. Sin embargo, sus padres no podían comprarle ningún juguete y, por tanto, nunca celebró el Día de Reyes. O, al menos, en la forma tradicional. Porque se acuerda de un hombre rico que se podría decir que los sustituía. Se presentaba en La Catalana, abría el capó de su coche Dodge y empezaba a repartir juguetes a los niños. “Me dio una pistolita con un corcho, se la di a mi madre y la envolvió para el día siguiente, que era el Día de Reyes”, explica.

Al llegar a Cataluña, para sobrevivir, la familia de Manuel empezó a vender cerveza, fruta y helados que hacían ellos mismos en la calle. “Nos íbamos a la playa y mi padre montaba un chiringuito. Ponía la radio y teníamos las cervezas en un cubo con hielo para que estuvieran frescas”, relata. Y vendiendo empezaron a encontrarse justamente al mismo policía que los había mandado de vuelta al pueblo la primera vez que llegaron a Barcelona. Este los trató igual de mal.

Aunque los padres de Manuel tenían un permiso del ayuntamiento para trabajar de vendedores ambulantes, cada vez que el policía los veía les quitaba el dinero, el mandil y la fruta. “Como tenía carta blanca y no tenía que dar explicaciones”, ellos no podían hacer nada. Eso sí, el carro nunca se lo llevaba, para que al día siguiente pudieran comprar más productos y así él los pudiera robar de nuevo y seguir con su negocio. “Le teníamos miedo”, se queja Manuel, y rectifica: “No, pánico”. Y es que le impactó tanto el abuso de poder sistemático de aquel hombre, que sigue acordándose de él como si fuera ayer: “Era pequeñito, como alcoholizado, un sinvergüenza, muy malo”. Explica, además, que dice una leyenda urbana que, a su hijo, que también se hizo policía, lo encontraron muerto en un contenedor.

“Por cómo empezó mi padre, debería haber tenido varios supermercados”, comenta Manuel, remarcando la dificultad que tuvo su familia para tirar adelante a pesar de sus grandes esfuerzos. “Pero no por trabajar más tienes más”, añade. En un contexto de restricción, la riqueza llegaba solo gracias a golpes de suerte y era efímera. Cuando tenía nueve años, un día iba con su padre por la calle y se encontraron 500 pesetas en la vía del tranvía. “¿Qué quieres comprar?”, le preguntó su padre, y él lo tenía muy claro. “Esas olivas gordas, con anchoas del Cantábrico”, recuerda “que eran un

lujazo". Así que se las comieron felices, y con lo que les sobró compraron también una mano de plátanos que luego vendieron. "¡Al día siguiente, no teníamos dinero, pero ese día nos lo gastamos!", bromea Manuel. Por suerte, poco después su padre entró a trabajar en una empresa de cristal y empezó a ganar más.

En los años 60, la zona de La Mina de Sant Adrià era un área rural, pero en 1969 se convirtió en un barrio "de creación instantánea" con el que la administración pretendía acabar con los barrios de chabolas que habían surgido a raíz de la llegada de familias de otras partes de España a Barcelona. Pero lo único que logró el proyecto fue sustituir el barraquismo horizontal por el barraquismo vertical.

El barrio se llenó rápidamente de población, pero la falta de servicios sanitarios, educativos y urbanísticos, o la sensación de aislamiento y desamparo de este acabaron desembocando en problemáticas sociales, laborales y económicas. El lugar cogió mala fama debido a la exclusión social, la falta de oportunidades, los sucesos, la drogodependencia y a un elevado porcentaje de población gitana a la que se criminalizaba. Un colectivo que sigue siendo muy discriminado hoy. En definitiva, se redujo a la etiqueta de barrio marginado y conflictivo.

A pesar de la imagen de La Mina, Manuel siente la necesidad de aclarar que, con los vecinos, pero sobre todo con los gitanos, "había muy buena convivencia y nunca había follones". Se acuerda de un hombre que también se llamaba Manuel, "el patriarca del Campo de la Bota", que arreglaba cualquier problema que surgiera y a quien todo el mundo respetaba. Y alaba a sus amigos gitanos, con los que aún se ve hoy, cuando va al mercadillo donde la mayoría de ellos tienen una parada.

Si bien admite que esa zona era como una "selva", en palabras de Manuel, esta tenía leyes propias. "Si venía la policía y decía *hemos visto un tráiler que llevaba chaquetas de piel*, nosotros no lo habíamos visto. Viéramos lo que viéramos, nosotros nunca sabíamos nada", explica, "y como no sabíamos nada, no había problemas con nadie".

En ese contexto, cuando Manuel era adolescente se hizo amigo de chicos que luego se harían conocidos en toda España como delincuentes, como el Vaquilla o el Torete. "Nos criamos juntos, me llevaba muy bien con ellos", asegura, "pero cuando decían *vamos a robar un coche* yo nunca iba, porque si venía la Guardia Civil a mi casa, si eso pasaba no me mataba la Guardia Civil, sino mi padre, que era muy recto", justifica. Y a partir de su experiencia, Manuel pone en duda la imagen pública que se formó alrededor de ellos, pues afirma que eran buenas personas, aunque cuando se

metieron en el mundo de la droga fueron empeorando. Y es que la droga era un gran problema en La Mina. “Yo tenía tres amigos que murieron por sobredosis”, lamenta.

Si Manuel nunca entró en esas dinámicas fue porque siempre tuvo claro qué dirección quería tomar en su vida. “Hay una línea, y tú puedes ir para un lado o para el otro, pero es muy fácil pasar la línea mala”, ejemplifica. “Tú podías juntarte con esa gente y te arrastraban sin que te dieras cuenta, porque eras joven, y si por ejemplo tenías problemas en casa o tenías una familia desestructurada era más fácil que te fueras hacia ese lado”, sostiene. “Pero yo tuve una gran suerte con mi familia, y me fui para el lado de trabajar, trabajar y trabajar”, añade. “Mi familia siempre estuvo en el lado de ganarse la vida, y eso que nos costó un huevo sobrevivir y no nos ayudó nadie, y menos los políticos asquerosos”, declara. Manuel se siente muy agradecido de que esa fuera la visión que le transmitieran en casa.

A los catorce años, Manuel empezó a trabajar en una empresa de calderas, y a los pocos meses de estar allí, tuvo que vivir la desgracia de la muerte de un compañero debido a un accidente laboral, en el que un bidón reventó y le arrancó la cabeza. “Lo pasé mal, fue un golpe grande”, admite, pero entonces no había tiempo para lamentarse. Allí cobró su primer sueldo, 915 pesetas, que ahora serían cinco euros, y se las dio a su abuelo, quien nunca había cobrado tanto. “Hay que ver, yo toda la vida trabajando y un mocoso gana esto”, le dijo él. Con el dinero, compraron muebles, para su casa en el mismo lugar donde vivían antes, pero que ahora ya tenía forma de hogar. “Entonces, empezamos a vivir”, afirma Manuel. Y en ese momento descubrió cuál era el objetivo al que quería llegar trabajando. Dirigiéndose a su madre, que entonces trabajaba limpiando escaleras, le dijo: “Mamá, el que te va a jubilar voy a ser yo”. Y así fue. “Ese es el orgullo más grande que tengo”, asevera.

Más adelante, Manuel empezó a trabajar en una empresa de cámaras frigoríficas, y le fue tan bien que allí se quedó hasta el fin de su vida laboral. Su trabajo consistía en montar cámaras en grandes superficies, por lo que solía viajar y se ganaba muy bien la vida. A los 23 años, Manuel se casó y compró un piso con su mujer. “Pasé de vivir en una barraca a ir a la mejor zona residencial de Badalona, en el barrio Lloreda”, suelta.

Contento del fruto que había dado su esfuerzo, Manuel se dijo “ahora tengo que hacer algo para la sociedad”, y entró en la asociación de vecinos del barrio. Con esta, se implicó en las luchas para conseguir que el área, donde solo había viviendas, consiguiera más servicios, como una línea de autobús, un ambulatorio o un casal de gente mayor.

“Yo era uno de los folloneros”, admite con orgullo, “siempre me han gustado los follones. Unas veces me he metido yo y otras me han metido”. Una de las luchas que ganaron fue conseguir que en la residencia de Can Ruti no hubiera zona de aparcamiento azul ni verde. “¿Y sabes por qué?”, pregunta, “uno de los responsables lo tienes aquí. Con un compresor arrancamos la valla y nos llevaron detenidos”. Desde comisaría, él y sus compañeros llamaron a la alcaldesa, quien fue a hablar con la policía para que los soltaran y además les dijo que todos los daños que hubieran ocasionado iban a cargo del ayuntamiento. Pero si eso fue posible, fue gracias a la presión de los vecinos. “Había mil personas en la puerta”, puntualiza Manuel.

“Es para estar orgulloso de estas luchas”, considera, pero a pesar de su implicación quiere dejar claro que él nunca ha entrado en política. “Yo tengo mis ideas y lo digo con la boca llena: soy de izquierdas. Pero a veces es para darle dos hostias a los de izquierdas”, suelta. Si bien en esa época intentaron incluirlo en un partido, él siempre se negó. “Yo valgo para estar detrás, liándola”, dice riéndose.

El carácter reivindicativo de Manuel no le vino de familia --pues afirma que en su casa eran apolíticos-- sino de las experiencias que fue viviendo desde niño y de su carácter rebelde. Desde muy joven se dio cuenta de que “siempre están perjudicados los mismos, el de abajo paga siempre las consecuencias” y que, por tanto, “hay que luchar por el otro”. Y a pesar de que ahora Manuel vive mucho mejor que en esos tiempos, nunca ha cambiado de parecer. “Mucha gente me ha dicho *Manolo, cómo vives tú, estás equivocado siendo de izquierdas*. Pero yo voy a ser así hasta que me muera”, garantiza.

Mientras trabajaba, Manuel entró en la Unión General de Trabajadores (UGT). Estuvo allí durante dieciséis años y asegura que nunca quiso estar liberado. “Yo quise estar delante de mi jefe y decirle *en esto no estamos de acuerdo*”, cuenta. Así, hacía todas las reuniones del sindicato fuera del horario laboral, lo que le permitía no estar “amoldado” y hacer bien su trabajo.

“Hay que ayudar tanto a la empresa como al trabajador. Y si tú ganas dinero, hay que repartir”, reflexiona. En el entorno sindical, Manuel era muy respetado por tener las ideas claras y por su transparencia. “Yo siempre he ido de cara, no soy ni un traidor ni un *queda bien*, y mis ideas las he defendido”, asegura. Y por ello, también defiende a la empresa, donde dice que había muy buen ambiente y los trabajadores tenían muy buenas condiciones laborales porque el que cobraba menos ganaba 2.500 euros limpios al mes. De hecho, a los jóvenes que entraban a trabajar allí, Manuel les

hacía como de padre. “No vais a encontrar una empresa en la que tengáis un futuro tan bueno como aquí”, les decía. “Eso sí, hay que trabajar y hacer prima”.

A los 30 años, Manuel tuvo su primer hijo y más tarde llegaría un segundo. En ese tiempo, él trabajaba hasta quince horas diarias y lamenta no haber pasado tanto tiempo con ellos como le hubiera gustado. Sin embargo, siempre tuvo claro que era el sacrificio que tenía que hacer para que no tuvieran una vida tan dura como la suya, y ellos están muy agradecidos por ello. “Ahora viven en los dos pisos que tenemos en Badalona, se han ahorrado veinte años de hipoteca”.

En esa época, Manuel empezó a tomar decisiones con la mirada puesta en el futuro de su familia. Compró bienes raíces y un local. “Porque si tengo un accidente en el trabajo y me mato, mi mujer tendrá algo de lo que vivir, aunque sea vendiendo chuches”. Pero reflexionando sobre su infancia, también se preguntó: “¿Qué es algo que yo no tuve y que pueda hacer feliz a los niños?”, y encontró la respuesta: “Voy a empezar a hacer las carrozas de los Reyes Magos”.

Con ese nuevo proyecto en mente, fue a hablar con su jefe y le pidió el material sobrante que utilizaban para las cámaras frigoríficas, que de otro modo se iba a tirar, y se puso manos a la obra. “Como yo era montador, hacía virguerías”, declara. En un momento se le ocurrió crear un taller para enseñar a soldar a jóvenes, pero no le dieron el permiso para el local. De todas formas, los objetores de conciencia lo empezaron a ayudar. “Yo voy ahora a mi barrio y los chavales que ahora tienen 40 años eran los que iban en las carrozas”, apunta.

A partir de entonces, cada año creaban una carroza distinta, que los vecinos admiraban con ilusión durante la cabalgata. Y como al año siguiente iban a hacer otra, esa se la regalaban a otro barrio. Para Manuel era un *hobby*, pero un *hobby* al que le dedicaba muchas horas y por el que no cobraba nada. Y la satisfacción de hacerlo era tan grande que ahora que está jubilado lo mantiene, pero no en Badalona, sino en Roda de Barà, donde vive hoy.

Hace diez años, Manuel se prejubiló. “Me ha tocado dos veces la lotería”, suelta, “una al casarme con mi mujer y la otra al poder dejar de trabajar después de 35 años cotizados”. En esa época, su suegra enfermó y le encontraron una residencia en Roda de Barà, donde la pareja ya tenía una casa desde hacía años. Se mudaron allí para poder visitarla cada día, pero también porque les encantaba el lugar.

Al llegar al pueblo, Manuel fue al ayuntamiento, propuso hacer las carrozas de reyes y su idea fue muy bien recibida. Él preguntó qué diseño quería hacer el arquitecto,

pero le dieron vía libre para que hiciera lo que quisiera, le habilitaron un espacio para trabajar y una empleada del consistorio empezó a ayudarlo. Ahora, él hace el diseño y monta la carroza, y ella hace la decoración con dibujos y distintos materiales. “Hacemos un buen equipo”, dice Manuel, “el año pasado hicimos un trineo guapísimo y en septiembre nos volveremos a juntar. Este año haremos una estrella de ocho metros”.

Tras una vida de lucha y trabajo, Manuel mantiene su afición con mucho entusiasmo, viaja de vez en cuando a Badalona para ver a sus hijos y allí también se reencuentra con antiguos amigos y, en general, disfruta de la vida, algo que no le ha sido fácil de conseguir. Y precisamente, por la consciencia que tiene de esa dificultad, durante la entrevista remarca, en varios momentos, que nunca se ha olvidado de donde viene, y que su caso es uno de éxito, pero que no todos los que han trabajado tanto como él han llegado tan lejos. Y cada vez es más difícil lograrlo tal y como están las cosas hoy.

“Ahora el trabajo es asqueroso”, suelta, antes de añadir “acuérdate de que el mejor empresario es un cabrón”, refiriéndose no a los pequeños empresarios, sino a los dueños de grandes compañías. “Algo habrán tenido que hacer para llegar allí”, sugiere, y critica que los ricos creen que si trabajas lo suficiente puedes triunfar, aunque en realidad no es así, porque mucha gente trabajadora nunca ha logrado mejorar su situación. Pero es muy fácil caer en ese discurso meritocrático cuando lo tienes todo dado.

“Cuanta más crisis hay, más ganan los de arriba”, sigue haciendo referencia al aumento de la precariedad de los últimos años. “Antes se decía *no tienes nada porque no has trabajado*, pero es que ahora te hinchas a trabajar y no tienes nada”, sostiene, “porque ¿cómo vas a pagar un alquiler de 700 euros si cobras 1.300?”. “Lo que quiere un trabajador es vivir, ir a tomarse una Coca-Cola, irse de vacaciones a un hotel, y con eso ya está contento”, añade, “pero ahora no se llega ni a eso”.

Ante esta realidad, Manuel insiste en la necesidad de unir fuerzas y luchar para cambiar las cosas, algo que él aprendió en el movimiento vecinal y en el sindicato. Pero no quiere saber nada de partidos políticos, se dirige a las personas: “Tienes que involucrarte, decir *esto está mal* y tratar de cambiarlo”.

Ahora, Manuel dice que vive muy bien gracias a su esfuerzo, las oportunidades que le han dado y la dirección que siempre tuvo claro que quería tomar. “He estado en el filo entre el bien y el mal, pero uno tiene que saber lo que quiere y no dejarse llevar por lo más fácil”, declara. Y esa convicción se mantuvo firme gracias a la educación y al apoyo que recibió de su familia.

“Uno nunca se puede olvidar de donde viene, porque si lo haces, ya no eres persona, eso hay que tenerlo muy claro”, suelta. Y para él, esa es su fuente de orgullo. Y lo seguirá siendo por mucho tiempo. “Mi abuelo murió con 99 años, mi abuela con 102, y mi madre todavía vive y tiene 94, así que si no se rompe la cadena voy a dar caña”, avisa con una sonrisa.



Clara Palau: el activismo como seña de identidad

"No queremos que nos toleren, lo que se pretende es el respeto".

Carla Antonelli



Clara nació hace 64 años en Sabadell, ciudad en la que siempre ha vivido. Hoy nos recibe en la casa que una vez fue de sus abuelos, en el barrio de la Creu Alta, y ella se crió a pocos minutos de aquí. Sus primeros recuerdos de infancia son de jugar durante horas en la calle con los niños vecinos, pero esos momentos fueron interrumpidos demasiado pronto. Y es que aprendió, a una edad muy temprana, que no podía ser ella misma o iba a tener muchos problemas. Clara, a quien le asignaron el género masculino y otro nombre al nacer, es una mujer trans.

“Cuando tenía siete años, unas bragas de mi madre me despertaron la curiosidad por jugar con el género”, explica, “y supongo que mis padres lo hablaron porque me prohibieron jugar con mis amigas y amigos de la calle”. En cambio, la obligaron a jugar con unos niños mayores que vivían en la calle de atrás. Pero estos la trataban mal, así que le dijo a su padre que quería dejar de verlos. Y él se enfadó.

Cuando volvió con los amigos de siempre, sintió que estos también se habían enfadado, porque no la trataban igual que antes. “De alguna forma, los había traicionado”, observa. Por suerte, poco después se cambiaron de casa, pero en su nueva calle no podía hacer nuevas amistades porque había una carretera, la vía del tren y una parada de autobús, y nadie jugaba allí.

A los diez años, Clara pegó el estirón y creció muy rápido. En la escuela se vio metida en una dinámica de peleas constantes con varios de sus compañeros, en las que ella siempre los ganaba, porque era de las más altas y fuertes de la clase. “Representa que era un juego, pero tampoco lo era tanto”, reflexiona, “porque yo no podía escapar ni decidir si jugaba o no, me encontraba allí en medio”. Cuando terminó la escuela primaria, ellos no quisieron saber nada de ella y volvió a quedarse sola, aunque no entendía el motivo. “Tenía la sensación de que era diferente, pero no sabía por qué”, recuerda.

Al año siguiente fue a estudiar a una academia, donde hizo amistad con un grupo de chicas, con quienes se sentía mucho más cómoda que con los chicos. En plena explosión de la pubertad, estas hablaban con total naturalidad del crecimiento de los pechos o de la regla. “Parecía que me lo explicaran como si me tuviera que pasar a mí, de una forma muy abierta”, asegura Clara. “Era tan dulce y bonito sentirme integrada en su grupo... Fue una experiencia brutal”, añade. En ese momento se dio cuenta de que además de compartir sensibilidades parecidas, se sentía atraída por ellas.

Cuando el grupo se fue ampliando empezaron a incluir a chicos, y Clara automáticamente quedó relegada al sector de estos, alejándose de ellas. Sin embargo, en esa época empezaron a organizar fiestas particulares y como los padres de Clara se lo permitían, su casa se convirtió en un punto de encuentro. Así, pudo conocer a

mucha gente. Los lunes, cuando iba a clase, había chicas que la saludaban porque habían estado en su casa, pero ella no se acordaba de ellas y lo lamentaba. No obstante, esa dinámica duró poco, porque al cabo de un año se empezaron a hacer fiestas en otra casa. De nuevo, se quedó sola.

Tiempo después, en el centro de la ciudad se encontró a los chicos con los que hacía las fiestas en su casa, que le propusieron ir a casa de un amigo suyo que tenía discos de rock importados, algo muy atractivo en esa época de censura, y ella aceptó. “Fuimos, me emborracharon y pasaron cosas que no deberían haber pasado...”, explica. Un rato después lo aclara, con todas las palabras: “A los dieciséis años me violaron”.

A los quince años, Clara ya tenía muy claro que ella era una mujer, pero después de ese día se planteó enfocar sus relaciones hacia otros chicos. “A la semana siguiente cogí ropa interior de mi madre y me la puse, pero cuando llegué a casa del chico me di cuenta de que me había equivocado. Él era gay y estaban haciendo una orgía y, por tanto, a mí no me habían leído bien”, expresa.

Clara sentía que habían abusado de ella como mujer, no como hombre, y entonces comprendió que por sentirse mujer no tenían por qué gustarle los hombres. “No me cuestionaba ser lesbiana de una forma tan directa, pero me sentía mujer y veía que sin cambiar nada de mi aspecto podía tener una relación con otra mujer”, cuenta. En definitiva, se sentía confundida y no sabía cómo explicarlo. “Eran sensaciones inconexas”, añade, “no sabes por qué te sientes atraída por una persona, pero sientes que conectas con ella”. Y, de hecho, Clara no pudo explicarlo hasta que hizo el tránsito.

Clara empezó a ir al municipio de Sant Cugat para estar sola y reflexionar, y después de casi dos años sin amistades, se fue integrando en un grupo de jóvenes de allí, pero la relación se vio interrumpida de nuevo. Durante las fiestas de Sant Medir, Clara durmió una noche en una tienda de campaña con una chica con la que tenía conexión, pero no se atrevió a nada más allá de ponerle la mano en la cintura, y como en esa época no era habitual que ellas dieran el primer paso, no ocurrió nada. Entonces, Clara sintió tanta vergüenza de haber hecho el ridículo que de algún modo se bloqueó. Después de esa noche no volvió más a Sant Cugat.

De vuelta a Sabadell, unos conocidos le propusieron ir a un encuentro de jóvenes en la Parroquia de la Purísima y, finalmente, después de tantos años, se sintió tan cómoda que siguió yendo por mucho tiempo. Allí, primero le gustó una chica, pero esta no sentía nada por ella. Sin embargo, con el tiempo se fue acercando a una amiga de ella, María Antonia. Cuando el grupo se fue a una casa de colonias, Clara y María Antonia se pasaron toda una noche sin dormir, hablando. “Entonces noté un cambio

de sensaciones y sentimientos y me enamoré de ella”, asegura. Clara tenía dieciocho años, y aún hoy siguen juntas.

En los inicios de la relación, Clara se sintió de nuevo bloqueada, porque no se podía visibilizar como mujer, y de alguna forma creyó que podría focalizar su feminidad en María Antonia. “Pero eso no es posible, cada persona tiene que vivir su forma de expresarse y su representación del género tal y como es”, explica ahora. “Y ya le he pedido disculpas a María Antonia por ello”, aclara.

Clara sentía que necesitaba expresar su género, pero “en esa época la perspectiva de una mujer trans era prostitución o prisión”, lamenta, y como ella podía estar con María Antonia sin hacerlo, pues a ojos de los demás era una relación heterosexual tradicional, fue posponiendo el momento de dar el paso y optó por vivir su género en la clandestinidad.

Cuando estaba sola en casa, se vestía de mujer. Más adelante decidió hablarse a ella misma en femenino. Y con el tiempo empezó a encontrarse a escondidas con otras mujeres trans en un local de intercambio de parejas que descubrió a través de una revista pornográfica. A pesar de que el ambiente le parecía hostil, porque allí los hombres se excedían en el trato con ellas, la amistad que desarrolló con las demás le permitió por primera vez socializar y ser reconocida tal y como era. Entonces, como necesitaba un nombre para que la identificaran, eligió el de Clara, que era el sobrenombre de su madre, y así le hacía un homenaje. Y la elección también tiene un doble sentido, porque es una forma clara de decir quién es y que es mujer.

Mantener su vivencia del género en la clandestinidad afectó a Clara en todos los aspectos de su vida. “A los dieciséis años me convertí en una persona tímida e introvertida, y esto que hacemos ahora no lo podría haber hecho”, dice, refiriéndose a hacer una entrevista en la que habla abiertamente de ella misma. Entonces, Clara tenía miedo de que la gente supiera quien era realmente, por lo que constantemente se imponía parámetros muy estrictos, que afectaban todos los ámbitos de su vida, como el estilo de vestir, la alimentación o la forma de hablar y modular la voz, con el fin de protegerse.

Clara siempre se sintió como una infiltrada en el espacio masculino. Por ello, cuando habla de sus años antes del tránsito dice que se “disfrazaba de hombre”. Y es que todo lo que hacía era observar e imitar los códigos de los hombres, que para ella eran incomprensibles y, por tanto, fingir para adaptarse a los cánones de género establecidos y sentirse aceptada. Pero no se puede vivir así. Las consecuencias de ello también afectaban a sus seres queridos.

Cuando tuvo hijos con María Antonia, los problemas se hicieron más patentes. “En los cuidados de las criaturas, ella esperaba la respuesta de un hombre, y yo no se la

daba nunca. Veía que yo no me ajustaba a los esquemas”, cuenta. “No acabábamos de sintonizar, había distorsiones, pero por el gran amor que sentíamos fuimos aguantando”, añade.

Durante décadas, Clara aguantó como pudo sin ser ella misma, pero en 2015 las circunstancias y, según ella, “las casualidades y las causalidades”, la llevaron a decir “basta”. Su hija Berta también es una chica trans, y entonces llevaba años intentando iniciar su proceso de tránsito en el Hospital Clínic de Barcelona. “En ese momento se utilizaba un sistema muy patologizador con el que se marcaba muy claramente qué parámetros tenía que cumplir una persona trans”, explica Clara. “Berta no encajaba, después de unos test le dijeron que no cumplía los parámetros y se deprimió mucho y lo dejó de lado”, agrega.

Sin embargo, más adelante lo volvió a intentar, y lo consiguió con el apoyo del Servei d'Informació i Atenció a les dones (SIAD) del ayuntamiento de la ciudad de Terrassa.

Durante el proceso, Clara y Maria Antònia asistieron a charlas de acompañamiento y, en estas, Clara empezó a sentirse interpelada. “Me fui dando cuenta de que yo solo podía seguir si podía ser realmente yo”, explica. Así que tomó la decisión de iniciar su tránsito. Era 2017 y tenía 59 años.

En la unidad de Barcelona de Trànsit, el servicio de promoción de la salud de las personas trans, hizo diez sesiones de acompañamiento con una psicóloga que define como “maravillosa”. Un día, esta le pidió que hiciera un resumen sobre sus vivencias alrededor del género a lo largo de su vida, y solo con titulares llenó más de ocho hojas. “Me di cuenta de que eso tenía que ir más allá, que tenía que desarrollarlo y darlo a conocer”, expresa. Gracias a ese trabajo de indagación y al apoyo que recibió en el proceso, con el tiempo fue aprendiendo a interpretar y a conectar experiencias que antes le parecían inconexas. A partir de estas, ahora está escribiendo un libro, y ha incursionado en el mundo del teatro.

Cuando aún no se había visibilizado como mujer, Clara vio que buscaban a personas trans sin experiencia profesional en el teatro para una obra, y se atrevió a presentarse al casting. Pasó la primera fase de selección, pero en la segunda no tenía mucha esperanza. “Vi que había otras chicas de mi edad y pensé que no me dirían nada, pero hice la prueba de una forma muy natural, me dejé llevar, me sentí bastante cómoda y esa misma noche me llamaron para decirme que me habían cogido”, recuerda con entusiasmo. La obra se llama *Trans (més enllà)* y en esta, Clara cuenta algunas de sus vivencias como mujer trans. Se estrenó en 2018 en el Teatre Lliure de Gràcia y tras más de 50 funciones, hay nuevas fechas previstas.

Durante el proceso de tránsito, Clara y Maria Antònia acordaron separarse durante un tiempo. “En ese momento parecía lo más adecuado, para que ella respirara y

decidiera por su cuenta si tenía ganas o no de volver a vivir juntas”, explica. Entonces, Maria Antònia alquiló un piso y se fue de casa, pero al cabo de tres meses ya tenía claro que quería volver, y aunque tuvo que esperarse porque había firmado un contrato de alquiler de un año, tres meses después ya vivían juntas de nuevo. “Y ahora somos muy felices”, asegura Clara, con una expresión que corrobora sus palabras, “hemos conseguido una comunión brutal y hay mucha sintonía, porque con la obra de teatro ella supo realmente con quien se casó”. “Para mí, hacer el tránsito ha sido un regalo”, agrega.

El siguiente paso para Clara fue informar a su familia sobre su proceso, pero para su sorpresa, fue muy fácil. De lo que tenía más miedo era de contárselo a la familia de Maria Antònia, porque no sabían por qué se habían separado en primer lugar. “Pero también fue genial”, anuncia. Cuando Maria Antònia se lo dijo a su padre, el último en saberlo, “lo único que dijo fue: en esta casa las hemos visto de todos los colores”, recuerda Clara, “y lo siguiente que preguntó fue qué había para comer”.

En el trabajo, la noticia también fue mejor recibida de lo que esperaba. Clara es técnica superior en diseño de fabricación mecánica y en esa época trabajaba en una oficina técnica por las mañanas y haciendo mantenimiento en comunidades de vecinos por la tarde. “Fue muy fácil y divertido”, dice riéndose, cuando lo explicó en el trabajo de la tarde. “Lo primero que me dijo la chica que llevaba la empresa era si me haría mechas”, exclama, ya que ella llevaba mechas.

En el trabajo de la mañana, primero se lo contó a la secretaria y fue posponiendo el momento de decírselo al gerente, pero cuando finalmente dio el paso, él se lo tomó muy bien, la acompañó al taller para que se lo contara a los demás compañeros y de inmediato cambiaron su correo electrónico y todos empezaron a llamarla Clara. Incluso, el gerente invitó a los seis trabajadores y a sus parejas a ver la obra de teatro, y después fueron todos a cenar. “Facilitó las cosas para que el cambio fuera natural, me hizo sentir integrada, y encima se gastó un buen dinero”, valora, “lo quiero mucho”.

De hecho, cuando Clara habló con sus compañeros de trabajo aún no se había comprado ropa de mujer, y estos recibieron la noticia tan bien que aceleraron el proceso. “Lo que se me ocurrió al día siguiente fue ponerme unos botines de talón, pero con la misma ropa de siempre”, recuerda, con una carcajada. Sin embargo, el problema se solucionó rápido porque un amigo que tenía una tienda de ropa en Badalona le ofreció un día abrirla solo para ella. “Fue muy especial, no sé si decir que me sentí como en *Pretty Woman*, porque con los años se ha criticado mucho por proxenetismo”, matiza, “pero que me abriera la tienda y me dijera haz lo que quieras fue muy bonito, muy generoso”.

A pesar de la ayuda que le ofreció este amigo, no todas sus amistades reaccionaron igual. De un grupo de parejas del que Clara y Maria Antònia formaban parte, dos se acabaron distanciando. En parte, la separación fue precipitada por el hecho de que los hombres no llamaran a Clara por su nuevo nombre. “Te puedes equivocar durante toda la vida, pero tiene que haber una reflexión de por qué te equivocas”, sostiene ella. “Fue una lástima, porque con una de esas personas nos conocíamos desde los seis años”, lamenta, “pero no hay nada que sea fácil, y tiene que haber empatía, resiliencia y ganas de superación”.

Con el apoyo de sus seres queridos y la oportunidad de participar en la obra de teatro, Clara sintió que tenía que ofrecer su aportación para ayudar a otras personas trans. “¿De qué forma puedes crear, proteger y ayudar el entorno de las personas trans para que el proceso de acompañamiento sea más fácil?”, se preguntó. Entonces se le ocurrió crear un colectivo, y le propuso la idea a un chico gay que conocía con la visión de que el proyecto no debía enfocarse solo a personas trans, sino a todo el colectivo LGTBIQ+, pues en ese momento no existía nada similar en Sabadell. Él aceptó, y uniendo fuerzas nació Ca l'Enredus.

Para llevarlo a cabo, se presentaron a los presupuestos participativos del ayuntamiento para recibir financiación, y como tenían que hacerlo a través de una entidad, recurrieron a Actuavallès, un organismo creado en 1993 para apoyar a personas afectadas por el VIH. Desde entonces, las organizaciones siguen vinculadas.

Ca l'Enredus se define como un espacio de acompañamiento integral a las personas LGTBIQ+ y a sus familiares, amistades y entorno. “Lo que pretendemos es ofrecer acompañamiento sin pretender llegar a ningún sitio”, cuenta Clara, “porque cada vez hay más personas que se cuestionan el género huyendo del binarismo, que tienen vivencias del género más fluidas que no representan salir de un cajón para irse al otro”.

Clara pone de ejemplo un hilo que une dos extremos. En uno está el canon de hombre y en el otro, el de mujer, pero hay infinitas experiencias distintas entre medias. “Yo, políticamente soy no binaria”, expone, “pero me represento de una forma binaria porque ahora estoy disfrutando de la Clara que llevo 30 años esperando, y en esos años nadie hablaba del no binarismo”.

“Cuando se hace el tránsito en edades adultas, es como si se viviera una segunda adolescencia, porque esa es la época en la que te encuentras a ti misma y experimentas con cómo quieres ser reconocida”, cuenta. Por eso, la Clara de hoy se basa en la Clara que se imaginaba entonces, en ese contexto, pero explica que probablemente sería distinta si fuera adolescente en la actualidad.

Ella se identifica con ser mujer porque le hace sentir bien y porque es en el entorno femenino donde se siente cómoda y plenamente reconocida, pero deja clara su posición de lucha contra el patriarcado, entendiendo que es este el que impone los géneros. Por ello, critica a las TERFS (feministas radicales trans-excluyentes), que no reconocen a las mujeres trans como mujeres y que, por tanto, mantienen la misma visión del género que la del patriarcado.

En la misma línea, Clara confiesa que, en el ámbito personal, ha decidido tomarse hormonas, aunque no sabe si lo hace solo para ella o para encajar mejor en la sociedad, pero desde el punto de vista político defiende que nadie debería tener que someterse a una operación para ser aceptado, y con esta crítica va más allá del colectivo trans. “Las clínicas de estética no viven del 0,5% de la población que representamos las personas trans, sino de todas las incomodidades que genera una sociedad hipersexualizada en la que mucha gente siente la necesidad de cambiar su cuerpo para ser aceptada”, declara.

Las opiniones de Clara no son solo fruto de su propia experiencia, también de todas las experiencias que ha ido conociendo a lo largo de los últimos años gracias a su intenso trabajo en activismo. Además de impulsar Ca l'Enredus, también ha creado Transfamílies SBD y El cafè de la tieta Clara, y actualmente ofrece asesoramiento personalizado a personas trans y a sus familias. Desde el 2020, organiza la manifestación del orgullo LGTBIQ+ en Sabadell, junto a la Vocalia de Gènere de la Federació d'Associacions Veïnals de Sabadell, y es miembro de la Comissió de Coordinació del Consell Nacional LGTBIQ+ de la Generalitat como representante de Actuavallès. Este cargo funciona como un puente entre las necesidades del colectivo y la administración. Clara ha participado en las asambleas abiertas formadas por miembros de colectivos LGTBIQ+ que han elaborado las propuestas para la futura ley trans catalana. Actualmente, estas están en manos del departamento de Igualdad y feminismos de la Generalitat.

Por otro lado, Clara se muestra muy crítica con la propuesta de ley trans española que se está elaborando, pues limita el reconocimiento de los menores, no tiene en cuenta a las personas no binarias y migrantes y contiene restricciones como obligar a las personas que quieren hacer el tránsito a esperar un mes, por si cambian de opinión. “Cuando una persona da ese paso se ha comido la cabeza durante años”, se queja, “y es un insulto que te digan vuelve en un mes”.

El compromiso político de Clara no es algo nuevo ni se limita al colectivo LGTBIQ+. Ha sido presidenta de la asociación de vecinos del barrio de la Creu Alta e impulsora de la campaña para conseguir que la estación de tren llevara el nombre de este; presidenta de la AFA (Asociación de Familias de Alumnos) de la escuela Ribatallada, y

candidata en las últimas elecciones del Parlament de Catalunya, al que aún podría entrar si hay cambios en las listas de su partido después de las elecciones municipales del año que viene.

“Yo lo único que he hecho en mi vida es ponerme a disposición para que pasen cosas”, expone, “y si pasan, ya pasarán. Y si no, no me quedaré sentada sin hacer nada, porque tengo mucho más que hacer”. Ahora, Clara sigue trabajando, aunque espera jubilarse en unos meses, y también ofrece formación para diversas entidades.

La implicación, el trabajo y la fuerza de Clara han sido reconocidas en varias ocasiones, tanto en el ámbito político como en el cultural y el profesional. Recibió una medalla de bronce al mérito policial en el teatro Sant Vicenç de la parroquia de su barrio, del que es socia desde hace más de 30 años y en el que ha participado en distintas obras de teatro. Le otorgaron un premio por su valentía; y como delineante industrial le propusieron hace poco ser la subdecana del colegio de delineantes de Barcelona.

Clara se siente muy contenta con estos reconocimientos, y feliz de todo lo que ha logrado y del trabajo que se está haciendo para que todas las personas también puedan serlo sin tener que renunciar a quienes son. Tras años viviendo sin ser ella, pero ahora siendo más ella que nunca, concluye: “ ¿Cómo sacarnos la hipocresía y la mentira y ser nosotras mismas? ¿Cómo expresar lo que sentimos y lo que pensamos con la misma fuerza que lo que decimos? Si somos capaces de expresar y sentir sin que nos dé miedo decir lo que somos, seremos felices”.



Antonio Montes: al servicio de la patria

“Convivencia es, ante todo, compartir, participar en la vida ajena y hacer participar al otro en la propia”.

Enrique Rojas



Antonio Montes nació en 1944 en Cabra, Córdoba, “uno de los pueblos más bonitos que he visto”, asegura. A pesar del encanto de la localidad, y de su importante población - unos 30.000 habitantes -, no tenía industria, por lo que a menudo la gente tenía que irse a vivir fuera para buscar trabajo. Los habitantes de Cabra se dedicaban al campo, sobre todo a cultivos de regadío, ya que la economía del lugar se basaba en el olivo, y este era el caso de la familia de Antonio.

Cuando el hermano mayor de Antonio emigró fuera de España, primero a Alemania y después a Francia, él se quedó con sus dos hermanas menores. Entre los tres, ayudaban a sus padres a cultivar fruta y verdura, o patatas o habichuelas, un trabajo que a él no le gustaba porque consideraba que era muy duro.

“Entonces, el campo era lo peor que había, era muy intenso porque no había maquinaria, más que algún tractor”, explica. “No es como ahora, que hay gente que se va a vivir allí e incluso deja la carrera, porque es más sano y no es tan estresante como la ciudad. Antes, prácticamente no se conocía la ciudad”, observa. En su época, la ciudad le ofrecía la oportunidad de mejorar sus condiciones de vida. “Yo tenía ganas y esperanzas de superarme”, confiesa con un tono que parece serio, pero que en realidad revela su personalidad tranquila.

Antonio fue poco a la escuela. Durante un tiempo iba a clases de noche, de ocho a diez, después de terminar el trabajo, “porque primero había que comer”, se explica. Por ello, reflexiona: “Prácticamente no tuve niñez, porque teníamos que ganarnos el pan”.

Además, para ir a clase tenía que desplazarse seis kilómetros a pie por la carretera. Pero tiene un buen recuerdo de ello. “Teníamos una bicicleta para mi hermano y para mí. Para ir a la escuela uno corría unos 500 metros y el otro iba en bicicleta, y después parábamos y cambiábamos. Era un juego”, recuerda, con cariño. Sin embargo, en realidad la formación básica la adquirió en casa. “Yo aprendí a leer y a escribir con mi madre, que nos enseñaba las letras del abecedario, con una vela o una capuchina de aceite”, relata.

Antonio también trabajó en una almazara, pero dispuesto a encontrar la forma de irse para buscar un futuro mejor, a los dieciocho años decidió hacer un curso de formación profesional en una escuela de arte y oficios de la misma localidad.

Se presentó al examen de entrada y había quince plazas para un curso de pintura y decoración y treinta para otro de albañilería. Como su resultado fue el segundo mejor,

pudo elegir el que le interesaba más, y optó por la pintura. A raíz de ello, anuncia: “Mi vida entera cambió”.

Tras seis meses de estudio, Antonio se mudó a Madrid, porque un tío suyo le aseguró que allí encontraría trabajo. En la capital, trabajó de pintor y, tras tres años, se casó con su mujer, que también era de Cabra. Después de la boda, ella se fue a vivir a Madrid con él y allí nació su primer hijo.

Cuando Antonio tenía 24 años, el segundo hijo ya estaba en camino, y un tío de su mujer le propuso entrar en la Guardia Civil. “Aquel hombre había hecho el servicio en la Guardia Civil, yo estuve pintando una casa que era de un oficial, y no sé cómo, el tío le dijo a la mujer del coronel que yo también podría entrar, y la mujer se lo dijo al marido”, explica. “Pero a mí el hombre nunca me dijo nada de eso, parece que corrió la voz”, agrega.

Antonio vio entonces la opción de hacer carrera en la Guardia Civil, la oportunidad de tener unos ingresos suficientes y estables para mantener a la familia. “En ese momento no teníamos nada, ni piso en propiedad, y yo trabajaba mucho”, explica. “Después del trabajo en la empresa iba a pintar en otros lugares, a hacer chapuzas para sacar un extra”. Del sueldo que ganaba, mandaba una parte a sus padres, y a diferencia de otros, él no quería dejar de hacerlo. Pero con lo que sobraba no llegaban a final de mes. Así que aceptó entrar en la Guardia Civil, siempre y cuando pudiera seguir trabajando de pintor. En la Guardia Civil, le aseguraron que si entraba podría pintar casas de jefes y oficiales, y dedicarse al servicio durante periodos de un mes o haciendo guardias por las mañanas, mientras que podía hacer lo que quisiera con el resto de su tiempo. Además, también le dijeron que se podría quedar en Madrid. Pero no se cumplió ni lo primero ni lo segundo.

“Me metí en la Guardia Civil considerando lo que me habían prometido, y así sí me interesaba”, aclara. “Madrid era la ciudad más grande, yo ya conocía a gente y tenía a mi clientela, y pintores como yo, que supieran preparar la pintura y los colores no eran tantos”, enfatiza, refiriéndose a los pintores que, aunque llevaran toda la vida en el oficio, no tenían conocimientos técnicos como los suyos, que había adquirido en el curso de formación.

Ya en la academia de la Guardia Civil, Antonio se planteó hacer la especialidad de motorista, pero entonces descubrió que tendría que haber hecho el curso de conductor, y no pudo optar a ella. Entonces, cuando terminó los estudios, una orden lo cogió desprevenido: lo enviaban a Bilbao. “Era un destino forzoso”, argumenta,

porque, aunque podía decidir no ir, necesitaba el trabajo. “No tenía muchas opciones”, asegura, a diferencia de otros que tenían enchufes y podían elegir el destino.

En Bilbao, por aquel entonces, había muchas vacantes disponibles debido a la presencia de ETA. “Nadie quería ir allí voluntariamente”, apunta. En 1968 la organización terrorista había empezado a actuar por la vía armada, y su primera acción fue tirotear a un guardia civil en un control de carretera en Guipúzcoa. Más tarde, asesinaron a un inspector de policía, y en 1973 tuvo lugar el conocido atentado que acabó con la vida de Luis Carrero Blanco, la mano derecha de Franco.

En 1974, Antonio y su familia se instalaron en la vivienda del cuartel que estaba a diez kilómetros de la ciudad, en lo que entonces era un barrio de Bilbao y ahora es Barakaldo. “Era muy malo y muy viejo”, dice, del edificio. Tanto que una vez se rompió el suelo, que era de madera, y a su mujer le quedó la pierna colgando hacia el piso de abajo. Aunque no estaban obligados a vivir allí, con el sueldo que Antonio ganaba no le salía a cuenta alquilar un piso.

Solo cuatro días después de llegar a Bilbao, Antonio había intentado salir del cuerpo y buscar otro trabajo, porque en tan poco tiempo ya se había dado cuenta de que aquello no le gustaba, pero no pudo. Sin saberlo, había firmado un contrato en el que se comprometía con la Guardia Civil durante tres años. ¿Sería parte de una estrategia para comprometer a los jóvenes sin que se dieran cuenta? “Yo creo que sí”, responde, “porque entonces iban muy necesitados de personal”.

Antonio podría haber decidido dejar el trabajo igualmente, y que lo expulsaran, pero hubiera tenido graves consecuencias. “Entonces las cosas no eran como están ahora, si eras expulsado de la Guardia Civil en los tiempos de Franco no tenías las puertas abiertas en otros trabajos”, lamenta.

Aunque “allí no veía un porvenir”, admite que igualmente se tuvo que quedar. Primero trabajó en el área rural y después en la fiscal, cuando abrieron una convocatoria para el Servicio Marítimo. En la primera etapa, salía a hacer su servicio por el campo, vigilando que no hubiera problemas en la carretera, y más tarde se examinó para entrar al servicio fiscal y empezó a trabajar en la ría de Bilbao, en el servicio de muelles, puertos y canales, donde controlaba la mercancía de exportación e importación.

Cuando llegaron a Bilbao, Antonio explica que “aún se podía vivir tranquilo”, pero con el tiempo “se fue poniendo feo”. Cualquier noticia relacionada con ETA causaba mucho revuelo y se respiraba el miedo en el aire, aunque su forma de afrontar la

situación siempre fue firme y valiente. "Cuando estás delante del toro y tienes miedo, tienes que tirar para adelante para que no te atropelle", ejemplifica.

Lo que más le afectaba era su día a día en el barrio. "La gente te daba el esquinazo. Si ibas a un bar, pedías un café y tenías a cuatro por un lado y a cuatro por el otro, cuando te girabas y mirabas alrededor estabas solo", lamenta, "y lo mismo pasaba en la calle, la gente cambiaba de acera". A diferencia de Bilbao, donde había mucha gente y nadie sabía que era guardia civil, en su barrio todo el mundo conocía su profesión, aunque él fuera vestido de paisano.

Cuando le preguntamos por su opinión sobre ETA, Antonio responde que en ese entonces ya sabía que "la situación no iba a llegar a ningún sitio". "En Bilbao, ETA no tenía motivo ni razón porque en la demarcación del puesto donde yo estaba había fábricas, y allí la gente era gallega, extremeña y andaluza, había más gente de fuera que vascos", explica.

En relación con la industria y los trabajadores que habían emigrado de otras zonas de España para trabajar en ella, Antonio considera que el impuesto revolucionario que ETA impuso a los empresarios, a través de cartas con las que los amenazaban y exigían dinero si no querían que su patrimonio y vida corrieran peligro, hizo mucho daño. Provocó, por ejemplo, que compañías como Conservas Garavilla se fueran de Bilbao de la noche a la mañana. En ese caso, cuenta que la empresa se trasladó a Tarifa, en Cádiz, y que cuando los obreros llegaron a la fábrica para trabajar al día siguiente se la encontraron completamente desmantelada.

Como alguien que ha conocido desde dentro la institución de la Guardia Civil, Antonio asegura que esta es muy distinta a como se la ve desde el exterior. "Es un cuerpo con una historia y una trayectoria muy, muy antigua, que no ha desaparecido nunca, que se fundó en 1844 y que aún sigue hoy", informa. Niega, por ejemplo, la creencia de que los guardias civiles no tienen mucho trabajo. "La gente se cree que hacen lo que quieren, que durante el servicio salen a dar un paseo... pero si hay una riña o un problema se lo cargan ellos". Si bien reconoce que la institución nunca ha tenido buena fama, y él mismo se muestra crítico con esta, siente la necesidad de reivindicar su trabajo.

La principal crítica que Antonio hace de la Guardia Civil son las condiciones de trabajo que había en esa época. Los trabajadores no tenían un contrato fijo ni seguridad social, "y casi tenían que pedir asistencia médica por favor", suelta. De hecho, su hija no nació en el Hospital Militar, sino en el cuartel. "El gobierno es el que

tendría que asegurarlos, ¡si son los obreros del Estado!", exclama. Por suerte, con el tiempo hubo reformas y los trabajadores fueron ganando derechos.

En cuanto a los problemas que se pudieran dar alrededor de un organismo tan polémico como es la Guardia Civil y en el marco de una dictadura tan autoritaria y duradera como fue la franquista, Antonio recalca que siempre fue consciente del contexto. "En tiempos de Franco la vida era más dura y había que andar con pies de plomo", sostiene. "Yo nunca tuve ningún problema con el régimen, porque sabía que era una dictadura y, por lo tanto, no podías sacar los pies del tiesto", asevera.

Tras un año en el País Vasco, la situación se volvió insostenible, y todos a su alrededor sabían que lo mejor era irse de allí. "La cosa se estaba poniendo muy peliaguda y había que poner tierra de por medio", recuerda. Entonces Antonio, que podía solicitar hasta tres comandancias, pidió una en Sevilla, una en Córdoba y otra en Málaga. En ese momento ya tenía el título de especialista fiscal para trabajar en el Servicio Marítimo y en esas ciudades había vacantes para el puesto. En realidad, el destino no le importaba tanto. "Lo que tenía claro era que había que salir de allí como fuera", declara.

A Antonio le asignaron un puesto en Huelva, ciudad que no había solicitado, y aunque no acabó de entender por qué, tiene una sospecha: "Cogieron a un terrorista en un piso franco y le encontraron una lista negra con 40 nombres de personas de la Guardia Civil y la Policía Nacional", explica. Y él cree que estaba en esa lista.

De nuevo, Antonio no pudo disfrutar de los privilegios que tenían otros, a quienes llama "los pelotas", es decir, los que tenían "enchufes". "Eso funcionaba bastante bien, era la cultura que había entonces en la Guardia Civil, no había otra cosa", argumenta. Así que él y su familia hicieron las maletas y se fueron a Huelva.

"Me mandaron a Punta Umbría, que entonces aún era virgen, lo único que había era mucho mosquito", cuenta riéndose. "Pero la gente era muy buena, no te guardaba rencor, y allí tenías todo el pescado que quisieras", añade. Eso fue en el año 1975, asegura. Se acuerda porque estaba allí cuando murió Franco.

Antonio siguió trabajando en control de mercancías, aunque allí lo hacía en una lancha, lo cual le gustaba más porque consideraba que era un trabajo más interesante que "estar sentado viendo como entraban y salían las mercancías". En Huelva vivieron quince años, y ya en los años 90 Antonio solicitó una plaza para el mismo trabajo en Tarragona, porque ya no quería seguir viviendo en Andalucía. Tres motivos lo empujaron a tomar esa decisión.

Antonio estaba cansado de ciertas dinámicas que había observado a su alrededor, como sobornos frecuentes, aunque admite que estos seguramente ocurrían en cualquier lugar. “Había intentos de soborno por parte de los paisanos y había quien lo aceptaba. En vez de impedirlo, se miraba hacia otro lado”, lamenta. Pero a la vez, lo comprende: “El sueldo era miserable y la necesidad obliga”. De todos modos, ese problema no era nada nuevo, sino que ya venía de tiempo atrás, cuando las fronteras las controlaba la Policía Nacional, y anteriormente los Carabineros, ya desaparecidos. “Si los Carabineros le pedían la documentación a un camión, por ejemplo, el camionero les pasaba un billetillo”, cuenta. “El dinero tiene muy mala leche y yo quería vivir tranquilo, dejarme de tonterías”, concluye.

En segundo lugar, Antonio sintió que su futuro laboral en Huelva era incierto. “A lo mejor, sin comerlo ni beberlo, te pegaban un arreón y cambiaban a toda la plantilla de un puerto”, declara. Y esa sospecha se confirmó, sus predicciones no fallaron, pero por suerte pudo evitar el daño. Después de irse de Huelva, un director general echó a guardias, cabos y sargentos de un día para otro, a algunos pocos días antes de que tuvieran que jubilarse, algo que antes podía hacerse porque no tenían plaza en propiedad. “Yo ya estaba viendo que aquello cualquier día iba a reventar por algún sitio”, recuerda aliviado, “y que íbamos a pagar justos por pecadores”.

En tercer lugar, en ese tiempo Antonio y su mujer ya tenían tres hijos, aunque más tarde llegaría un cuarto, y en Huelva no veían oportunidades de futuro para ellos. “El ambiente era bueno y estábamos bien. Lo que pasa es que no veíamos mucha faena para nuestros hijos en el día de mañana. En cambio, ahora están todos trabajando, bien colocados y ganan su buen sueldo”, añade con orgullo.

Antonio y su mujer decidieron irse a vivir a Cataluña porque consideraron que allí había mejores perspectivas de trabajo, y cuando la solicitud de cambio de puesto de Antonio fue aceptada, se mudaron, primero a Tarragona y después a Sant Carles de la Rápita. Con el tiempo, sin embargo, a Antonio le volvieron a surgir dudas, ya no sobre el lugar, que ahora le gustaba, sino sobre el trabajo. Tras varios años de experiencia en la Guardia Civil, decidió que saldría de allí en cuanto pudiera.

“Estando dentro te das cuenta de que solo eres un soldado, de que si te ponen 24 horas de servicio tienes que hacerlas y no puedes reclamar nada”, se queja. Por tanto, tampoco podían reclamar un mejor salario, aunque este fuera insuficiente. “Como decían algunos mayores, no te puedes quejar de que el sueldo es muy corto, sino de que el mes es muy largo”, cita riéndose.

A los 50 años, los guardias civiles ya se podían jubilar, debido a que entonces no tenían días de descanso. Aunque les tocaban 40 días de vacaciones al año, solo las podían hacer si el servicio las permitía. “Si te decían que no podía ser, no podía ser, te tenías que fastidiar”, apunta. Y los días pendientes no eran acumulables para el año siguiente. “Había gente que había estado hasta tres o cuatro años sin coger un día de permiso ni un día de descanso”, lamenta.

Cansado de estas condiciones y determinado a cambiar de estilo de vida, el mismo día de su cumpleaños, Antonio entregó su uniforme de guardia civil. “¿Cómo te vas a jubilar ahora que ya sabes como funciona todo y que eres tan bien considerado?”, le soltó un compañero, pero él sabía que ya no se encontraba a gusto allí, el trabajo ya le aburría, y estaba convencido de que fuera del cuerpo podría ganar más dinero haciendo otra cosa.

Antonio trabajó entonces en una fábrica de piensos, y también con una furgoneta que repartía propaganda, pero cuando se dio cuenta de que su sueldo tampoco era el deseado y de que ya conocía a mucha gente en la zona, se compró un furgón, una Ford Transit, se sacó el carnet y se hizo transportista por su cuenta. Lo fue durante diez años, hasta que se le quemó el vehículo y pensó: “Para cuatro días de vida laboral que me quedan, no vale la pena comprarme otro”. Y entonces se jubiló.

Comparando su última etapa laboral con la que pasó en la Guardia Civil, Antonio reflexiona: “Como transportista acababa hecho polvo, porque los repartidores siempre van con prisas, pero al menos no me aburría”, dice riendo, “un trabajo era demasiado tranquilo y en el otro siempre andabas corriendo”.

De algún modo, al hacerse autónomo, Antonio consiguió la libertad que tanto había deseado y que no había podido disfrutar trabajando en la Guardia Civil. “Ganaba dinero, trabajaba mucho y terminaba muy cansado”, resume, pero con los ahorros se pudo comprar un terreno en Reus, con una caseta y olivos, donde producía su aceite, que luego repartía a la familia. “Y a vivir la vida”, dice satisfecho. “¡Ahora ya soy libre!”, exclama. Es como si Antonio, al haber vuelto al campo, a los olivos y a la tranquilidad de su infancia, hubiera cerrado un círculo. Y eso le hace feliz.

Aunque a Antonio le hubiera gustado estudiar más, porque destaca que en la Guardia Civil solo le pedían que supiera leer, escribir y unas cuatro reglas básicas, está contento de lo trabajador que ha sido. “Yo siempre he trabajado todo lo que he podido”, afirma, y presume de que nunca ha recibido la prestación del paro y de que siempre ha tenido trabajo de sobra.

Esa actitud es la que ha querido transmitir a sus hijos, junto a otros valores como la buena convivencia en casa, pues él y su mujer siempre se han llevado muy bien. Y es que Antonio es un hombre de calma. Si hay algo que ha aprendido en su trayectoria laboral es a evitar conflictos. “Yo siempre estaba atento, observaba a la gente y más o menos sabía de lo que cojeaban, si eran de los que tiran la piedra y esconden la mano”, revela. Quizás por eso, en todas sus experiencias laborales, Antonio siempre deseó trabajar solo. Y al final lo consiguió.



Rosa Ferrer: una historia para ver más allá

“Por encima de todo, sé la heroína de tu vida, no la víctima”.

Nora Ephron



Rosa nació el uno de noviembre, Día de Todos los Santos, de 1934, y como para la mayoría de los niños nacidos en España en esa época, sus recuerdos de infancia están marcados por la Guerra Civil y la posguerra. Aunque nació en Barcelona, se crio en una casa de payés en los alrededores de La Garriga, un municipio a 40 kilómetros de la capital catalana.

“Cuando empezó la guerra, un día llegaron los soldados y dijeron *esto será un cuartel. Si no queréis, no os vayáis, pero esto será un cuartel*”, explica. Aunque en ese momento Rosa solo tenía unos dos años y, por tanto, no se acuerda, el suceso hizo mella en su familia. La masía se llenó de armas y los soldados franquistas se apoderaron de todos sus animales, excepto de los caballos, que el padre de Rosa logró salvar escondiéndolos en el bosque.

Su madre, preocupada al ver a sus hijos en ese entorno hostil, los mandó a Can Busquets, una enorme finca no muy lejos de allí, cuyos porteros eran amigos suyos, aunque también se llevaban muy bien con los amos, quienes aceptaron de buen grado hacerles el favor. El día que se fueron a su nuevo hogar llovía mucho, cuenta Rosa, y su hermana tuvo que cargarla en brazos. Allí estuvieron, durmiendo en colchones en el suelo hasta que los soldados se fueron.

Cuando la familia volvió a su casa, la encontraron destrozada. Los soldados habían matado a todos los animales que quedaban y el resto se habían escapado. Las ventanas y las puertas estaban rotas. “Rapiñaron todo lo que teníamos, nos dejaron en la miseria”, asegura Rosa, y tiene que detenerse unos segundos porque se emociona. “Sufrimos mucho, fue muy triste, tuvimos que arreglarlo todo desde cero”. La suerte fue que, con los años, entre las familias de la zona se había forjado una relación de solidaridad y apoyo mutuo. Algunos vecinos a quienes los padres de Rosa les habían regalado animales tiempo atrás, hicieron lo mismo con ellos ahora que lo necesitaban.

“Nuestra casa era muy grande y teníamos de todo: perros, gatos, conejos, patos, ocas, vacas, cerdos, caballos...”, recuerda Rosa, maravillada, antes de añadir: “A mí me encantan los animales”. Con especial cariño nos habla de un burro catalán, una raza de asno ahora en peligro de extinción que le regalaron, y al que llamó Perico. “Era mi mejor juguete, a las muñecas no les hacía tanto caso”, afirma. Cuando volvía de la escuela, iba directamente a buscarlo, se subía a su lomo y andaban por el patio o se iban a pasear por la carretera. A menudo, la gente le pedía a Rosa que se detuvieran para sacarles fotografías.

Rosa era la pequeña de tres hermanos. Su hermano le llevaba cuatro años y su hermana, cinco. Y mientras ellos siempre se estaban peleando, ella, de carácter tranquilo, nunca se metía. Hacía, como se diría, lo que había que hacer. “Yo quería hacer el trabajo bien hecho”, asegura, “porque no quería perder el tiempo no haciendo nada. Siempre he querido estar ocupada, ya me lo decían mis padres”, explica. Esta actitud enérgica e inquieta, tanto por hacer como para aprender, es la que Rosa sigue transmitiendo hoy. Seguramente la adquirió de sus padres, y especialmente de su madre, una mujer que define como “muy activa, vivaracha y trabajadora”. Asegura que se parecían mucho.

El padre de Rosa nació en Aragón, pero emigró a Barcelona en busca de mejores oportunidades laborales. Su madre empezó a trabajar muy joven como sirvienta en la casa de una familia pudiente de La Garriga, cuidando a los hijos. Luego, cuando la familia se mudó a Barcelona, como estaban tan satisfechos con su trabajo, le pidieron que se fuera con ellos. En la capital catalana, los padres de Rosa se conocieron.

Ya instalados en La Garriga con sus hijos, el padre iba y volvía cada día a Barcelona en bicicleta, porque allí trabajaba en una fábrica, y la madre y los hijos ayudaban a los abuelos con las tareas del campo. Sin embargo, debido al alto volumen de trabajo, el padre acabó dejando la fábrica y volcándose también en la tradición familiar. En el terreno tenían un huerto en el que cultivaban frutas y verduras que después vendían en tiendas de La Garriga o La Ametlla, el municipio vecino, o la gente iba a comprar directamente a su casa. “Era la forma de hacer ingresos”, explica Rosa, “porque si no, los payeses no ganábamos nada”.

Con sus abuelos --los padres de su madre-- Rosa se llevaba muy bien. Una vez el abuelo se hizo un corte, vino una enfermera a cuidarlo, y aunque Rosa era muy pequeña insistió en qué quería curarlo ella. “A mí me hubiera gustado ser enfermera”, confiesa, pero no fue posible, ya que a los doce años tuvo que dejar los estudios porque las academias quedaban lejos de su casa y no había autobuses ni contaba con otras opciones de transporte.

Hasta ese momento, Rosa había estudiado en un colegio de monjas en La Garriga, una experiencia que agradece y a la que le guarda mucho cariño, porque allí aprendió a leer, coser y bordar. Al terminar los estudios, ya estaba impaciente por empezar a trabajar, y después de la negativa de sus padres ante su deseo de ser enfermera, les propuso ser peluquera, pero también le respondieron “quítatelo de la cabeza”. Finalmente, a la tercera fue la vencida cuando les planteó hacerse modista, aceptaron. Entonces Rosa encontró a una modista en La Garriga que le empezó a dar clases.

Si bien esa profesión no era su favorita al principio, le acabó gustando mucho. Cuando empezó a trabajar, primero cosía maletas de piel, y más adelante jerséis y chaquetas. La costura ha estado presente en toda su trayectoria, y aunque lamenta no haber podido estudiar más, el resto de los conocimientos los ha aprendido por su cuenta. Habladora, apasionada y muy abierta, señala además que también le gusta mucho enseñar, y este interés se percibe también en su forma de expresarse.

Cuando Rosa era pequeña, La Garriga era un pueblo de veraneo para las familias acomodadas, con torres preciosas de estilo modernista que aún hoy se conservan, y un paseo como centro neurálgico, que ella recorría de arriba abajo con sus amigas. Otra de sus actividades favoritas era salir a bailar a los entolados durante las fiestas mayores, o a los bailes de gitanas, una danza tradicional catalana que se hacía durante Carnaval.

Recuerda con simpatía que desde joven varios chicos le pedían bailar con ella, pero como sus padres le prohibieron salir con chicos hasta los diecinueve años, siempre tenía que negarse. Cuando cumplió esa edad, empezó a salir con Josep, un chico diez años mayor que ella a quien conocía desde hacía mucho tiempo, porque tenían amigos en común. Él se convirtió más tarde en su marido.

Cuando Rosa tenía 22 años, se casaron y se mudaron a Barcelona, porque Josep ya trabajaba allí, y un año después nació su hijo. Instalados en el centro, entre Plaza Catalunya y Plaza Universitat, como Josep tenía familiares y muchos amigos del trabajo en la ciudad, desde el principio tuvieron mucha vida social. Rosa conoció a mucha gente e hizo nuevas amistades. “Hacíamos muchas fiestas, invitábamos a amigos a casa y hacíamos carne a la brasa para comer”, recuerda.

Aprovechando la buena ubicación de su casa y la oportunidad de vivir en una ciudad con tantos encantos, Rosa también disfrutaba dando largos paseos. Recorría el Parc Güell, el Montjuïc o el Tibidabo, también una de sus rutas habituales, que iba desde Sant Antoni hasta el Paral·lel, llegando al puerto y después volviendo a casa por La Rambla. En verano, iban a la playa con su hijo, y de vacaciones a Valencia, Galicia o Mallorca.

En definitiva, la vida de Rosa, que estaba acostumbrada al pueblo y al campo, cambió notablemente en la ciudad. Si hay algo que le sorprendió al llegar a Barcelona fue que sus habitantes solían hablar en castellano, ya que ella hablaba con todos sus conocidos en catalán. Incluso su padre, que era aragonés, “hablaba mejor que nadie, no sabía ni hablar castellano”, sostiene. Pero en general, enfatiza que se adaptó a todo muy rápido. Además, los viernes, cuando Josep volvía de trabajar, se iban a la

casa de los padres de Rosa y se quedaban allí todo el fin de semana, por lo que nunca perdió el contacto con su familia ni con su hogar de origen y, así, también podía seguir ayudando en el huerto y con los animales.

Josep, el marido de Rosa, era contable en una empresa de hierros y metales, y allí trabajó durante toda su vida, aunque a temporadas. La compañía tenía problemas económicos, pero como los dueños no querían despedir a los trabajadores, empleaban a la mitad durante la primera mitad del año y al resto durante la segunda. En los meses que no había trabajo, la pareja también solía irse al campo. Y así fue su dinámica durante años, excepto un año en el que Josep pidió una excedencia para trabajar de contable para un hombre rico e importante, de quien Rosa no recuerda el nombre, pero sí que vivía en el Hotel Ritz. La experiencia fue interesante, pero debido al ambiente, tan ajeno, Josep decidió volver a su trabajo de siempre.

Tras casarse, Josep no había querido que Rosa siguiera trabajando. “En esa época no se quería que las mujeres tuvieran trabajo”, lamenta, “pero después ya fueron saliendo”, y así fue su caso. “Yo necesitaba un poco más de jaleo”, expresa riéndose, “y le dije a mi marido *mira, a mí me gusta hacer cosas, y si no las haré de noche*”. Y él lo comprendió.

Primero, Rosa se traía a Barcelona trabajo de costura del pueblo, pero acabó dejándolo porque tenía que desplazarse a menudo para entregar las piezas. Luego fue a una casa de corbatas de la ciudad, se ofreció para trabajar y cuando vieron lo bien que las hacía, le encargaron varias para que las confeccionara en casa. También trabajó en una heladería en el Portal del Ángel, vendiendo helados y limonadas en verano y turrónes en invierno, atendiendo las largas colas de gente que se formaban. También hizo ropa de niño pequeño, desde tejanos hasta vestidos.

Dispuesta a aceptar cualquier oportunidad que surgiera, Rosa cree que se parecía a su hermano, “un hombre muy tozudo, pero a quien no le importaba si tenía que hacer de mecánico, de paleta u ordeñar vacas”. Y es que el trabajo ha tenido un papel muy importante en la vida de Rosa. Ella reivindicó su derecho a trabajar cuando muchas mujeres aún se veían obligadas a la limitación de hacerse cargo de las tareas de cuidado y del hogar, entonces demostró su valía. “A mí lo que siempre me ha gustado es hacer el trabajo bien hecho, y por esto los jefes siempre estaban contentos conmigo. Cuando les pedía días de fiesta, me los daban sin problema. Me apreciaban mucho”, expresa con orgullo.

En el poco tiempo libre que le quedaba, a Rosa le gustaba hacer deporte: ir en bicicleta o salir a correr, aficiones que conservó desde que era niña porque en el

pueblo siempre se movía en bicicleta y porque le encantaba ir a correr por la montaña con sus perros, uno de sus animales favoritos. “Los perros son muy buenos, y nunca te traicionarán”, observa, y empieza a recordar algunos de los que ha tenido. Un *Cocker*, un *labrador Retriever* que se llamaba Scotty por el anuncio de Scottex y un *Springer spaniel* “como el de la reina de Inglaterra”. Este último se lo regaló una mujer adinerada de La Garriga después de que Rosa lo hubiera estado cuidando mientras ella estaba fuera. Cuando volvió, la mujer llamó al animal y este giró la cara, indicando con el gesto que prefería a Rosa, así que la mujer cedió ante los deseos del perro.

Aunque ya se dedicaba a coser, a Rosa le gustaba tanto que también lo hacía en su tiempo libre, confeccionando cubrecamas o tapetes que luego regalaba. También disfrutaba mucho leyendo, sobre todo novelas y libros históricos, y otra de sus aficiones eran las matemáticas. Cuando su hijo no conseguía resolver un problema de los deberes de la escuela, ella se encerraba en su habitación durante un buen rato, lo repasaba, encontraba el fallo y lo resolvía. “Será de haber pensado tanto que aún tengo la cabeza clara”, bromea. Pero ahora, Rosa no puede hacer ninguna de estas tres actividades porque hace unos años perdió la visión.

Iba en coche con Josep cuando se dio cuenta de que con un ojo veía distorsionado. Primero su marido no le dio importancia, pero cuando fueron al médico para que lo revisaran este confirmó la gravedad del problema. Con muy poco tacto, le dijo a Rosa “usted se volverá ciega”, y aunque luego fue a otros médicos para contrastar la información, todos le dijeron que su incipiente ceguera era a causa del envejecimiento de las retinas.

Rosa tenía 56 años cuando fue a esa primera visita al médico. “En el momento en el que me lo dijo sentí mucha tristeza. Le dije a mi marido que me iba a tirar a las vías del tren, porque estaban cerca. No quería vivir. Pero él me dijo *venga, vamos a coger el coche y vamos a casa. No sufras, yo te voy a ayudar*”. Y así fue. “Nos llevábamos muy bien, Josep era muy bueno y siempre me apoyó”, asegura Rosa. Estuvieron 63 años casados, hasta que él murió.

Durante los primeros años, la pérdida de visión no afectó tanto a Rosa, ya que podía seguir haciendo todo lo que hacía antes sin problemas, quizás también debido a sus habilidades manuales, gracias a las cuales no dependía tanto de la vista. “Yo siempre he sido muy manitas, las manos las he utilizado mucho”, confirma. De hecho, precisa que ni siquiera después de cenar en casa, cuando solían ver alguna película, detenía sus manos. “No puedo estar viendo una hora seguida la tele”, comenta. Y por eso

seguía cosiendo. “Quizás me da vida”, reflexiona, y recuerda que pensaba: “Menos mal que no me aburriré cuando sea vieja”.

La enfermedad no era nada nuevo para la pareja, pues ya habían pasado por un momento duro al poco tiempo de instalarse en Barcelona. Cuando su hijo era aún pequeño, Rosa iba a comprar al mercado de La Boquería. Un sábado se acercó a la parada de un pescadero que traía pescado fresco, a la que iba a menudo, y compró mejillones de roca. Cuando llegó a casa le pidió a Josep que los pusiera en agua para que se fueran desprendiendo de la tierra mientras ella se ocupaba de otra tarea, pero cuando volvió a la cocina, los mejillones ya estaban hervidos. Rosa le preguntó a su marido si los había rascado, pero él dijo que solo los había lavado. Los comieron y él cogió tifus. “Estuvo a punto de morir, con muchísima fiebre”, asevera Rosa, y lo cierto es que llegó a pensar que no sobreviviría, pero, por suerte, un médico que era vecino y amigo suyo lo consiguió salvar. Si bien Josep estuvo enfermo un buen tiempo, al final se recuperó y volvió a su vida normal.

Cuando Josep se jubiló a los sesenta años, la pareja se fue a vivir al distrito de Horta-Guinardó, y un tiempo después decidieron volver al campo. Allí se instalaron en la casa de los abuelos de Rosa, que estaba justo en medio de La Garriga y La Ametlla, y muy cerca de la que había sido su casa en la infancia. En esta, aún vivía su madre, y de hecho Rosa la podía ver desde su patio.

Al volver, Rosa encontró en La Garriga un pueblo muy distinto, pero el estilo de vida de sus primeros años seguía allí. Con su marido, sembraban y labraban el campo, recogían las aceitunas de sus olivos, iban a coger setas en el bosque y los fines de semana pasaban tiempo con su hijo, que los iba a visitar. Aunque se sentía contenta de volver a sus orígenes, también lo estaba recordando todo lo vivido en la capital. “En Barcelona fui muy feliz”, dice. La única pega de vivir allí era que había “mucho ruido y mal olor de los coches”.

Cuando, debido a la edad, Josep ya no podía valerse por sí mismo, su hijo le dijo a Rosa que ella tampoco estaba en condiciones para hacerse cargo de él, por lo que contrataron a un hombre para que fuera a su casa a ayudarlos. Pero entonces, Josep se rompió el fémur. Lo hospitalizaron, necesitó una silla de ruedas y se fue a una residencia de Cambrils, a la que luego iría también Rosa. Hoy, ella sigue viviendo allí.

No fue hasta que llegó a la residencia que Rosa perdió la visión completamente. “Al principio estuve mal, pero después lo he ido superando, aunque me emociono cuando lo pienso”, explica, antes de añadir: “Pero siempre he creído que tenía que ser así”.

“Aquí estoy muy tranquila y contenta, y creo que me aprecian”, observa con el entusiasmo que ni la edad ni la enfermedad han conseguido arrebatarle. Y es que Rosa se mantiene aquí tan activa como lo ha sido siempre. Mantiene su afición por el deporte haciendo ejercicios en el gimnasio o saliendo a caminar. Cuando lo explica, se agacha y alcanza sus pies con las manos para demostrar su flexibilidad.

Disfruta también de una buena conversación, especialmente en las actividades que hace con la psicóloga del centro, o de los talleres de cocina, aunque afirma que ya sabe cocinar muy bien y que no le queda nada nuevo por aprender en ese ámbito. Presume de sus platos estrella: canelones, cabrito al horno, asados, y postres como pastel de chocolate o crema y el dulce tradicional del Día de Todos los Santos, su cumpleaños, los *panellets*. “Todo el mundo quería comer mis brazos de gitano”, recuerda también. Y es que afirma que antes “cocinaba de todo”, e incluso a petición. Dejaba constancia de todas las recetas que preparaba anotando los ingredientes y los pasos en una libreta, y a menudo familiares o amigos le pedían lo que querían y ella lo preparaba, encantada.

Haciendo valoración de su vida, Rosa se muestra como una persona muy positiva que ha sabido adaptarse y ajustarse a las circunstancias que se le han presentado, que ha disfrutado al máximo todo lo que ha podido y que se siente agradecida por todo lo vivido. “He sido muy feliz, he tenido muy buenas amistades y he tenido mucha fuerza de voluntad en todo”, declara.

Aunque lamenta no haber podido estudiar más y convertirse en enfermera, o incluso doctora, periodista o abogada, es consciente de que hay que situar su experiencia en un contexto en el que la mayoría de las mujeres no tenían tantas oportunidades para elegir su camino profesional como las mujeres de ahora. Por ello, aprovecha la ocasión para enviar un mensaje a los jóvenes: “Que aprendan y estudien mucho, pero sobre todo que estudien lo que les gusta”. Y añade: “Y si pueden hacer dos carreras, ¡mejor!”

Reflexionando sobre lo que las personas de su generación pueden enseñar a las nuevas generaciones, se queja de que los jóvenes de hoy a menudo no quieren escuchar a la gente mayor. “Dicen *bah, están pasados de moda*”, reproduce. “¡Pero pueden aprender mucho de nosotros!”, asegura. Así, tiene claro qué consejo les daría: “Que escuchen, y luego ya decidirán si lo que les dicen les interesa o no”.



Abel Blas: la historia de un emprendedor aventurero

“La pregunta no es quién me lo va a permitir, sino quién va a detenerme”.

Ayn Rand



Los padres de Abel se casaron hace 100 años. El día de la entrevista, es lo primero que dice. Muestra con ilusión la prueba de ello, fotos antiguas de ese momento, y también de cuando él era pequeño. “Yo me acuerdo de todo, tengo una memoria muy buena”, declara con orgullo. A sus 91 años, Abel se acuerda de lo vivido con todo lujo de detalles.

Nació en Valdespino de Somoza, un pueblo que pertenece al municipio de Santiago Millas, en León. Abel lamenta que ahora no tiene ni 100 habitantes, menos de los que había cuando él nació, y es que León encabeza hoy los índices de despoblación en España. Él mismo fue uno de los que emigró, como anteriormente también lo hizo su padre.

El padre de Abel se fue a Cuba con solo catorce años, porque allí vivía su hermano mayor. Unos años después, en 1917, viajó a España durante unas vacaciones, y allí conoció a la madre de Abel. Ella también tenía una hermana en Cuba, así que no tuvo problema en irse con él a la isla caribeña. Allí, se casaron, tuvieron a su primera hija en 1924 y un año después volvieron a España. Entonces nació Abel.

En Valdespino de Somoza, la familia de Abel gozaba de buenas condiciones económicas, en comparación con el resto de los habitantes del pueblo, porque el padre había hecho fortuna en Cuba y podía vivir de las rentas. Pero cuando empezó la Guerra Civil, sus ahorros se desvalorizaron. Se quedó sin capital, aunque tenía fincas heredadas. “Mi padre se entretenía en su jardín y también cazaba mucho. A mí también me gustaba cazar e iba con él”, explica Abel. Ese es uno de sus primeros recuerdos de infancia.

En los años de la posguerra, en el pueblo hubo mucha hambruna, y la familia de Abel ayudó a los más necesitados todo lo que pudieron. “En el camino que iba a Astorga, había muchos trabajadores que cargaban piedras con burros y tenían sueldos muy bajos”, relata. Entre ellos, se acuerda de un hombre portugués, con quien establecieron una relación cercana. “Mi madre siempre le daba leche y sopas”, cuenta, “ella lo hacía porque podía”.

Cuando la hermana de Abel se casó y se fue a vivir a la ciudad de León, donde su marido trabajaba en la Renfe, Abel se dio cuenta de que no todos tenían la misma suerte con el trabajo. Él había estudiado un tiempo en la escuela de los Maristas de Astorga, pero no le gustaba estudiar. En definitiva, no veía muchas oportunidades de futuro para él, ni para la mayoría de los de su alrededor. “En aquella época era difícil vivir”, lamenta. Por eso tomó la decisión de irse del país. Y eligió Venezuela como destino, pues allí vivían dos primos suyos. “En el pueblo vive gente muy pobre, y si me

quedo aquí estaré igual que ellos”, pensó entonces. Así que se dirigió a su padre y le dijo: “Usted fue emigrante, ahora me toca a mí. No tienen que vender nada, con lo que tienen viven. Si a mí me va mal, puedo volver y viviremos como ahora”. A sus padres, al principio, les afectó la decisión, pero al final la comprendieron.

Por aquel entonces, Abel salía con Otilia, pero su relación no detuvo sus planes. En cambio, fue a hablar con los padres de ella y les aseguró: “Si me va bien, me casaré y me la llevaré. Y si no, regresaré”. En caso de que no le hubiera ido bien, Abel sabía que podía volver a España como repatriado, sin pagar nada, y esa posibilidad lo reconfortaba. Así pues, a los 26 años y con 11.000 pesetas que su padre le prestó para pagar el billete de barco, emprendió un largo viaje y llegó a Caracas.

A más de 6.000 kilómetros de su casa, y con la ilusión de empezar una nueva vida, a Abel la capital de Venezuela le gustó desde el principio. “Estaban las Torres del Silencio y el paseo de Los Próceres, que eran obras muy bonitas, y un edificio que tenía propaganda de la cerveza Polar”, recuerda, “lo demás eran casas grandes, coloniales. Las llamábamos techos rojos porque eran de teja”.

Del país, le sorprendió el clima. “En Caracas se estaba bien, normalmente entre 22 y 24 grados, pero en Maracaibo estaba entre 40 y 44 todo el año”. Y le encantó la comida. “Las arepas de maíz rellenas con pescado o carne eran muy buenas; había mucho mango, con el que se hacían batidos; mucho coco, con el que se hacía la bebida típica, las cocadas; y mucho aguacate”, destaca. En Caracas, además de la comida local, había una amplia oferta culinaria internacional, porque la ciudad estaba llena de extranjeros.

“Yo creo que había más extranjeros que venezolanos”, señala Abel, riéndose, “mucho isleño, portugués y gallego”. Y es que, en esa época, Venezuela era un país muy rico y uno de los que tenía mayor proyección de la región, debido a las grandes ganancias que producía la industria petrolera. Había oportunidades laborales y posibilidad de crecimiento, y era un destino muy atractivo para todos aquellos que, como Abel, buscaban una vida mejor.

Dispuesto a aceptar cualquier oportunidad que le ofrecieran, primero Abel trabajó en el sector de la construcción. “No lo había hecho nunca y no me gustaba, porque llegaba el cemento ardiendo y teníamos que cargar sacos que quemaban”, recuerda. Por ello, al cabo de un mes y medio, cuando ya había ahorrado un poco, dejó el trabajo y buscó otro. “Yo nunca estuve sin trabajo”, asegura. “La gente me buscaba para trabajar, no sé si será por tonto”, añade, con una carcajada, “pero trabajé con

gente pobre como yo, con gente de clase media y con gente riquísima, ¡y todos me querían!”.

Abel trabajaba pintando casas cuando, en 1958, un golpe de estado acabó con la dictadura de Marcos Pérez Jiménez. Entonces, empezó a trabajar en el marco del Plan de Emergencia como carpintero, haciendo ranchos de madera, hasta que la situación política y social se calmó y el país retornó a la democracia.

Después de esa experiencia, trabajó en un bar regentado por un hombre español. “Era una zona muy mala, había muchos borrachos y no me gustaba tratar con la gente de allí”, confiesa, “yo estaba en la barra y vendía mucha cerveza, porque hacía mucho calor”. Sin embargo, allí cobraba muy bien. “Pagaba nueve bolívars diarios de pensión, todo completo, y ganaba trece, el sueldo mínimo”, explica. Así, podía ahorrar tres o cuatro bolívars diarios, y teniendo en cuenta que un bolívar equivalía entonces a trece pesetas, para él era un sueldo “muy, muy, muy bueno”.

Además, Abel se llevaba muy bien con el dueño, y este hizo todo lo posible para mantenerlo en el puesto. En esa época, la plantilla de trabajadores tenía que contar con un 75% de venezolanos y un 25% de extranjeros, pero como en el bar solo había otro empleado, además de Abel, el porcentaje era de 50% y 50%. Para arreglarlo, el dueño le ofreció a Abel que se hiciera socio del negocio, y él aceptó. Entonces, se quedó allí un año y, agradecido, incluso se hizo cargo del bar durante un mes, porque el dueño fue víctima de una estafa y estuvo en prisión hasta que demostró su inocencia.

Cuando un amigo de Abel, que trabajaba en la empresa de cosmética estadounidense Pond's, le contó que estaban buscando a un empleado, él quiso probar suerte, y el dueño del bar lo alentó, asegurándole que si no lo cogían podía volver con él. Al final, consiguió el trabajo, pero al cabo de solo dos meses lo despidieron, porque en la empresa hicieron una reducción de personal.

Ese mismo día, al terminar la jornada, se fue a una cafetería de al lado con un compañero de trabajo, y allí alguien lo llamó para pedirle que fuera al despacho del presidente de la compañía. Abel pensaba que este le hablaría de la indemnización del despido, pero para su sorpresa le preguntó cuánto tiempo llevaba en la empresa y si había hecho vacaciones desde que había llegado a Venezuela. Abel le respondió que no, y este le dijo “pues descansa y en un mes vuelves, que yo te voy a buscar trabajo”.

Llegada esa fecha, el presidente cumplió con su palabra y le ofreció a Abel volver a trabajar en la empresa. Su tarea consistía en colocar las mercancías en los escaparates de las farmacias. Se acuerda de todos los productos: lacas, champús, cremas o un maquillaje en polvo llamado Angel Face. Además, cuando le pedían algún favor extra, como transportar productos de un lado a otro, él siempre respondía “¡cómo no!”.

“Me ponían la mercancía en una caja y me decían agarra un carro libre y la llevas a ese sitio, y después agarra otro carro para irte a casa”, cuenta sobre esos momentos. Entonces, se le ocurrió que, como su casa no quedaba lejos, podía volver andando, y así se podía guardar el dinero que le habían dado para el segundo taxi.

Quizás en ese momento, su carácter emprendedor empezó a emerger, y este tomó fuerza al reencontrarse con Otilia. Se casaron por poderes, y cuando hacía un año y medio que había llegado a Venezuela, desembarcó ella. Entonces, ya podían proyectar en ese nuevo país un futuro juntos.

Un día, en el trabajo, Abel se fijó en las facturas de las compras que hacían algunos trabajadores de los productos de Pond’s, y se le ocurrió una idea. Fue a la oficina de ventas, preguntó qué descuento le harían a él si también compraba, le dijeron que el precio era el mismo al por mayor y pidió algunos productos para venderlos. “No te va a resultar, porque tenemos vendedores que venden a los negocios pequeños y no venden mucho”, le advirtieron, pero él les respondió “bueno, voy a probar”.

A partir de ese día, cuando Abel salía del trabajo a las cuatro de la tarde empezaba a recorrer las calles, que a aquella hora estaban llenas de vendedores ambulantes, y les ofrecía sus productos. “Yo les vendía la mercancía al mismo precio que en las tiendas grandes, pero yo se la llevaba, ellos no tenían que ir a comprarla”, apunta. Por eso, estuvieron interesados.

Las jornadas de trabajo de Abel se empezaron a alargar, porque seguía trabajando después de salir de Pond’s, pero también empezó a ganar dinero, que además cobraba en efectivo. Al poco tiempo, empezó a vender a supermercados y tiendas, y con lo que ganó se pudo comprar un coche para agilizar los trayectos.

Por desgracia, le robaron el coche con la mercancía dentro por valor de 8.000 bolívares, pero cuando contó lo que le había pasado en la empresa, le ofrecieron ayuda. Abel no tenía mucho dinero porque todo lo que ganaba lo volvía a invertir en mercancía, pero allí le encontraron un coche barato que había sido embargado y además le pagaron una parte.

Entonces, Otilia también empezó a vender mercancía, diversificaron su oferta con productos de otras marcas como Helena Rubinstein y Max Factor y compraron una camioneta Volkswagen para los dos, que adaptaron para el negocio instalando una estantería. Con el vehículo, empezaron a ir todos los días al mercado de El Silencio a las cuatro de la mañana para vender, y les fue tan bien que llegó un punto en el que Abel pudo dejar su trabajo y alquilaron un local para poner una tienda.

El local estaba en pleno centro de Caracas, al lado del Teatro Municipal, en un edificio antiguo de estilo colonial que había sido un hotel. El negocio fue un éxito rotundo y años más tarde compraron el terreno entero, con la ayuda de unos amigos que le dieron el dinero que les faltaba, a cambio de mercancía suya por el mismo valor.

El terreno tenía una extensión de 613 metros, recuerda Abel, con precisión; dos patios y varias habitaciones muy grandes. Pertenecía a los dueños de la compañía farmacéutica estadounidense Bristol-Myers Squibb, y lo gestionaba el hijo de estos, a quien Abel no conocía porque hasta ese momento se había limitado a transferirle el alquiler cada mes. Cuando mostró interés en comprar el terreno, tuvo que esperar seis meses para poder reunirse con él, pero la espera valió la pena.

El hijo le dio un precio, y cuando Abel contactó con un evaluador de terrenos, le comentó que iba a comprarlo por la mitad de lo que costaba. Además, cuando se encontró con el corredor de propiedades, este le dijo rápidamente el precio y empezó a darle conversación sobre cacería y aviones, dejando de lado el tema por el que se habían reunido. "Como los dueños tenían muchos terrenos y mucho dinero, no les importaba, no se fijaban mucho", asegura, "igual les daba cinco que cuatro, lo que querían era vivir tranquilos".

Cuando Abel ya era dueño del terreno, hizo reformas en el edificio. Habilitó las habitaciones como almacenes y a pie de calle abrió una perfumería de 156 metros que le quedó "fina, fina". La tienda tenía ocho empleados, además de las demostradoras que enviaban las compañías para que vendieran sus productos allí. En esa época, también compró otro local, más pequeño, en el que trabajaba con su cuñada, que también emigró a Venezuela al poco tiempo de que llegara Otilia.

A pesar del éxito del negocio, cuando Abel y Otilia ya tenían hijos, él se dio cuenta de que le daba tanto trabajo que no podía pasar demasiado tiempo con su familia. "No podía estar con mis hijos, no podía viajar, y dije *se tiene que trabajar, pero también disfrutar*", declara. Por eso, incorporó un socio a su negocio, y entonces pudo empezar a disfrutar de verdad.

Solía viajar a España cada dos años, a ver a su madre, que se quedó viuda y vivió hasta los 97 años, y también a Estados Unidos o a México con sus amigos. Con Otilia y sus hijos, viajaba por Venezuela. “Los Andes son muy bonitos, había un teleférico a 4.000 metros de altura, y el Pico Bolívar”, recuerda, “Barquisimeto, Cumaná, Puerto La Cruz, una isla muy famosa que se llama Los Roques, y la Isla Margarita, muy bonita. Allí viajaba mucha gente”.

En los años 80, Abel creó otro negocio, llamado Elzan, de jabones. Este funcionaba como Avon, con una red de comerciales que hacían venta directa. Y también cerró la perfumería y allí empezó a vender productos del hogar y electrodomésticos, aunque tuvo la mala suerte de que durante la fiesta nacional que se celebraba cada junio como efeméride de la Batalla de Carabobo, una chispa entró en uno de los patios del edificio, quemándose y cayendo el techo. Afortunadamente, tenían una parte de sus productos asegurada y mil televisores que habían comprado recientemente guardados en otro edificio, que se salvaron. Sin embargo, ante el destrozo, optaron por rematar toda la mercancía. “Había un policía en la puerta porque mucha gente vino a comprar”, recuerda.

En un contexto en el que las ventas empezaban a disminuir a causa de la competencia que suponían las importaciones, Abel supo reinventarse. En el hotel construyó entonces locales pequeños, que puso en alquiler para que abrieran tiendas. “Estaba muy bien hecho, con agua en todos los locales”, asegura, “vendían de todo, había tiendas de ropa, una cafetería, una peluquería...”.

En 1986, en Caracas se empezó a construir una línea de metro que iba a pasar por el terreno de Abel. “Yo lo comprendí, era bueno, porque el metro iba a darle vida a la ciudad”, reflexiona, “pero tenían que pagarme lo que valía, lo que yo gasté en la construcción”, añade. Y es que mucha gente se quejó entonces de que el gobierno quería pagarles demasiado poco, e incluso hubo protestas por ello. Pero al cabo de un año, Abel llegó a un acuerdo con las autoridades y con pena, pero satisfecho, se despidió de ese rincón de Caracas que tanto le había dado.

Entonces, Abel estuvo un tiempo pensando cuál podía ser su siguiente paso, viendo si podía crear un nuevo negocio, y se planteó comprar una gasolinera. Pero ahora agradece no haberlo hecho, porque la situación en el país, que había sido tan buena desde que él había llegado, en ese momento empezó a empeorar. “La cosa se puso muy mala”, afirma.

Venezuela es un país muy rico en recursos naturales, y el petróleo generó mucha riqueza en los años 60 y 70, pero como su economía dependía casi exclusivamente de

este, cuando bajaron los precios el sistema se desmoronó. Entonces, los gobiernos del momento empezaron a aplicar medidas de austeridad que afectaron a las clases populares, y el descontento de estas llevó a protestas, a las que se respondió con violencia policial. En un contexto de pobreza, corrupción, subidas de precios y devaluación de la moneda, Hugo Chávez ganó sus primeras elecciones en 1992, pero a pesar del cambio de rumbo político, la situación no mejoró. Prueba de ello es que en Venezuela el clima de violencia, el desempleo, la inflación y la escasez siguen siendo un problema muy grave hoy en día.

Anticipando que nada bueno iba a llegar, en los años noventa, Abel, que ya tenía nietos, tenía muy claro que lo que quería era disfrutar de ellos y vivir tranquilo. Y por eso decidió volver a España con su familia. Primero llegaron a León y después se fueron al pueblo catalán de Montornés del Vallès, donde vivía la hermana de Otilia. Allí decidieron que querían quedarse en Cataluña. “Era donde había más trabajo, no para mí, sino para mis hijos”, reflexiona. Actualmente, vive en una residencia de Granollers.

Reflexionando sobre su experiencia en el extranjero, Abel explica que en la época en la que él emigró mucha gente lo hacía, y que, por tanto, la situación no era tan distinta a la de hoy, en la que muchos españoles también se van a vivir fuera. Lo que destaca, sin embargo, es que antes no había tantas comodidades para hacerlo. “Ahora emigra más gente porque hay más posibilidades y un mejor sistema de comunicación”, opina. Y, de hecho, él mismo vivió avances y mejoras en este aspecto. Por ejemplo, cuando él se fue a Venezuela el barco tardaba quince días en llegar, pero cuando fue su mujer ya solo tardaba nueve.

De su experiencia en el país latinoamericano, tiene muy buenos recuerdos, tanto del lugar como de la gente, y por ello lamenta la situación que se está viviendo allí en la actualidad, y también se queja, por ejemplo, de que se esté destruyendo su paisaje natural. “Está el Salto del Ángel, el río Orinoco, y la selva”, cuenta, “pero la selva se ha estropeado mucho, porque tiene minas de diamantes, hierro, cobre y azufre. Y los ríos ahora están muy contaminados”.

“Pero así es la vida”, suelta, con el carácter de quien no quiere lamentar demasiado y prefiere quedarse con lo bueno. Y es que Abel se muestra muy agradecido con todo lo vivido. “Gracias a Dios, trabajé, disfruté de mi trabajo y no tuve nunca problemas con nadie”, declara. Siente agradecimiento por las oportunidades que Venezuela le ofreció porque recibió ayuda de mucha gente y por el otro, porque con su tenacidad, visión y esfuerzo logró crecer y conseguir sus objetivos.

Quizás por sus ganas de aventura, su carácter expansivo y su valentía --pues nunca le ha dado miedo arriesgarse ni avanzar hacia lo desconocido-- Abel presume hoy, orgulloso, de sus nietas. Habla de una de cinco años que vive en Suiza, de otra de diecisiete que va un curso adelantada en Bachillerato, y de otra de 22 que está estudiando dos carreras y ahora vive en Paraguay, aunque pronto se mudará a Ginebra.

“Tienen que salir, pero pensando en que tienen que trabajar”, dice Abel sobre los jóvenes que, como hizo él, decidan irse a vivir al extranjero. “Yo trabajé en muchos sitios, de lo que me salía, no le tenía miedo a trabajar”, afirma. Y al final añade: “Y que disfruten todo lo que puedan”.



Rossend Lozano: la educación es el camino

“La educación no es llenar un cubo, es encender un fuego”.

Gabriela Mistral



Rosend nació en el pueblo de Baza, en la provincia de Granada, en 1959. Tuvo una infancia muy feliz en familia, sobre todo con sus hermanos y su madre, porque su padre trabajaba mucho. Pero no se acuerda demasiado de esos tiempos, pues cuando cumplió once años emigraron a Cataluña. En la ciudad de Sabadell, se instalaron en el barrio de Can Rull.

“Yo siempre fui un niño muy modesto, con un ojo tapado porque tenía estrabismo, y nunca destaqué, ni por guapo, ni por fuerte, ni por inteligente”, admite, “era uno de esos niños que pasan inadvertidos”. Pero tuvo un profesor, Jose Luis, que había sido cura y misionero y que era muy progresista, que hizo que por primera vez se sintiera respetado y querido como alumno. Además, con él descubrió el mundo de la cultura. “Nos hablaba de Picasso y nos ponía obras de Beethoven y Mozart”, relata, “y yo nunca había leído un libro en casa”. Ese hombre se convirtió para Rosend en un referente, especialmente cuando él mismo se hizo profesor años más tarde.

A los catorce años, Rosend empezó a trabajar. “He hecho un poco de todo: estuve en una empresa de cartones, donde hacía los tubos para el papel de váter y de cocina; en una calderería, donde me quemé las dos manos en un accidente cuando tenía quince años; en una jardinería; y durante muchos años fui instalador de antenas colectivas”. Sin embargo, Rosend se ha dedicado sobre todo a la enseñanza.

Cuando era adolescente, en los últimos años de la dictadura, Rosend empezó a implicarse con el movimiento juvenil y estudiantil. Formó parte de sindicatos y partidos políticos y solía ir a muchos actos y manifestaciones, lo que supuso un problema para su familia. Sobre todo, para su madre, que dice que “era muy conservadora y tenía mucho miedo de todo”.

A los dieciséis años, después de solo dos años trabajando, empezó a estudiar de nuevo. Hizo un ciclo formativo de Formación Profesional en Electrónica, y un profesor que tuvo allí, Benito, también le inspiró mucho. Aunque a Rosend le encantaba la electrónica, a raíz de un compañero de clase que tuvo algunos problemas personales, los alumnos se replantearon la forma en la que les enseñaban y aprendían, y él se dio cuenta de que lo que más le interesaba era la Educación. Entonces, decidió estudiar Bachillerato con la intención de después ir a la universidad y sacarse la carrera de Magisterio o Pedagogía. “Trabajando y estudiando era muy difícil, pero lo fui haciendo, toda

la vida lo he hecho”, expone. Después de mucha reflexión, Rossend eligió Magisterio porque estaba más enfocado a ser profesor.

Durante la crisis de los años 80, Rossend perdió el trabajo de instalador de antenas, o más bien lo dejó para que otro no lo perdiera. “Un compañero y yo lo dejamos porque tenían que despedir a gente, y como teníamos compañeros casados y con hijos, preferimos irnos nosotros”, argumenta. Más adelante, aprobó unas oposiciones para ser conserje, y tuvo ese cargo en el ayuntamiento de Sabadell durante siete años.

En 1986, Rossend terminó de estudiar la carrera de Magisterio en la Universidad Autónoma de Barcelona, y su primer trabajo como profesor fue en una escuela de adultos. En esta, daba clases de distintas asignaturas, aunque su especialidad era el ámbito social y humanístico, pero lo que destaca es que aprendió muchísimo de sus alumnos.

“Al principio había mucha gente sin estudios, que eran increíbles. Sindicalistas, con una gran cultura popular y obrera”, recuerda, “no tenían ningún título, pero te daban unas lecciones de vida...”. Con ellos, aprendió que la cultura “no es tener unos conocimientos específicos, sino un concepto de vida y del ser humano”. Según Rossend, la cultura “no es un conocimiento ajeno a nuestra sociedad y a nuestra vida, sino que tiene un uso concreto”.

En algún momento, también llegó a tener alumnos de todos los continentes, algo de lo que disfrutó mucho, pero que también era muy duro. “Tenía a gente que había llegado al país en patera, y te contaban el tema de las mafias y la solidaridad que tienen entre ellos...”, explica “y yo pensaba *no puede ser que esto siga pasando en este siglo*”.

Gracias a sus alumnos tan diversos, Rossend se dio cuenta de que el valor más importante para ser profesor es el respeto. “Las personas que tienes delante tienen una experiencia, una vida, una cultura, unas razones y una mochila de problemas”, observa, “por lo que, como educador, tienes que tratarlos fundamentalmente con respeto”.

Así, con la consciencia de saber que detrás de cada alumno hay una persona con todo tipo de complejidades, la función del profesor es ayudar a sus alumnos, sobre todo, a mejorar sus necesidades culturales. “Porque la cultura nos ayuda a vivir, a encarar mejor los problemas, a entender mejor el mundo, a

apreciar el arte y lo que nos rodea, a participar, a ser críticos y a evitar que nos manipulen, a tener criterio propio y a ser más felices”, sostiene.

Su curiosidad, implicación y un constante afán por aprender y profundizar en sus conocimientos llevaron a Rossend a estudiar una segunda carrera cuando terminó la de Magisterio, hizo Historia del arte, y luego a sacarse un doctorado en la misma disciplina, con una tesis sobre las vanguardias durante el franquismo en Sabadell. Ambos estudios los realizó en la Universidad de Barcelona. Aprender sobre Arte, le abrió la mente. “Cuando era joven era más cuadrado, más dogmático, y el arte me obligó a respetar distintas representaciones artísticas, no porque me gustaran o no, sino por el valor estético que pudieran tener en la cultura”, declara.

Durante sus estudios de arte, Rossend también hizo asignaturas de ciencias, porque quería aprender más sobre la composición y el tratamiento de los materiales. “El problema es que a mí me gusta todo”, suelta riéndose, “las ciencias, la tecnología, las sociales, las lenguas...”. Pero eso, lejos de ser un impedimento, es una suerte, porque su conocimiento de ámbitos tan distintos le ha permitido crear conexiones entre ellos que a veces cuesta hacer, y no solo a nivel intelectual, sino en la práctica.

“En la universidad, el problema es ligar la formación con la vida, porque a veces estudiamos algo y luego es difícil aplicarlo”, lamenta, pero para él es muy importante tratar de conseguirlo. “Por ejemplo, puedes coger una piedra en los Pirineos y ver que es un mármol importado, y estudiándolo puedes descubrir de donde viene y por qué está allí, y en eso participan geólogos, historiadores del arte, arqueólogos...”, ejemplifica. “Al final, eso indica que las ciencias tienen que tener una interrelación constante”, opina.

Tras quince años en la escuela de adultos, Rossend empezó a trabajar de profesor de instituto, primero en el Pau Vila de Sabadell, donde él había sido alumno, y tres años después en el Torre del Palau de la ciudad de Terrassa. En ambos, dio clase a alumnos de la ESO y Bachillerato, de las asignaturas de Geografía, Historia e Historia del arte, es decir, del departamento de ciencias sociales.

Como había descubierto con sus alumnos adultos, desde el primer momento Rossend tuvo el respeto como prioridad, sobre todo porque, como profesor, tenía que conseguir cierta autoridad. “Cuando quieres imponer tu autoridad a

los alumnos fracasas en los primeros cinco minutos”, asegura, “pero si los respetas, ellos te la dan, porque la buena autoridad es la que no se impone. A mí, la jerárquica nunca me ha gustado y siempre la he menospreciado”.

Como la adolescencia es un momento muy complicado, Rossend también entendió que sus alumnos necesitaban comprensión, apoyo y alguien en quien confiar, y eso solo es posible bajo relaciones de respeto. “Los profesores tienen que cumplir un rol porque no son amigos o familiares, son profesores”, apunta, “pero no puedes fallarles nunca, porque si un día lo haces, ya no confiarán más en ti”.

Más allá del trato, el respeto también se manifiesta en relación con las ideas y pensamientos de cada persona, por lo que Rossend siempre tuvo mucho interés en conocer la opinión de sus alumnos sobre su forma de hacer clase, mostrándose abierto a escuchar sus quejas. “Yo estaba dispuesto a cambiar, a recibir sus críticas y a pedir disculpas si me equivocaba” asegura, “y he cambiado mucho a lo largo del tiempo, porque por ejemplo al principio me decían *profe, te enrollas mucho y cuentas lo mismo tres veces*”, recuerda riéndose. Para Rossend, la base del aprendizaje está en “la superación del error”, y por eso opina que si “un profesor es altivo y considera que sus alumnos están por debajo de él y no escucha lo que piensan, no puede mejorar con ellos”.

“Mientras no me insultéis, podéis criticarme todo lo que queráis. Mi única línea roja es la falta de respeto, el bullying”, les decía Rossend a sus alumnos, y aunque al principio les costaba atreverse, al final lo hacían, y guarda buenas anécdotas de ello. Por ejemplo, en una clase en el primer instituto, pilló a un alumno haciéndole una caricatura con un bolígrafo. Rossend le preguntó qué hacía, y él se lo enseñó y le dijo “¿no te enfadas?” “¿Cómo quieres que me enfade?”, le respondió él, maravillado, “pero me la tienes que dar... ¡Es preciosa!”, y los dos se rieron. Rossend aún conserva el dibujo con mucho cariño, porque tiempo después ese alumno se suicidó.

Cuando era tutor, el primer día de clases Rossend siempre pedía a sus alumnos que hicieran una redacción en la que escribieran sobre algo de sus vidas o que fuera importante para ellos que los demás compañeros no supieran, y Rossend también les hablaba a ellos de, por ejemplo, algún problema familiar o un defecto, y así generaba confianza. A lo largo de los años

logró detectar en algunos alumnos problemas graves, como el caso de una niña que se autolesionaba. Entonces, él pudo hablar con la coordinadora pedagógica y la psicóloga del centro para ayudarla, en la medida de lo posible, porque los alumnos siempre tenían que tener la última palabra. Por ejemplo, ella no quería que lo descubrieran sus padres.

En muchos casos, los alumnos más conflictivos de las clases eran los que tenían problemas más graves. “Los niños difíciles son niños que tienen problemas difíciles”, sostiene, “y si no sabes sus problemas, no los puedes ayudar”. Con esta idea en mente, Rossend siempre evitó los métodos punitivos con ellos. “A los niños que se despistan no los castigaba ni los ponía en evidencia ante los demás, los ayudaba a que la clase los aceptara para que se integraran”, explica. “Siempre intenté solucionar los conflictos de una manera más humana, más benévola”, añade.

Para que esto fuera posible, era necesario que el ambiente en las clases fuera distendido, e incluso divertido. “Si ellos se relajan, aprovechan y disfrutan más las clases, y también te ayudan a ti a hacerla mejor”, afirma. Y por ello, Rossend empleaba el humor siempre que podía. Si, por ejemplo, pillaba a algún alumno comiéndose el bocadillo en clase, lo cual estaba prohibido, Rossend se lo cogía y se lo comía él. “Es la forma que tengo de no castigarlos y de desayunar yo, porque además no iréis a decir nada, porque entonces sí que os castigarán”, les decía, y todo el mundo se reía. También, como a Rossend le gusta mucho la música, utilizaba ese lenguaje con sus alumnos. Aunque a él le gustaba la música clásica y la canción de protesta, con ellos se fue interesando por otros géneros como el pop o el dance contemporáneo. En esa época, con sus alumnos escuchaba la emisora Flaix FM. “Si vas con el espíritu abierto, puedes conectar con ellos”, apunta.

Teniendo en cuenta que cada grupo tenía unas necesidades y unas características distintas, Rossend siempre intentó adaptar sus clases a estas. “Tú, como educador, puedes adaptarte a sus circunstancias, porque ¿por qué tienen que adaptarse 30 alumnos a ti?”, plantea. Pero su capacidad tenía ciertos límites, como que a sus alumnos no les interesara lo que enseñaba. “Si no les gustaba la asignatura de Historia, lo único que podía hacer era hacerles ver que saber historia es muy importante, porque si no conocemos el pasado nos manipulan”, declara. Eso sí, también comprendía su desinterés en cierto

punto. "Hay cosas que entiendo que no les gusten, porque son infumables", dice, sobre algunas partes del temario. Sin embargo, para Rossend el problema no es tanto el contenido, sino la forma de enseñarlo. "No es que no os gusten las ciencias sociales", les decía "sino cómo os llegan".

Actualmente, el principal método de estudio del sistema educativo es "empollar", es decir, memorizar el temario para soltarlo en el examen y, después, en muchos casos, olvidarlo. En ese aspecto, Rossend opina que la memoria es una parte fundamental de la enseñanza, pero no el puntal, que en cambio debe ser "el razonamiento, la comprensión y el análisis", porque es lo que permite la expansión y el crecimiento.

Rossend se muestra muy crítico con el sistema educativo actual. Con la burocracia a la que se somete a los profesores, con reuniones o el control de los inspectores, que más que ayudar a los profesores a resolver problemas tienen una función fiscalizadora. "Parece que pongan palos en las ruedas constantemente", lamenta, "y esto desgasta". Y también con la falta de recursos, por ejemplo, cuando a nivel político se pide al personal docente que incluyan el aprendizaje por competencias en los centros educativos. "En la teoría está muy bien, pero para hacerlo tienes que dotarte de unos medios económicos, una ratio de alumnos más baja, unos profesionales y unos espacios, y eso no se hace", se queja. "Si tengo 35 alumnos, ni competencias, ni hostias. Haces lo que puedes", añade. Por eso, cree que este tipo de propuestas políticas son solo "mentiras, humo".

La causa de estas problemáticas es, para Rossend, estructural. "El sistema educativo siempre va por detrás de todas las expectativas y vanguardias que hay en el mundo educativo, es una carcasa represiva que entorpece, más que hacer avanzar", valora. Y es que, tras tantos años, Rossend se ha dado cuenta de que los responsables políticos del sistema educativo solo tienen un objetivo, situar los resultados numéricos del rendimiento académico de los alumnos en una buena posición en el ranking europeo o mundial. Por tanto, cuando hay problemas en la educación, no es que los políticos desconozcan la realidad, es que les da igual, miran hacia otro lado o manipulan. "Los problemas de verdad no se solucionan", asevera, "solo los de infraestructura, cosas de cara a la galería".

Rossend también lamenta que cada vez se cuida y se fomenta menos la educación pública, algo que él ha vivido de primera mano en las escuelas públicas donde ha trabajado con la introducción de servicios privados disfrazados de mejoras, y observando el fomento de la educación privada y concertada por parte de los gobiernos. “Quien quiera ir a una escuela privada que se lo pague, tiene que haber libertad religiosa”, opina, “pero el dinero público debería ir a la educación pública, y no es así”. “Ahora todo tiene una orientación neoliberal”, agrega, “y así la educación acabará como en Estados Unidos, siendo asistencial”. En resumidas cuentas, observa que los políticos no trabajan “para la educación, sino para la deseducación”.

En este contexto, Rossend asegura que, si hubiera podido enseñar de forma distinta, lo hubiera hecho, pero el margen de maniobra es reducido. Sin embargo, él siempre se ha esforzado al máximo para dar sus clases, sobre todo preparándose muy bien. Y de algún modo, a pesar de todo lo que le indigna de la educación hoy, sus clases y, aún más, sus alumnos, han sido su “refugio”. “He hecho lo que he podido. Los he protegido, los he ayudado y les he dado lo mejor de mí”, cuenta, “y esto es lo que me ha hecho feliz, porque todo lo demás es abominable”.

Además de profesor, Rossend también ha sido investigador y comisario de exposiciones. En los últimos años ha estado trabajando, por ejemplo, en un proyecto para construir el archivo de arte de Castellar del Vallès, y en otro con páginas webs relacionado con la enseñanza. Aunque con la pandemia se paralizaron, ahora puede volver a volcarse en esa faceta, porque desde 2019 Rossend está jubilado.

Al inicio de la pandemia, su mujer, Edita, que es enfermera, se contagió de Covid-19 y aún ahora arrastra secuelas graves, con lo que Rossend se alegra de haberla podido acompañar en este duro proceso. Sin embargo, admite que ahora que ya no es profesor echa de menos a sus alumnos. “Corregir exámenes o las reuniones del claustro no, pero los alumnos sí”, aclara. Pero mantiene el contacto con ellos y alguna vez los ha ido a visitar en el instituto.

En la misma época, unos exalumnos de Bachillerato le contaron que una compañera suya, Laura, tenía leucemia. Rossend intentó contactarla y no fue fácil, porque estaba aislada en el hospital, pero cuando lo consiguió mantuvieron las comunicaciones online. “En verano de 2020 le empecé a

enviar textos sobre historia y mitología, porque le gusta mucho, y también le pregunté cómo colaborar con la causa”, explica. Ella le habló de la Asociación de Familiares y Amigos de Niños Oncológicos de Catalunya (AFANOC) y Rossend se afilió.

Rossend estuvo un año escribiéndole emails, y a los seis meses se le ocurrió hacer un libro con los textos para recaudar fondos para la asociación. Cuando se lo propuso a Laura, le encantó la idea. Y ahora el libro, que se llama *Mites per a Laura*, ya está a la venta. “El día que fui a traérselo, que ya estaba en casa con su madre, le hizo mucha ilusión, estaba contentísima”, recuerda, emocionado.

“Fui el primer voluntario de AFANOC en época de pandemia, el primero telemático”, anuncia Rossend, con entusiasmo, y es que la experiencia le ha abierto un nuevo mundo. Como voluntario, empezó a hacer acompañamiento a niños con cáncer, y habla sobre todo de Iván, que tenía un tumor cerebral y que lamentablemente murió hace unos meses. Iba a visitarlo al hospital y hablaban de música o de las experiencias de Rossend como profesor. Pero deja claro que “cuando iba a verlo no iba a ver al Iván enfermo, sino a Iván”, y es que Rossend tuvo que hacer un gran aprendizaje para obtener este punto de vista.

“Mi mujer me dijo *con lo emotivo que eres, te vas a destrozar*”, cuenta, de cuando entró en AFANOC, pero en la organización recibió mucha formación sobre cómo afrontar el acompañamiento, la pérdida y el duelo, y así estar bien para poder ayudar a los niños. Por eso, de vez en cuando siempre le preguntaban, “¿cómo estás Rossend?”, para comprobar que pudiera seguir con su voluntariado. Y justo ahora, como quedó muy afectado tras la muerte de Iván, además de que su mujer sigue enferma y su hija también está pasando por un mal momento, se está tomando un descanso, aunque tiene muy claro que lo retomará.

“Es que no puedo cambiar una hora de acompañamiento por 40 horas de archivo de historia del arte, que es algo que me gusta”, compara. Para él, que siempre ha tenido tantos intereses y que ha trabajado en tantos sectores, el voluntariado es como una nueva profesión. Sin embargo, opina que, a diferencia de la enseñanza, que es muy técnica, esta es vocacional. “Estoy

muy motivado y entusiasmado de poder hacerlo, porque me llena muchísimo”, recalca.

Con todo lo aprendido desde pequeño con profesores inspiradores, pasando por su implicación política, sus variadas experiencias laborales, el mundo académico y, sobre todo, las clases con sus alumnos, Rossend se siente feliz, de su bagaje y de su nuevo interés en el voluntariado, más todo lo que aún está por venir. “¡Yo no me he acabado, tengo muchas ganas de hacer cosas!”, exclama.

“He tenido una vida profesional muy rica”, expresa, emocionado, “me voy a poner a llorar”. Y por ello se siente afortunado y agradecido. “Pero no por el sistema o los jefes, sino por mis alumnos y compañeros”, recalca. De su trayectoria, compartida siempre con los demás, ha podido sacar una conclusión: “Cada uno tiene un rol, pero en realidad las personas somos pequeñas e insignificantes. Lo verdaderamente importante es lo que se genera entre las personas, las acciones que se hacen de forma colectiva y los valores que nos unen y nos ayudan”.



Carles Balañá: una historia con barreras, pero sin límites

“Atreveos: el progreso solamente se logra así”.

Víctor Hugo



Carles nació hace 60 años en la ciudad catalana de Reus. Tiene un hermano mayor y una hermana menor, con los que siempre se ha llevado muy bien, y lo mismo puede decir de sus padres. Cuando era adolescente, tuvo un accidente que lo dejó tetrapléjico, y vivió con ellos hasta 1997. Después se mudó a una residencia en el barrio de Sant Salvador de Tarragona.

“Mi infancia fue muy buena”, cuenta, “lo típico: iba a la escuela, salía al patio, cuando volvía a casa cogía el bocadillo y me iba a jugar al parque o a la calle y ale, hasta las ocho o las nueve”. Luego, los fines de semana, se iba con su familia de excursión a la montaña, a coger setas o espárragos, o a pasar el día fuera.

Carles estudió hasta los catorce años y, a los quince, como no le gustaba estudiar y tenía ganas de tener su propio sueldo, empezó a trabajar en Borges, la empresa conocida por sus aceites de oliva y frutos secos que tiene la sede central en Tàrrrega. Estuvo dos años haciendo de auxiliar administrativo. “Cobré 4.500 pesetas la primera vez”, recuerda, con una sonrisa, y calcula que esa cantidad son unos 27 euros hoy.

En esa época, Carles solía pasar los veranos con sus amigos en los pueblos costeros de la zona, sobre todo en Salou, donde se llegaba fácilmente en autobús y había playa, discotecas, autos de choque y buen ambiente para los jóvenes de su edad. El verano en el que tenía diecisiete años, fue allí como de costumbre, y tuvo el accidente. “En un acantilado, calculé que había poca profundidad y al tirarme toqué la arena del fondo y me rompí la cervical”, declara. Entonces, lo llevaron a un hospital de Reus y después al hospital Vall d’Hebron de Barcelona, donde estuvo nueve meses.

“El proceso fue duro porque pasé de ser una persona muy activa a no poder mover nada”, comparte. Y es que a Carles no le gusta quedarse en casa, prefiere salir, hacer, conocer, y entonces también le gustaba el deporte, sobre todo ir en bicicleta y nadar.

Durante el periodo en que estuvo en el hospital, no fue muy consciente de cómo había cambiado su vida, “porque tenía el apoyo de las enfermeras, del equipo médico, la familia y los amigos que venían a visitarme”, explica. “Estaba como dentro de una nube, con la rutina de las pruebas, la rehabilitación y la terapia, y después tenía las tardes libres, y hablaba con mis compañeros...”, añade. No fue hasta que volvió a casa cuando realmente se dio cuenta de su nueva realidad.

Durante los meses que estuvo ingresado, su padre trabajaba de camionero por lo que su madre acompañó a Carles durante todo el proceso. Alquiló una habitación barata en una vivienda particular cerca del hospital, ya que en la zona era habitual que

la gente alquilara habitaciones que antes eran de sus padres a los familiares de los enfermos ingresados. Se levantaba temprano para llegar a las ocho de la mañana a ver a Carles, y a las nueve de la noche se iba. Los fines de semana también estaban juntos y solían dar paseos por el barrio.

Cuando ya llevaba cuatro o cinco meses en Vall d'Hebron, Carles empezó a ir a su casa, en Reus, algún fin de semana, y también durante Semana Santa y Navidad. Desde el hospital se lo aconsejaban, para que tanto él como su familia se fueran adaptando a los cambios. Así, durante ese periodo, los sanitarios también le enseñaban a su madre cómo tenía que cuidar a Carles.

“Fue un aprendizaje para mis padres”, afirma, pero estos asumieron la realidad tal y como vino e hicieron todo lo posible para ayudarlo. “De cara a mí, no vi ni una queja ni que nadie llorara, para no hacerme sentir peor”, relata. Y del mismo modo reaccionó Carles. “Yo nunca me he cabreado con la vida, porque lo único que haces es hacérselo pasar mal a quien tienes al lado”, reflexiona. “Desde el principio tuvimos la actitud de: la situación es esta y la tenemos que aceptar. Todos a arrimar el hombro”, agrega.

Cuando volvió a Reus, Carles se empezó a vincular con organizaciones como la Confederación Española de Personas con Discapacidad Física y Orgánica (COCEMFE) o la Fraternitat Cristiana Intercontinental de Persones amb Discapacitat (Fràter), que le fueron de mucha ayuda y le permitieron hacer nuevas amistades. Y con estas también hizo muchos viajes. Visitó lugares como Granada, Benidorm o el pueblo de Isla, en Cantabria, junto a su madre, que iba de acompañante. Además, también viajaban mucho en familia.

Después del accidente, el padre de Carles vendió el Renault 7 que tenían y compró una furgoneta Ebro, en la que instaló unas rampas de madera para que Carles pudiera subir con la silla de ruedas. Con la furgoneta viajaron por toda España. A veces, dormían dentro, porque instalaron un colchón y, si no, buscaban albergues. En el segundo caso, estos tenían que ser accesibles, por lo que Carles tenía que llamar a los alojamientos uno por uno y planificar su estancia con antelación.

Aunque en esos tiempos la economía familiar no era muy buena, los padres de Carles siempre encontraron la forma de viajar. Por ejemplo, nunca comían en restaurantes; llevaban un hornillo de camping para cocinar por su cuenta. Y así, sus viajes más largos podían durar hasta un mes, como cuando recorrieron Andalucía y la zona del Cantábrico. Además, también estuvieron en Portugal y en Francia. El viaje a

París fue muy especial, porque se alojaron en casa de unos familiares que se habían exiliado allí durante la guerra civil.

Aunque el padre de Carles era camionero y, por tanto, se pasaba el día conduciendo, le gustaba tanto que lo seguía haciendo con muchas ganas durante las vacaciones y los domingos. “Siempre le ha gustado mucho la carretera. Fíjate que de lunes a sábado cogía el camión y el domingo éramos los domingueros. Cogíamos el coche y nos íbamos a Andorra, a Peñíscola, a la Vall d’Uixó...”. De él, Carles también dice que era muy fuerte, así que lo podía ayudar cuando, por ejemplo, no podía subir con la silla de ruedas una acera.

Durante los primeros dos años después del accidente, Carles tenía una silla manual, por lo que siempre tenía que salir acompañado, pero después compraron una eléctrica y pudo empezar a moverse de forma autónoma. Cuando esta se estropeaba, su padre corría a llamar a la fábrica y les decía que a la mañana siguiente irían a dejársela. Entonces, ese día no trabajaba y con Carles hacían un viaje de cuatro o cinco horas, esperaban a que estuviera lista y volvían a Reus. En otras ocasiones, cuando a Carles se le pinchaba una rueda en medio de la calle, su padre llegaba con las herramientas y se la cambiaba en un momento. “Lo dejaba todo por mí”, asegura Carles, y añade: “Siempre he estado muy arropado por mis padres, mis hermanos y toda mi familia”.

Tras el accidente, Carles se fue distanciando de sus amigos. “Pero no fue porque no quisieran verme, es que era otra época y la gente no estaba acostumbrada a ver a discapacitados”, explica. Además, cuando salía con ellos se sentía fuera de lugar. Por eso, durante los primeros meses en casa, Carles no quería salir, pero su madre le insistió en que tenía que hacerlo al menos una vez al día. Y gracias a ese empujón, volvió a ser la persona activa que siempre había sido. E incluso descubrió nuevos intereses.

Como no trabajaba, algunas personas le recomendaron volver a estudiar, y se apuntó a cursos de idiomas. “Pero siempre lo cogía con mucho ímpetu y después lo acababa dejando”, confiesa riéndose, “¡porque soy así!”. Sin embargo, cuando se apuntó a un curso de ajedrez, le gustó tanto y se le daba tan bien que entró en el equipo de ajedrez de la ONCE de Reus. Empezó a ir cada semana a entrenar, y los sábados y domingos a competir. “Es una afición muy bonita, porque no influye la suerte, como en las cartas, sino lo que sepas”, explica, “y yo he ganado varias copas, individuales y en equipo”.

El ajedrez, además de diversión y aprendizaje, también le ofreció a Carles un espacio de autonomía y libertad. “Me podía mover, poner el reloj y apuntar la partida

por mi cuenta. De 500 personas yo era el único que iba en silla de ruedas, pero me sentía un igual, no me sentía nada discapacitado”, añade. Ahora, aunque mantiene el interés por la afición, confiesa que no juega tanto porque es aburrido jugar con personas con un nivel inferior al suyo y ganar siempre.

Carles también hizo cursos de formación de ofimática. En el descanso hablaba con sus compañeros y en Navidad y fin de curso organizaban cenas, por lo que se iban tejiendo relaciones de amistad. Por ejemplo, dos compañeros en un curso, que cantaban en una coral de *caramelles*, le pidieron a Carles que fuera el *speaker* en un festival que organizaron. “Con tal de hacer cosas, yo me apuntaba a todo”, relata.

Como hacía tantas actividades, Carles a menudo volvía a casa cuando ya era de noche, y sus padres estaban contentos por ello, pues siempre quisieron que se valiera por sí mismo y le dieron mucha confianza. “Pero una vez, alguien le dijo a mi madre ¿cómo es que va por la noche solo, así abandonado? Y cuando mi hermano lo supo se enfadó, porque mi madre quería que hiciera las cosas solo y que me espabilara”, cuenta.

En 1995, Carles empezó a visitar la residencia de San Salvador para conocer los espacios y a los demás usuarios. Así, cuando hubiera una plaza tendría más oportunidades de que se la dieran a él, y es que desde el comienzo le encantó el lugar. Sobre todo, porque todos los espacios son llanos y, por tanto, los usuarios pueden moverse con libertad. También porque hay un jardín y un taller muy grandes y una buena sala de fisioterapia. Y especialmente, porque las habitaciones son individuales y tienen baño.

En esa época, los padres de Carles querían que él se quedara viviendo con ellos más tiempo, pero él insistió en que quería irse a la residencia, para la tranquilidad de todos. Por si les pasaba algo que les impedía de un día para otro ayudarlo, o para anticiparse a cuando fueran mayores y ya no tuvieran tanta fuerza. Si se esperaba, cuando lo necesitara quizás no habría plazas disponibles y no podría elegir dónde ir.

Con esto en mente, cuando lo llamaron para informarle de que había una plaza disponible, en 1997, Carles no dejó pasar la oportunidad. Aunque en ese momento se encontraba de viaje y aún tenía previstos más días fuera, optó por volver antes y asegurarse de que entraba. Una vez instalado, ya tendría tiempo para viajar.

Al entrar en la residencia, Carles hacía vida allí, porque entonces, en la parada de autobuses de enfrente, solo pasaba uno que fuera accesible, adaptado con una rampa. Aunque a veces lo cogía, no era muy práctico depender del mismo vehículo

tanto para ir como para volver. Solía preguntarle los horarios al conductor, pero se acuerda que alguna vez, había tenido que dejar pasar cuatro autobuses antes de que llegara el suyo.

Con el tiempo, la comunicación fue mejorando, y Carles empezó a hacer más vida fuera de la residencia. Se iba a la ciudad, donde quedaba con sus amigos, y también a otras ciudades, a Reus a visitar a su familia, a Barcelona o a Valencia. Además, desde la residencia también le ofrecieron una oportunidad de viajar muy atractiva, haciendo intercambios con usuarios de otras residencias. Si él encontraba a una persona de una residencia que quisiera quedarse los mismos días en la residencia de Carles, se intercambiaban. “Es una forma de viajar totalmente gratis”, cuenta, contento. Así ha ido a Mollerussa, Barcelona, Girona o Sant Feliu de Llobregat.

Con los compañeros de la residencia, Carles también se va de excursión. Desde hace quince años tienen una furgoneta que compró el padre de un residente que murió –aprovechando sus ahorros– y, desde entonces, ellos mismos eligen los destinos de interés y cada semana se van a uno o dos, repartiéndose los viajes, porque en el vehículo solo caben seis personas y en la residencia viven 31. Así, Carles ha ido a l’Ametlla de Mar, a Tortosa o a Port Aventura varias veces.

A Carles le encanta viajar, igual que a sus padres. “Lo que más me gusta es conocer lugares y gente nueva, observar y vivir el ambiente”, explica, “y comer bien, ir a restaurantes buenos, que ahora sí que puedo hacerlo”, añade con una sonrisa. Sus destinos favoritos son las grandes ciudades, donde hay mucho movimiento. “Me gusta el contacto con la gente”, declara, “a mí eso de la tranquilidad de la montaña y los pueblos pequeños no me va. Yo ya tengo suficiente tranquilidad”.

En un momento de la entrevista, coge el móvil y empieza a navegar por su galería de fotos. Tiene muchas de excursiones y viajes, una con una serpiente de 40 kilos en el cuello, con Leo Messi, llevando un gigante de Frida Kahlo durante la fiesta mayor de Tarragona, y de muchos cuadros, pues durante un tiempo, la pintura fue su afición. “Cuando llovía y no podía ir a ningún sitio me dedicaba a pintar. Hice más de 100 cuadros en cuatro años”, explica.

A lo largo de los años, Carles ha podido ir moviéndose con mayor libertad a medida que aumentaba la accesibilidad tanto en los medios de transporte como en los espacios urbanos. Después del accidente, recuerda que la situación estaba tan mal que a veces tenía que pedir ayuda en la calle para que alguien lo subiera en brazos. Pero, aunque ha habido muchas mejoras, cree que aún queda mucho por hacer.

En cuanto a las viviendas, se queja de que todo siga igual. Mientras que las zonas públicas de las ciudades como las aceras y los parques se han adaptado, no ha ocurrido lo mismo con los edificios. “Yo he dejado de ver a familiares cuando se encontraban mal o no he ido a fiestas de cumpleaños porque no eran accesibles”, lamenta. Y esto le sigue pasando ahora: “Aquí, en el barrio, tengo amistades, pero no puedo ir a casa de nadie”.

Respecto al transporte, declara, sobre los autobuses: “Los de dentro de las ciudades están muy bien, porque son de empresas públicas, pero el problema es el transporte de ciudad a ciudad. Para ir a Barcelona o a Reus hay que ir con compañías privadas, y están fatal”. Por otro lado, Carles no puede coger todos los trenes que desearía, porque no todas las estaciones son accesibles. Por ello, suele ir solo a las capitales.

Cuando Carles quiere coger un tren, tiene que planificarlo el día antes, porque tiene que llamar a la estación y decirle a qué hora lo cogerá, para que un trabajador lo reciba con un carrito elevador. Este se coloca al lado de la puerta del tren y se eleva hasta la altura del vagón, para que Carles entre o salga. “Estamos muy atrasados aquí”, lamenta, “porque si en cada tren la rampa fuera automática sería muy fácil. Podría subir y bajar en todas las estaciones sin tener que depender de alguien que me ayudara”. Para él, hoy el mejor medio de transporte es el tranvía de Barcelona, pues es accesible y, por tanto, puede cogerlo cuando quiera y por su cuenta.

Ante las limitaciones para moverse que se encontró desde que salió del hospital, Carles ni se conformó ni se quedó de brazos cruzados. Empezó a hacer activismo. Primero escribiendo cartas a los periódicos o contactando con el regidor de urbanismo de la ciudad, y poco a poco implicándose con distintas asociaciones. Pero Carles quiere dejar claro que su activismo no se limita solo a los derechos de las personas con discapacidad física.

“A mí me gusta estar en asociaciones que no sean solo de discapacidad, porque a nosotros no solo nos importa eso, nos importa todo”, explica. Lejos de limitarse a las dificultades a las que ha tenido que ir enfrentándose como persona tetrapléjica, demuestra que su compromiso va más allá de su situación, igual que su entusiasmo y sus ganas de disfrutar y compartir también se expanden más allá de las organizaciones para personas con discapacidad o la residencia.

Carles formó parte de la junta de la asociación de vecinos de San Salvador, donde asistía a reuniones semanales para organizar actividades para el barrio o la fiesta mayor, y participaba en la gestión de las reclamaciones que hacían los vecinos para

mejorar los espacios del barrio. Por otro lado, ahora es miembro de la comisión de accesibilidad del ayuntamiento, que se reúne dos o tres veces al año.

Si Carles es una persona resiliente, optimista y activa es debido, en buena parte, al apoyo que ha recibido de su entorno más cercano. “Me siento muy afortunado de la familia y las amistades que tengo”, asegura. Sin embargo, la otra parte ha sido gracias a su esfuerzo y a su actitud. “Yo soy muy positivo”, dice, con una sonrisa, “ahora me pongo medallas”.

Si hay un consejo que Carles quisiera dar a personas que se encuentren en una situación parecida a la suya tras su accidente, es “que se interesen por la vida”. Y con ello se refiere tanto a la vida personal como a su participación en la sociedad. “Que estés en una residencia no significa que tengas que dejar de interesarte por lo que está pasando en el mundo, por la política o las guerras, y que tengas que dejar de reclamar”, declara.

En el ámbito personal, recomienda estar siempre ocupado. “A mí lo que me gusta es salir afuera, coger el tren y el autobús e irme a alguna ciudad. Aquí se está muy bien, pero si puedo salir, mejor”, admite. Da igual si, como él, eres una persona abierta y sociable y quieres participar en un sinnúmero de actividades o si encuentras un hobby que sea tu pasión y le dediques todo tu tiempo. Lo importante es hacer.

Carles reitera también la importancia de adaptarse a todo lo que venga, por duro que sea, para impedir que pueda contigo. “Te tienes que coger a la vida tal y como viene. Tirar adelante y vivir lo mejor que puedas dentro de tus posibilidades”, sostiene, porque según él, “siempre hay cosas para aprender, cosas que te pueden dar alegrías, siempre hay un aliciente”.

Para encontrar los alicientes de los que habla, para Carles es importante tener libertad. “Aquí, en la residencia, todos somos distintos y cada uno hace sus actividades”, informa. “Puedes salir y volver a las tantas de la noche, puedes hacer los talleres o no, nada es obligatorio”, agrega.

Y además de la libertad, él va un paso más allá, porque considera que es importante atreverse a hacer cosas que le den miedo o, incluso, que sabe que pueden conllevar dificultades. “Yo podría quedarme en la residencia y hacer las actividades de aquí, porque saliendo me he encontrado con todo tipo de problemas”, reflexiona, pero eso nunca lo ha detenido, él prefiere arriesgarse. “Cuando salimos de la zona de confort es cuando empezamos a ver y a vivir”, concluye.



Josep Cabrerizo y Carme Fernández: una historia de amor

“Estábamos, estamos, estaremos juntos. A pedazos, a ratos,
a párpados, a sueños”.

Mario Benedetti



Josep nació con apenas siete meses en el Hospital Clínic de Barcelona. El médico le dijo a su madre “esto es tan pequeño que no vale nada”, pero la enfermera le dijo “señora, cójalo y póngalo entre dos ladrillos bien calientes con una mantita, y lléveselo a casa”. Ella le hizo caso, y todo fue bien. Ahora Josep, con 92 años, lo cuenta con mucho humor.

Los padres de Josep se conocieron en un baile. Él era viudo y tenía dos hijas pequeñas, le propuso a ella cuidarlas, aceptó y empezaron a salir. Estuvieron 25 años juntos, en los que tuvieron primero una hija y después un hijo, Josep. Sin embargo, cuando Josep aún era pequeño, su padre desapareció de su vida. Se fue de casa y abandonó a la mujer, a los hijos que había tenido con ella y a las hijas del matrimonio anterior. La madre se quedó sola con cuatro hijos a su cargo, hasta que se casó con el cuñado del exmarido. Y es a él a quien Josep siempre ha llamado padre.

La familia vivía en Montcada i Reixac, un municipio cerca de Barcelona. Un día se dirigieron al barrio de Gracia con la intención de cambiar los apellidos de Josep, que llevaba los de su madre, para incluir el apellido de su nuevo padre. Así, se llamaría Josep Pla, como el conocido escritor catalán, en vez de Josep Cabrerizo. Pero nunca lo consiguieron. Era 1936 y en ese momento estalló la guerra civil.

“Cuando llegaron los rojos, sacaban a las monjas y a los curas de los conventos, lo quemaban todo, y como nosotros vivíamos al lado de la carretera, veíamos los camiones llenos. Los llevaban al cementerio y los mataban”, explica Josep, de uno de sus primeros recuerdos de infancia en Montcada. “Todos los niños íbamos a verlo, nos poníamos detrás de la valla y cuando terminaban nos decían *quien quiera unos abrigos o unos zapatos, que los coja*”, agrega.

Tratando de huir de ese destino, un joven cura trató de escaparse y entró en casa de Josep. Cuando su madre descubrió que era cura, quiso ayudarlo y lo escondió, pero como su casa era muy pequeña, el único rincón disponible era la chimenea. “Es que no teníamos nada, íbamos a auxilio social a buscar comida”, puntualiza Josep. El cura estuvo con ellos ocho días, y entonces le pusieron ropa de mujer y se lo llevaron a casa de una de las hermanas mayores de Josep, que ya estaba casada y vivía con su marido en Barcelona.

“Pero entonces entraron los nacionales, “y pasó lo mismo” señala Josep con una carcajada. Exhibe su humor, más bien negro, y su carácter relajado y jocosos, quizás rasgos de supervivencia característicos de los que han vivido la desgracia desde pequeños, pero no se han dejado derrotar. “Cogían a los rojos, los llevaban al cementerio y también los mataban”, cuenta.

A pesar de la dureza de estos momentos, el que más impactó a Josep fue uno que lo tocó de más cerca. Tenía dos amigos que eran hermanos, que a su vez tenían dos hermanos mayores que se habían hecho atracadores. Cuando a estos los descubrieron, los mataron. “La familia quedó completamente destrozada, y a mí me impactó mucho”, asegura Josep. Entonces solo tenía diez años.

De aquellos tiempos, no obstante, también guarda buenos recuerdos. Por ejemplo, cuando acompañaba a su madre a la clínica Barraquer de Barcelona, a la que ella llevaba cada día dos canticos llenos de leche, y luego se quedaba allí trabajando, lavando ropa. O cuando se apuntó al club de excursionistas de Montcada. “Mi ilusión cada sábado era hacerme la mochila e irme a la montaña”, apunta. “He subido el Aneto, el Pedraforca, el Monte Perdido, todo el Pirineo catalán, y también he escalado”, añade. De hecho, a Josep le hubiera gustado continuar con esa afición, pero renunció a ella después de que un amigo suyo muriera mientras escalaba.

A los trece años, su madre lo mandó a vivir con su tío a Barcelona, porque allí era más fácil encontrar trabajo. Unos meses después, Josep estaba paseando por la Plaza Cardona del distrito de Sarrià-Sant Gervasi y vio un cartel en un taller mecánico que decía “falta aprendiz”. Con curiosidad, entró y dijo que estaba interesado en la oferta. El dueño, que era un austríaco, le hizo algunas preguntas y lo contrató.

En el taller, Josep arreglaba coches alemanes, como Hanomags o DKW. Recuerda que entre sus clientes había soldados e incluso altos mandos alemanes, que llegaban haciendo el saludo fascista y gritando “¡Heil Hitler!”. Durante los siete años que trabajó allí, de los catorce a los 21, fue durante un tiempo a clases nocturnas en la Escuela Industrial, y a los dieciocho años hizo el servicio militar.

Le tocó irse al pueblo costero de Gavà, y a diferencia de otros chicos que los fines de semana preferían volver a sus casas con sus familias, Josep decidió quedarse. Aprovechó su tiempo libre para ganar algo de dinero vigilando las tiendas de campaña de los que se iban, hasta que el sargento lo descubrió y le prohibió continuar. Entonces, no dándose por vencido, creó un equipo de gimnasio, y con eso también tuvo algunos ingresos.

Durante la dictadura, el cura que la familia de Josep había salvado de la muerte, se convirtió en abad de Poblet, y cuando la hermana de Josep necesitó un piso, porque con su marido tuvo cinco hijos, el abad le dio uno como muestra de su agradecimiento. En la fiesta de inauguración de la vivienda, Josep conoció a quien sería su futura mujer, Carme. Ella era de padres gallegos, aunque había nacido en México. En ese momento trabajaba de costurera con el sobrino de Josep. Hoy, Carme acompaña a

Josep en la entrevista. "La vi y dije, *jesta chica es para mí!*", exclama Josep entusiasmado.

En esa época, Josep trabajaba de taxista. "Con la puñetera desgracia de que cada vez que pasaba por algún lugar, la veía a ella", menciona con ironía. Pero a él no le gustaba ese trabajo, y cuando un amigo del centro excursionista le dijo que su jefe, el arquitecto Francesc de Riba i Salas, buscaba un mecánico de coches, Josep se apresuró a presentarse. Como tenía experiencia, Riba i Salas lo contrató, y Josep empezó a cuidar de sus coches. "Un Armstrong Siddeley, un MG...", recuerda, demostrando su conocimiento e interés automovilístico. Más tarde, el jefe le preguntó si también sabía arreglar grifos, y como Josep dijo que sí, también trabajó reparando baños y cocinas.

Josep era un buen trabajador y Riba i Salas lo apreciaba mucho. Por esto, cuando Josep le contó que quería casarse con Carme y que buscaba un piso como los que él tenía, en el que pudieran vivir y trabajar de porteros, él le respondió: "No, usted y Carme no son gente de portería. Busquen un piso, yo les pagaré la fianza y lo tendrán". Entonces, ellos encontraron un piso en las afueras de la ciudad. "Era precioso, se veía toda Barcelona y tenía cuatro habitaciones", explica. Allí nacieron sus dos primeros hijos, Emilio y Rupert. "Y a mí, entonces se me metió en la cabeza ir a Inglaterra, porque como yo reparaba coches ingleses... ¡*Cagundena!*", exclama.

Cuando Josep hacía de taxista, unos extranjeros olvidaron en el coche una revista inglesa en la que había un anuncio de una oferta laboral para mecánicos. Con la ayuda de un diccionario, Josep la tradujo y escribió una carta a la compañía, y para su sorpresa le respondieron interesados. Quizás, influyó el hecho de que Josep hubiera estudiado en la Escuela Industrial y conociera el sistema métrico inglés. En todo caso, hizo las maletas y se fue solo a Inglaterra, porque no le dejaban llevar a la familia hasta que no tuviera una casa. En unos meses, Carme y sus hijos se reunieron con él. Se instalaron en un pueblo en el condado de York y, al poco tiempo, ella se quedó embarazada de nuevo. Allí tuvieron a su hija Guadalupe.

"Era un pueblo muy bonito, de esos ingleses en los que pasa la carretera por en medio y hay casas adosadas a un lado y al otro, con patios de césped delante y detrás", describe Josep. Les gustaba tanto que, al principio, cuando tenían que coger el autobús para ir a comprar, esos autobuses típicos ingleses de dos pisos se sentaban en el de arriba para ver el paisaje de campos verdes.

En una ocasión, Josep y Carme estaban en sus asientos hablando en catalán, y empezaron a escuchar cuchicheos de los demás pasajeros, que se preguntaban de

dónde serían, porque su idioma no sonaba ni francés ni alemán. “Al final nos preguntaron *¿de dónde sois?*, y les dijimos *de Catalonia*, pero no lo conocían. En cambio, cuando dijimos Costa Brava, dijeron ¡ah, sí!”, relata Josep. Unos meses después, esto ya no pasaría, porque Josep y Carme ya eran conocidos en la zona. Y también en los autobuses. “Cuando llegaba tarde, yo corría y corría para cogerlo, y el conductor me esperaba. Me decía *¡come on, Joseph, come on!*”, ilustra.

Josep empezó a trabajar en la British Motors Company, arreglando motores de coches como el “Riley, el Hillman, el Morris, el Jaguar y el Rolls”, y al principio se sentía excluido. “A la hora de comer me hacían el vacío. Había doscientos trabajadores y había ingleses, escoceses e irlandeses, pero el único extranjero era yo”, contextualiza. Además, al principio no le gustaba nada la comida, “el *pudding*, el *fish and chips...*”, aunque al final se acostumbró. Al volver a casa, le contaba la situación a Carme y ella, decidida, le contestó: “No hay problema, tenemos el porrón y la botella de vino que nos trajimos. Te la llevas y a la hora de comer empiezas a beber”. Él siguió sus indicaciones, y bebiendo del porrón, empezó a atraer la atención de todos, hasta que no podían dejar de mirarlo. “Al final le dije a uno *ven, mira, inténtalo*, en español, aunque no me entendía”. “Y así se hizo amigo de todos”, asegura Carme, “¡hasta del manager!”.

En el pueblo, al principio tuvieron algún contratiempo con la policía debido a diferencias culturales. Cuando su hija era pequeña, por ejemplo, Carme solía dejarla jugar dentro de casa, en invierno, porque fuera hacía mucho frío, y entonces llegaba la policía y le decía que no podía encerrar a la niña. Al principio no entendían por qué, pero al final descubrieron que como allí había tanta niebla, en el interior de las viviendas faltaba aire, lo cual era perjudicial para los más pequeños. “Todos los niños estaban siempre jugando fuera, aunque cayera nieve, daba igual”, cuenta ella. “Y por eso los váteres también estaban fuera de la casa, para que no se quedaran los olores dentro”, añade Josep.

En otra ocasión, Josep habló con unas chicas de su empresa que trabajaban en el área de tapicería y que también hacían osos de peluche. Les preguntó si Carme podía confeccionar algunos muñecos en casa y aceptaron. Al día siguiente, Josep se los trajo, y a Carme le habían quedado tan bien que las chicas le dieron dos sacos con el material para que hiciera más. Pero entonces la policía les llamó la atención de nuevo. Les dijo que no podían hacer eso, porque Josep ya ganaba suficiente dinero para mantener a su familia, aunque Carme lo disfrutaba y quería continuar.

Con el tiempo, se fueron dando cuenta de que la policía allí era muy apreciada y respetada, y acabaron recibiendo su ayuda cuando, por ejemplo, Josep cogió paperas y como no podía salir de casa, no pudo tampoco poner una bombilla en su coche para la niebla, como hacían todos los vecinos cada noche. Carme no sabía hacerlo, y entonces los policías se ofrecieron a hacerlo por ella cada día hasta que Josep se recuperara.

La disposición a ayudar es uno de los rasgos que Josep y Carme destacan de sus vecinos en Inglaterra y de los ingleses en general, al menos basándose en su propia experiencia. Otro es la amigabilidad, pues desde el inicio se sintieron muy bienvenidos y los invitaron a todo tipo de planes, aunque a veces eran distintos a los que estaban acostumbrados. "Allí todo el mundo iba a los pubs, y nosotros éramos más de tomar cerveza en casa", ejemplifica Josep. "Y nosotros pudimos ahorrar mucho, porque no fumábamos. Esa gente fumaba unos dos paquetes diarios, ¡era espectacular!", añade.

La hospitalidad del lugar se hizo patente desde el primer momento. La familia se instaló en una casa pequeñita y sin baño en la parte baja del pueblo, y en la primera nevada que vivieron allí, alguien llamó a la puerta. Eran unos vecinos que les traían un balde de carbón. Al cabo de un rato, llamaron otra vez; eran otros que les traían un abrigo. Y después otros, que les traían una manta. Y otros, que les traían unas botas...

Cuando nació su hija, recibieron la visita de dos funcionarios del ayuntamiento, que les preguntaron si querían quedarse en su área o irse a vivir a la parte alta. Ellos optaron por la segunda opción, y les dieron una casa de protección oficial de dos pisos. "Con tres habitaciones, un salón grandioso, un cuarto de baño con una bañera, otro con un váter y un jardín. Era muy, muy bonito", explica Josep.

Durante una jornada laboral de Josep, un cubo de gasoil se inflamó, y mientras sus compañeros salieron del edificio de inmediato, él no pudo porque estaba debajo de la fosa de un coche. "Entonces, cogí un palo bien grande y con unas tapas empecé pam, pam, pam, y apagué el fuego", cuenta con tranquilidad. Aunque se quemó un poco la mano, el pelo y las cejas, salió ileso del accidente, y los gerentes de la empresa le agradecieron su valentía dándole ocho días de vacaciones. Por su parte, los vecinos del pueblo les hicieron numerosos regalos. "Una lavadora muy buena, una tele, una jaula con dos periquitos y un piano, ¡y nosotros no sabíamos tocar el piano!", suelta. "Y un caballo de juguete muy bonito", añade Carme, "los niños se volvían locos y se peleaban para utilizarlo, pasaron con él muchas horas".

Tras siete años en Inglaterra, le propusieron a Josep irse a trabajar a una sucursal de la misma empresa en Australia. Él aceptó con la condición de poder ir a España antes, para despedirse de la familia, pues si se iban a vivir tan lejos no sabían cuando iban a volver, y en la empresa estuvieron de acuerdo. Sin embargo, los planes cambiaron cuando ya en Barcelona, Josep se encontró a un antiguo amigo que era banquero. Este le propuso montar un taller de reparación de coches en la ciudad, aprovechando que Josep tenía experiencia con los vehículos ingleses, porque el modelo Mini acababa de llegar a España.

Ante el dilema de si aceptar o no, Josep llamó a Inglaterra y desde allí le dieron tres meses para decidir si se quedaba en Barcelona o si quería volver a trabajar con ellos e irse a Australia. Pero en esos tres meses ya tenían el negocio en marcha, y les iba tan bien que duró 15 años. "Funcionó, y nos compramos un piso y un terreno, que le regalé a ella para su santo. Pero entonces el banquero hizo un desfalco y nos quedamos arruinados, con una mano delante y otra detrás, ¡y con cuatro criaturas!", lamenta. Entonces ya había nacido su cuarto hijo, David.

Cuando Josep lo cuenta, Carme afirma que antes de que el hombre estafara a Josep, ella ya sospechaba que algo iba mal, pero sugiere que su marido, confiado y de buena fe, nunca lo supo ver. "Cuando te pegas un trompazo así, te quedas desmoralizado", reflexiona él, poniéndose serio. "Pero ella ha sido muy fuerte. Cuando lo perdimos todo puso los cojones encima de la mesa y dijo *venga, ¡a empezar de cero!*", agrega. "Tú te arrugaste, ¡pues arrúgate! Pero para esto estoy yo aquí", corrobora Carme, con ímpetu. "No tiene un carácter español, ¡sino de gallega mexicana!", añade Josep. Ella le responde "¡zumbado!", y los dos se ríen.

Gracias a la recomendación de un amigo abogado, Josep puso las propiedades a nombre de Carme, y así no las perdieron, aunque se quedaron sin dinero. Entonces, un cliente de Josep también les ayudó, proponiéndoles irse a una casa que él tenía en el Pirineo, a más de 1.000 metros de altura, para que cuidaran de sus caballos.

"Como estábamos en la miseria, dijimos *venga, va*, y nos fuimos a una granja con animales, ¡pero no teníamos ni idea de cómo cuidarlos!", declara Josep. "Los caballos daban unas patadas, la madre que me parió...". Sin embargo, un mes después de llegar, afirman que los caballos incluso les daban besos. "Les pusimos nombres y todo. Estaba María Dolores, Lolo...", recuerda Josep. "Por la mañana los limpiábamos y luego en la mesa de la cocina les poníamos un terrón de azúcar, un trozo de manzana y un trozo de pan con mantequilla, y ellos entraban, se lo comían y se iban. Era espectacular", cuenta.

Al cabo de siete años allí, su hijo Rupert, que Carme describe, bromeando, como “el follonero número uno”, les propuso vender el piso que tenían y montar un restaurante en su terreno, que estaba en Bonastre, un pueblo de la comarca del Baix Penedès. Empezaron el proyecto desde cero, pero aseguran que les quedó un local precioso, y el restaurante fue tan exitoso que en la cocina llegaron a trabajar siete personas. “Hacíamos *calçotadas* y yo hacía el romesco como me había enseñado una señora mayor”, explica Josep, “y me salía tan bueno que otros restaurantes me lo venían a comprar a mí”. Allí, su hijo Rupert era el *maître*, Emilio trabajaba en la barra, y David hacía de camarero. El negocio duró 26 años, hasta que Josep y Carme decidieron dejarlo, porque ya eran mayores, y lo vendieron. Entonces se compraron un piso en Tarragona, y allí vivieron dieciocho años, hasta que casi tuvieron un accidente.

Iban en coche, Josep conducía, y justo en el momento en el que una señora cruzaba el paso de cebra de enfrente con un niño, la pierna le falló y frenó de golpe como pudo. La señora gritó asustada, y él también estaba aterrado. “Llegamos a casa callados como mulas”, asegura Carme. Allí, ella le dijo a Josep “esta reacción que he visto hoy no la quiero volver a ver jamás”, cuenta, “solo de pensarlo se me pone la piel de gallina”. “Entonces dije *que me pase algo a mí me da igual, pero no quiero hacer daño a nadie*, y vendimos el coche”, añade Josep, mostrando su pierna, que hoy le sigue dando problemas. “Yo la quería cortar y sacármela de encima”, bromea para meter un poco de humor en el asunto. Poco después, Josep y Carme se fueron a vivir a la residencia en la que hoy nos reciben, en Roda de Barà.

Después de tantos años, los mejores recuerdos de la pareja son de su experiencia en Reino Unido. “Los ingleses son muy señores, si los respetas, te respetan”, reflexiona Josep. Y es que los dos se sentían muy apreciados allí. “La gente era tan buena que nos sentíamos mejor que en España”, confiesa Carme, quien cree que eso se podía deber a que ellos eran la única familia extranjera en el pueblo y que sus vecinos nunca habían salido de Inglaterra. “Eran totalmente reacios a cruzar el canal de la Mancha. ¿Los ingleses saliendo? Nunca, nunca”, asegura Josep.

Carme añade que allí había un sentido de comunidad entre vecinos que ella nunca vivió en España, y quizás por todos estos elementos, cuando decidieron irse de allí no quisieron hacer una gran despedida, pues hubiera sido muy dolorosa. “Les dijimos que nos íbamos de un día para otro”, cuenta Josep. “Pero muchos vecinos amigos nos vinieron a visitar luego a España”, añade.

Por el contrario, Josep y Carme nunca quisieron ir a visitarlos a ellos porque no querían volver al pueblo. “Si volvía a ir, me quedaba”, manifiesta él. A Carme, en

cambio, le hubiera gustado irse a Australia. "Yo estaba enfadada, porque si hubiéramos ido hubiera sido otra historia de vida", opina. Aun así, lejos de lamentar el pasado, la pareja se siente feliz con todas las experiencias que han vivido, y también con la vida que tienen hoy.

"Aquí estamos de fábula", afirma Carme. "Estamos cien por cien contentos y felices", ratifica Josep, antes de añadir con orgullo: "Llevamos 68 años juntos y no nos hemos separado nunca". Y Carme agrega: "Y seguimos disfrutando los dos como si fuéramos dos criaturas". Su compenetración es fruto de décadas de convivencia, pero en su relación parece que no haya pasado el tiempo.

"A esta, yo creo que llega una guerra y le tiran una bomba y no la matan", bromea Josep, "está operada a corazón abierto, de cáncer de colon, de los ojos, de todo... ¡Y es más fuerte que una roca!". Por su parte, Carme cuenta que sus hijos aún le piden a su padre que cuente historias y anécdotas, como hacía cuando eran pequeños.

Después de haber vivido tanto y sintiéndose tan satisfechos con ello, Carme y Josep pueden ser, en algunos aspectos, un ejemplo para las nuevas generaciones. "Si quieren una experiencia como la nuestra, será una experiencia de personas normales y tranquilas, que quieren a sus hijos y que se quieren el uno al otro, y que no quieren nada más que ser felices con lo que tienen. Con eso es más que suficiente", concluye ella.



Luis Rosendo: historia de una pasión

“La pasión no es ciega, es visionaria”.

Stendhal



Luis Rosendo nació hace 76 años en Puebla de Cazalla, un pequeño municipio de la provincia de Sevilla conocido por ser el lugar de nacimiento del intelectual, periodista y crítico de arte José María Moreno Galván, que era su tío. Pero no fue Moreno Galván el tío que cambió la vida de Luis, ya que este se mudó e hizo vida en Sevilla, sino otro, Santiago. Él le transmitió el interés por el mundo de la electrónica y la radio, con tal intensidad que Luis se acabó dedicando a una profesión relacionada y muy especial, la de sonarista.

La madre de Luis era de Puebla de Cazalla y el padre, de Cádiz. Después de casarse se fueron a vivir a Cádiz, donde él trabajaba de administrativo en la Zona Franca y ella se ocupaba de las tareas del hogar y de cuidar a los hijos, seis hermanos de los que Luis era el mayor. Como no era fácil mantener a una familia tan extensa, a menudo recibían ayuda del abuelo, que trabajaba en un banco en Puebla de Cazalla y que se encontraba en una mejor situación económica. “De vez en cuando mi abuelo venía a Cádiz y aprovechaba para saludar a la gente que conocía allí. Entonces se llevaba a alguno de mis hermanos y a mí. Estuve viviendo con él en el pueblo y con mis tíos durante varios periodos”, explica Luis, que habla con calma y suavidad, dos cualidades que transmite desde el primer instante en que nos conocemos.

Luis fue a una “miga”, diminutivo popular que hace referencia a las “escuelas de amigas”, una especie de guardería regida normalmente por mujeres mayores y solteras, en sus propias casas, que daban respuesta a la escasez de escuelas de la época. Eran tantos los niños y niñas que acudían allí, que tenían que traerse sus propias sillas de casa.

Más tarde, empezó a estudiar en un colegio de la Falange llamado José Antonio Primo de Rivera porque su padre conocía a quienes lo regentaban. Luis fue el único de los hermanos en acudir allí, aunque los otros, menores, fueron a la guardería en un edificio localizado en la misma parcela. Y eso le causó un gran impacto. “Yo veía a mis hermanos y estaban mejor que yo, porque ellos fueron a colegios normales. En el mío se respiraba un ambiente más rígido”, recuerda.

Su escuela era un lugar muy representativo, simbólicamente, de los años de la posguerra, porque muchos de sus compañeros eran huérfanos que habían perdido a su padre en la guerra. Además, la escasez material era habitual en esos tiempos, especialmente en una ciudad tan cerrada como Cádiz. Pero Luis asegura que lo poco que había se compartía entre todos. Ejemplo de ello es que cuando en su escuela se construyó una zona deportiva, recibieron a niños de la ciudad que no estudiaban allí para que pudieran disfrutar del espacio. Entre estos, un grupo que llamó la atención de

Luis fue el de estudiantes del seminario. Con el tiempo, acabó haciéndose amigo suyo y conociendo cuán diferente era su vida académica, hasta llegar a la conclusión de que quería unirse a ellos.

Cuando tenía alrededor de diez años, Luis informó a la directora de su colegio que quería ser seminarista, y ella reaccionó encantada porque que saliera un seminarista de su centro era una gran noticia. Con el deseo de llegar a ser cura algún día, y el apoyo del padre Vallejo --“un tío fabuloso”, de la Parroquia de Nuestra Señora de Lourdes en el barrio de Puntales-- Luis se presentó al examen de acceso del seminario, aprobó y entró. Su madre y su abuelo, que eran muy religiosos, no podían estar más contentos.

Cuando Luis tenía trece años, mientras estudiaba, empezó a trabajar con su tío Santiago, hermano pequeño de su madre, quien reparaba aparatos electrónicos, sobre todo radios. Este tenía un problema de visión, y como no podía realizar ciertas tareas, necesitaba ayuda de otra persona. “Íbamos a casa de alguien equipados con una caja de zapatos llena de herramientas. Entraba yo primero para ver donde estaban las habitaciones, el salón y la cocina, y la persona me enseñaba qué teníamos que arreglar”, relata Luis. Entonces, era el turno de su tío. “Su problema de visión no le impedía meterse en todo lo que fuera técnico, reparaba todo tipo de aparatos”.

Luis recuerda, en ese tiempo, escuchar maravillado el Carnaval de Cádiz o las radios que sonaban desde los balcones de las casas. Su tío Santi le estaba transmitiendo su pasión por la radio, y él empezó a aficionarse por ese mundo como algo más que un trabajo. Cuando terminaba la jornada, empezó a acudir a casa de su tío, que vivía con su hijo, y allí seguía aprendiendo. Y de paso, también se divertía un poco. “Era un gamberro, de él aprendí a fumar con papel de embalar”, comenta con simpatía.

Lo que más sorprendía a Luis de su tío no era solo su gran habilidad a pesar de su dificultad visual, sino también su gran capacidad de aprendizaje. Este recibía en casa unos folletos, de un curso de formación por correo de la Escuela Radio Maymo, con los que estudiaba minuciosamente las últimas novedades en tecnología. Observándolo, Luis se dio cuenta: “Mi tío Santi me estaba convirtiendo en lo que yo quería ser”. En ese punto, ya estaban todo el tiempo juntos, menos cuando Luis estaba en clase. La radio había ganado terreno en su prioridad de intereses, desplazando sus aspiraciones religiosas.

Durante los guateques que se hacían en Cádiz en el marco de las misiones, Luis montó varias radios y altavoces para los festejos. Allí confluían dos mundos, el

religioso y el festivo, pero más allá del objetivo de los eventos, que era captar a nuevos adeptos, de lo que se sentía orgulloso Luis era del buen recibimiento que tuvo su trabajo, y de cómo este le permitió conocer a personas nuevas y hacer amigos de fuera de su barrio.

“Estar en el seminario era como abrirse a una carrera religiosa, pero yo lo concebía de otra manera. Me gustaba la catequesis y el movimiento parroquial que se creó en Cádiz con las misiones, pero porque era joven e iba con la pandilla a la playa, a comer pescado frito”. En cambio, el seminario era “como una universidad donde tenías que aprender latín y griego”, añade. Al final, decidió dejarlo.

A pesar de ello, Luis valora muy positivamente esos años de aprendizaje. “Fue una experiencia muy buena, sobre todo con los seminaristas mayores, osea, a los que les faltaba poco para convertirse en curas y ya tenían un gran bagaje”, explica.

Luis considera que la época de su juventud fue muy interesante tanto a nivel religioso como a nivel político. Por ejemplo, recuerda la polémica que hubo a finales de la dictadura con Antonio Añoveros, el obispo de Cádiz “que provocó la mayor crisis entre la Iglesia y el franquismo”, según lo definen en un antiguo artículo de *El País*. “Querían sacarlo de España, y cuando eres joven estas cosas te impactan”, recuerda Luis, refiriéndose al conflicto que surgió tras las declaraciones del religioso, de postura demócrata, en las que reivindicaba el derecho de identidad del pueblo vasco. El presidente del Gobierno de entonces, Carlos Arias Navarro, quería expulsarlo del país, pero finalmente, tras la intervención del Papa y Franco, se retractó. Y años después, ya en democracia, recuerda también que uno de los condenados por el golpe de estado del 23 de febrero de 1981 cumplió su condena en la zona marina de Cádiz, al lado de donde él iba siempre a bañarse en la playa.

Recién cumplida la mayoría de edad y con el sueño de dedicarse a su pasión, la radio, Luis decidió presentarse al examen de entrada para la escuela de la Marina con la intención de convertirse en radiotelegrafista. El día de la prueba, se encontró con 300 chicos más, la mayoría también jóvenes y se sintió intimidado. Sin embargo, estaba convencido de que su tío lo había preparado muy bien y de que tenía suficientes conocimientos para aprobar. Y tenía razón.

Después del examen, cuando le preguntaron en qué área quería especializarse, dijo que quería ser telegrafista, y para su sorpresa le respondieron que para lo que valía era para ser sonarista. Luis no tenía ni idea de qué significaba el término. “Yo no sabía

que era, pero pensé *debe ser mejor que andar con las cajas de cartón buscando donde trabajar*", apunta. Así, incrédulo, preguntó "¿y yo valgo para eso?", y la respuesta fue "pues sí, uno de los mejores resultados ha sido el suyo". Siete de los 300 jóvenes que habían hecho el examen fueron seleccionados para convertirse en sonaristas, y él era el tercero con mejor nota. Cuando terminó el periodo de estudio, un año después, fue además el mejor de la promoción. La suya era solo la cuarta promoción de sonaristas, con lo cual se trataba de una posición aún muy reciente.

Los buenos resultados de Luis se debían al aprendizaje técnico adquirido con los años, gracias a su tío. Pero también se dio cuenta de la validez de la formación musical que recibió en el seminario. Allí hacía clases de música a diario, y aprendió solfeo, a cantar y a tocar la guitarra. "Los sonaristas necesitamos un oído musical muy fino", enfatiza.

En la Marina, Luis profundizó sus conocimientos de electrónica y destaca también el aprendizaje del código morse. Además, como parte del entrenamiento constante que requería para seguir mejorando su capacidad auditiva, cuenta que se pasaba horas y horas escuchando unos discos estadounidenses con sonidos reales de submarinos. Con estos, se acostumbraba al ruido y aprendía a detectar sus distintos matices, como si fuera una de las melodías que estudiaba en el seminario. Se acuerda de su profesor, quien lo aficionó a la música, algo que "a veces cuesta más trabajo que el propio estudio de la música", sostiene.

Cuando le pregunto por el ambiente de la Marina, Luis no se muestra especialmente entusiasmado. "Hombre, es un ejército y hay una parte militar que había que hacer, pero era para seguir avanzando", justifica. Y efectivamente, avanzó, porque al ser el número uno de su promoción pudo elegir su lugar de destino y optó, claro, por Cádiz. En su ciudad se encuentra la Base Naval de Rota, la más grande de España, que es utilizada desde 1953 por Estados Unidos, y allí vivía entonces su novia, que así pudo convertirse en su mujer. Después de casarse, tuvieron tres hijos. Lo resume fácilmente y con una sonrisa: "Todo salió perfecto".

De su día a día en el trabajo, Luis recuerda: "Hacíamos maniobras con los submarinos. Por la mañana los americanos nos atacaban a nosotros con las corbetas y por la tarde era al revés, y así cogíamos práctica". Pero en realidad, la mayor parte de su jornada laboral transcurría en una sala llena de pantallas y equipos electrónicos. Con la satisfacción de quien disfruta de su profesión, nos habla también de la tecnología de los submarinos, de cómo se detectan y de cómo se establecen las comunicaciones, todo a través del sonido.

Ser sonarista no solo es un trabajo que requiere mucha formación, concentración y minuciosidad. También implica una gran responsabilidad. “Es el sonarista el que le dice al oficial de mando lo que tiene que hacer”, precisa Luis. Y no al revés. “Y por eso sabes que no te puedes equivocar”, agrega. Como ejemplo de ello, a su cuñado, que también era sonarista, se le escapó una vez, sin querer, durante las comunicaciones, un dato que no podía revelar y lo penalizaron.

Quizá debido a esta presión, Luis reconoce que los primeros días de trabajo estaba nervioso, pero poco a poco se fue acostumbrando, y aprendiendo a disfrutar de los momentos en los que le reconocían el trabajo bien hecho. ¿El mejor? Cuando le había dado toda la información necesaria al oficial y este tomaba el control y lo felicitaba. Después, al final de la jornada, salía a comprarse un bocadillo y en el bar sus compañeros le recibían animados, mostrando su aprecio. Y es que en cada guardia había un solo sonarista que, por tanto, era conocido por todos. “Era algo muy especial”, valora.

En casa, después del trabajo, Luis no descansaba sus oídos. Era amante de la música clásica y su sinfonía favorita es la número nueve del compositor checo Antonín Dvořák, también conocida como la Sinfonía del Nuevo Mundo. Cuando lo cuenta, asegura que la música clásica es el único género que le gusta, pero al cabo de un rato acaba observando que quizá, en realidad, su favorito es el de los submarinos. En el fondo, se podría decir que ha dedicado su vida a la música, porque el sonarista trabaja “ni más ni menos que con la música que un submarino suelta para saber dónde andas tú, y si tú eres de la Marina, para saber de dónde te llama él”, opina.

Una de las experiencias que Luis recuerda con más cariño es el año en el que trabajó en un buque-escuela en la ciudad californiana de Long Beach. La embarcación era un regalo de Estados Unidos para España, por lo que el trabajo consistía en adaptar el barco para la Armada española.

Allí, Luis era el supervisor de sonar, y recuerda al hombre que tenía el mismo cargo en Estados Unidos, con quien tenía muy buena relación. Este le daba repuestos siempre que los necesitaba o llegaba por las mañanas con una taza de café para él.

Los sábados y los domingos tenían lugar las “jornadas de hermandad” y se organizaban partidos de fútbol. De estas, a Luis no se le ha olvidado que el comandante americano, un hombre ya viejo, pero muy fuerte, porque también era gimnasta, era todo lo contrario al comandante español, también mayor, pero en peor condición física. Cuando los jugadores españoles trataban de sacarle la pelota al primero, no lo conseguían, pero cuando la situación era inversa, aunque los jugadores

americanos podrían haberle sacado la pelota al comandante español fácilmente, no lo hacían por respeto. "Allí tenían un concepto de respeto muy distinto al nuestro", asegura.

Otra diferencia cultural entre España y Estados Unidos que descubrió en ese viaje fue sobre la concepción de disciplina, que sostiene que allí era mucho más severa. "Si hacías algo mal, el arresto más grave podía ser quitarte la categoría por meses o incluso un año. Para nosotros no pasaba eso, nosotros podíamos incluso pegar al comandante", cuenta. "Eran disciplinados y mucho más serios que nosotros, eso hay que reconocerlo", admite.

Ser sonarista le permitió a Luis conocer y aprender sobre otros países, aunque no siempre de la mejor forma. Recuerda simpático, cómo, por ejemplo, cuando trabajó en los barcos que patrullaban los pesqueros para detectar a los que cruzaban el límite marítimo, cerca de Cádiz, "los japoneses y los italianos siempre daban mucho trabajo, porque siempre se pasaban". Pero lo que más valora son las oportunidades que ha tenido de viajar. Un viaje a Marruecos fue para él muy especial, pero curiosamente, el mejor fue en su propio país, a Canarias, porque fue el primero. "Fue como mi bautizo en el mar", recuerda, "fue muy bonito, porque en los pueblos nos trataban muy bien". Cuando llegaban al puerto, se encontraban con grupos de chicas que habían venido en bicicleta para recibirlos, cargando sacos de plátanos para regalárselos.

Como es lógico, a la gente alejada del ambiente militar le sorprendía el trabajo de Luis, que nunca dejaba indiferente a nadie. En su familia, causaba opiniones dispares. "A mi padre le gustaba que fuera militar, pero a mi madre no, como pasaba con todas las madres", dice. De hecho, la suya, preocupada, le preparaba bolsas de comida para los días que salía a navegar, para que no pasara hambre.

El mayor orgullo de Luis respecto a su trabajo fue convertirse en supervisor de sonar, un cargo que normalmente tenían los sonaristas más antiguos y con más conocimientos, como era su caso. Estaba a cargo de un equipo de seis personas, y lo que más destaca del rol es el ambiente de compañerismo y que los demás contaban con él para cualquier problema y valoraban su confianza.

Cuando valora su trayectoria laboral, Luis se muestra satisfecho, pues entró en la Marina con la vocación de dedicarse a la electrónica con un profundo bagaje de intereses y conocimientos, tanto adquiridos en la escuela como gracias a su tío. Y quizá por ello, afirma: "Yo siempre vi ese trabajo como algo muy propio". "Nunca

hubiera imaginado que trabajaría de eso”, admite, pero concluye: “Me encantó. Fue muy completo, los sonaristas tienen que saber mucho de todo, y eso me llenó”.

Con todo, Luis hace también valoración de su trayectoria vital con la consciencia de que los intereses y los deseos cambian, desembocando, cada cierto tiempo en nuevas etapas de vida. Como ocurrió en su juventud, cuando decidió cerrar su etapa en el seminario, también sintió que llegó el momento de cerrar la etapa en la Marina. “Ya no aguantaba, era muy intenso”, expresa. Lo que quería entonces era un estilo de vida más tranquilo.

Un día, un antiguo compañero de colegio le habló a Luis de una empresa de ofimática llamada Gispert en la que buscaban personal. Él se presentó, lo seleccionaron, y allí se hizo especialista en las máquinas de impresión Offset, que habían llegado a España hacía poco desde Estados Unidos y eran muy complejas. Su trabajo consistía en viajar de punta a punta del país para cambiarlas o repararlas. Incluso volvió a la Base Naval de Rota, pero esta vez con un objetivo muy distinto.

Desde la residencia en Salou en la que ahora vive, Luis se muestra agradecido con las oportunidades que ha tenido, sobre todo la de haber podido hacer de su mayor interés durante la adolescencia su profesión, algo nada fácil de conseguir. Por ello, nadie como él puede remarcar con tanto empeño la importancia de dedicarse a lo que a uno le gusta. “Cualquier trabajo es bueno”, declara.

Para nuestra sorpresa, sin embargo, antes de terminar la entrevista nos habla de una faceta suya que no conocíamos, y su declaración nos lleva a la conclusión de que el trabajo, aunque es muy importante, no lo es todo. Lo que más importa es disfrutar de lo que hacemos, sea trabajo o no. Y es que Luis revela, con gran entusiasmo, que una de sus mayores aficiones es el toreo. En el seminario, tenía un compañero de clase cuyo padre era dueño de una enorme finca en la que tenían toros, y el chico solía invitar a Luis y a otros estudiantes a su casa para que pudieran practicar con los animales. “Tengo una foto”, informa orgulloso, “está en mi habitación”.



Baltasar Virgili: la historia de un modernista

"Se puede dividir a los hombres en dos grupos: los hombres de palabras y los hombres de acción. Yo soy de los segundos".

Antonio Gaudí



Baltasar Virgili nació el 1 de agosto de hace 92 años con su hermano mellizo, Pere, en Roda de Barà, donde siempre ha vivido y donde también nacieron sus padres. “Antes había unos 700 u 800 habitantes, y ahora hay más de 6.000. Todo esto eran campos de algarrobos”, explica desde su casa, decorada con coloridas piezas hechas con trencadís, la técnica que se convirtió en su *hobby* después de jubilarse.

En su infancia vivía en otra casa, en la Plaça dels Pins, que ahora es el centro del pueblo. Su padre era “paleta” y la construyó durante largas noches de trabajo. Además de su hermano gemelo, Baltasar también tenía dos hermanos más. “Todos chicos y volcados en el mundo de la construcción, como mi padre”, declara.

Cuando terminó la Guerra Civil, Baltasar tenía nueve años, y su padre trabajaba de lo que podía, arreglando goteras o haciendo revoques en viviendas de la zona. “Había tanta miseria y tanta hambre...”, lamenta, por lo que él y sus hermanos solo pudieron hacer estudios primarios. “Nos dijeron chicos, las cosas están así, ¡a trabajar!”, recuerda. A los catorce años empezó como peón, y poco a poco fue especializándose.

Para aprender, Baltasar trabajaba durante el día y estudiaba intensamente por las noches, a través de cursos por correspondencia, “los fundamentos, desde el suelo hasta la última teja, cómo hacer los cálculos de resistencia o los presupuestos desglosados de una obra”, comenta. Sus notas eran de sobresaliente.

El padre de Baltasar trabajaba de paleta en la finca de Mas Carreras, que empezaba en la carretera nacional N-340 y llegaba hasta el mar, y que tenía una masía y una capilla. Cuando lo llamaban para hacer algún arreglo o reforma, avisaba a los mellizos para que lo acompañaran y los tres se iban hacia allí en bicicleta.

Esa primera experiencia no fue una oportunidad de aprendizaje cualquiera, porque el padre de Baltasar trabajaba en la finca bajo las órdenes de Josep Maria Jujol, el arquitecto modernista conocido por haber sido discípulo y colaborador de Antoni Gaudí. Y es que Jujol era amigo de los dueños del Mas Carreras. “Tuve mucha suerte”, observa Baltasar. En la actualidad es el único superviviente que trabajó con él.

Gaudí y Jujol hicieron juntos partes de la sala hipóstila del Parc Güell, las barandillas de La Pedrera y el revestimiento de cerámica de la fachada de la Casa Batlló, y Jujol también participó en la construcción de La Sagrada Familia. Por su cuenta, dos de los trabajos más conocidos de Jujol son el santuario de la Mare de Déu de Montserrat de Montferri y la urbanización de la Plaça d'Espanya de Barcelona en el marco de la Exposición Internacional de Barcelona de 1929.

Cuando Baltasar y su hermano conocieron a Jujol, ellos eran aún niños y él ya era muy mayor, pero la diferencia de edad no impidió que Baltasar quedara asombrado con aquel hombre. Presume de haber compartido mesa con él, porque los dueños de la finca, que no tenían hijos, a veces les invitaban a quedarse a comer para que al mediodía no tuvieran que volver a casa.

“Era un hombre que daba mucho ánimo y confianza, y eso me hizo coger ilusión por mi oficio”, cuenta. “Una persona dulce, encantadora, educada, que todo lo pedía por favor”, agrega. Con él, se acuerda de haber trabajado en varios monolitos a la entrada de la finca, con todo tipo de materiales, y muchos reciclados, como piedras del campo o chapas de latas de Coca-Cola y cerveza. “ ¡Era un manitas!”, exclama.

Baltasar cuenta una anécdota sobre la construcción de la capilla. “Entonces no había grúa y todo se tenía que hacer a base de fuerza bruta”, contextualiza. “Teníamos la imagen de mármol blanco que había esculpido un escultor de Tarragona, que pesaba mucho y entre muchos la pusimos en su lugar, pero cuando deshicimos el andamiaje la señora Carreras, que estaba sentada con Jujol en un banco, mirando, dijo *no me gusta la mirada*”, relata. “ ¿Y qué tenemos que hacer? ¿Volverla a bajar? Si nos hemos jugado la vida para subirla...”. Entonces Jujol propuso cortarle la cabeza a la estatua y hacer otra con una mirada distinta. Pero el segundo intento, a la mujer tampoco le gustó. Tuvo que haber un tercero para que estuviera contenta. “Ella estaba cargada de puñetas y manías”, critica Baltasar, riéndose. Hoy, esa capilla es patrimonio municipal, pero la masía de Mas Carreras fue derribada y muchas piezas de Jujol desaparecieron.

Más adelante, Baltasar empezó a trabajar en la pequeña empresa que su padre creó, llamada Construccions Virgili, y con el tiempo esta fue creciendo, hasta el punto de que llegaron a tener 114 trabajadores. “Teníamos cerrajeros, lampistas, carpinteros... Todo menos yesistas y pintores”, enumera. Allí, Baltasar y su hermano fueron directores, otro hermano fue responsable del área de carpintería y el otro, transportista.

A medida que el negocio familiar crecía, fue ganándose un buen nombre, y clientes reconocidos a escala internacional les encargaron construir viviendas. Hicieron chalets para personajes tan variopintos como Silvio Berlusconi, Roger Federer, Pep Guardiola, el director de la fábrica Mercedes Benz de Stuttgart, el presidente del consejo de administración de Damm, el médico de cabecera del rey de Arabia Saudita o el ingeniero que coordinó la captación de petróleo en el Delta de l'Ebre.

Con el carácter extrovertido de Baltasar, no es de extrañar que hiciera amistad con muchas de las personas para las que trabajó. "En verano, prácticamente cada día teníamos una cena o una fiesta", asegura. A él y a su hermano los invitaban a un sinfín de eventos, tantos que incluso llegaron a repartírselos. "Hoy vas tú y mañana voy yo", recuerda que decían.

Algo que Baltasar agradece de su profesión es justamente que le abriera las puertas a conocer a tanta gente tan interesante. Emilio José, el cantante que ganó el Festival de Benidorm, que primero fue su cliente y después su amigo, una vez le dijo: "Si la riqueza de una persona se valora por la cantidad de amigos que tiene y que sabe conservar, eres de los más ricos que conozco".

En cuanto a su proceso de trabajo, para Baltasar la mejor parte era, sin duda, terminar los proyectos. Se acuerda de cuando observaba la obra ya acabada, por un lado, porque era cuando sentía que había satisfecho al cliente, pero también porque sentía que había dejado su huella. Después de tanta dedicación, el premio eran construcciones de utilidad y que perduraban en el tiempo.

"No sé si es pedantería, pero yo conocía muy bien mi oficio", suelta, antes de contar que en 1963 se presentó a un concurso de destreza organizado por el Sindicato Nacional de Arquitectos de Madrid. En este, él y su ayudante hicieron el mismo ejercicio que el resto de participantes, del que no tenían información antes de llegar, y para el que no podían tardar más de cuatro horas. Cuando el jurado valoró los trabajos, según criterios como las medidas, el ahorro de material o la limpieza, consideraron el suyo tan bueno que les dieron el segundo premio.

De todos los trabajos que ha hecho Baltasar, su favorito es de los más pequeños en cuanto a volumen, pues se trata de la construcción de una pequeña capilla en San Sebastián de Garabandal, un pueblo cercano a Santander. Pero su elección demuestra que el trabajo no solo es la obra final, sino el proceso, porque sobre esta tiene una gran historia que contar.

"Un cliente de Zaragoza, a quien le había hecho un chalé y un centro comercial en Comarruga me cogió tanta confianza que me dijo Baltasar, quiero construir una capilla en un pueblo de Cantabria. Yo le dije, pero busca a alguien allí, que te costará menos dinero, y él dijo no, quiero que lo hagas tú", relata, orgulloso. "Era Francisco Sánchez-Ventura, el hermano pequeño de José María Sánchez-Ventura, el ministro de Justicia que tomó juramento al rey Juan Carlos I. Imagina qué familia", relata.

El equipo llegó al pequeño pueblo de montaña con dos camiones, un Land Rover y el coche de Baltasar lleno, en la época en la que el lugar se había hecho famoso a causa del suceso conocido como “las apariciones marianas de Garabandal”. Cuatro niñas del pueblo, que nunca habían ido a la escuela y que se habían pasado la vida trabajando en el campo, afirmaron haber presenciado apariciones del arcángel San Miguel y de la Virgen María. “Un caso muy curioso”, sentencia Baltasar.

Cuando llegaron, fueron a ver el terreno donde iban a construir la capilla, y entre la gente presente en ese momento estaban las niñas. Abajo estaba el pueblo y arriba un pequeño depósito de agua, que Baltasar consideró que serviría para la construcción, gracias a la fuerza de la gravedad y la ayuda de una manguera. “Y salta la más grande, Conchita, que llevaba siempre la voz cantante y dice la Virgen no quiere que la capilla se haga aquí”, cuenta.

Tras explicarle por qué tenía que ser allí, ella seguía insistiendo, y les dijo que tenían que construirla más arriba del depósito de agua. “¿Y cómo hago llegar el agua, si no traigo una bomba?”, le preguntó Baltasar, nervioso, pues faltaba poco para la fecha de entrega del proyecto. No tenían muchos días, porque la capilla era prefabricada. “No se preocupe por el agua”, dijo ella, y le pidió a un chico de por allí que trajera un pico y una pala. Después, le hizo cavar en el lugar donde ella decía que se tenía que construir, y encontraron agua. Enchufaron la manguera y el agua manaba día y noche.

El cura del pueblo, que era un hombre mayor, había vivido las apariciones de cerca y las defendía, pues él creía que allí ocurrían fenómenos sobrenaturales, pero el Obispado de Santander tenía una opinión distinta, y por eso lo apartaron y lo mandaron a otro pueblo. Justamente lo destinaron al municipio en el que Baltasar y los demás se alojaban durante la construcción. Entonces, el Obispado lo sustituyó en San Sebastián de Garabandal por un cura joven, recién salido del seminario, que tampoco se creía los hechos y que tenía órdenes de detener la obra.

El primer cura iba cada noche a hablar con Baltasar, le preguntaba por el avance de las obras, le decía que no hiciera caso al otro cura y que tirara adelante con el proyecto. “Uno me decía una cosa y el otro, otra”, plantea, “¿y a quién tenía que escuchar?”. Pero Baltasar acabó haciendo caso al primero. “Para mí, esta es una construcción como cualquier otra, y si no me llama el que me paga, no pararé. Si quieres la bendices y si no, pues no”, le dijo al segundo.

Cuando ya estaban terminando la obra, un día el cura joven se fue del pueblo en moto y en dos horas estaba de vuelta con unos documentos en la mano, que entregó

a Baltasar. “Los leí y decía que todos los que trabajábamos allí estábamos excomulgados”, suelta.

Tras la inauguración, Baltasar y el equipo volvieron a Cataluña, pero dos meses después el cliente les llamó para que volvieran al pueblo, porque la capilla, que estaba cerrada con rejas frontales y laterales, había sido vandalizada, y temía que fueran a romper la imagen con piedras. “Entonces cogí mi coche con mi mujer y mi hija mayor y nos fuimos para Santander”, narra, “ ¡y lo primero que vi al llegar fue que el pozo de agua estaba seco!”.

Aún, con el paso de los años, esa historia sigue impactando a Baltasar. La capilla que hizo siguió siendo tan especial para él que siempre que tenía que ir al norte de España tiempo después, aprovechaba para pasar a verla. Calcula que ha estado en San Sebastián de Garabandal unas diez veces. “Y en estas diez veces nunca más he vuelto a ver una gota de agua”, asevera.

Cuando Baltasar se jubiló, a los 65 años, se dio cuenta de que no tenía el carácter para, de un día para otro, quedarse en casa. Por ello, retomó una práctica que había aprendido de Josep Maria Jujol, muchos años atrás cuando aún era un niño, el *trencadís*. Se trata de la técnica característica de la arquitectura modernista catalana que se trabaja con trozos de cerámica de colores para elaborar mosaicos.

“En la masía, Jujol se sentaba en una silla, porque ya estaba mayor, y nos iba diciéndome a mí y a mi hermano, que éramos críos, pon un trozo azul, ahora uno blanco, ahora uno negro, ahora uno rojo, y quedaba un trabajo precioso”, recuerda.

A Baltasar, entonces, la técnica le pareció muy original, pero no se la tomó en serio hasta muchos años después. “El *trencadís* ya me gustaba mucho, pero estaba plenamente volcado en el trabajo y cuando me jubilé dije bueno, sentado en la butaca no sé estar, tengo que hacer algo”, explica.

Empezó con obras sencillas, “ ¡más feas que la puñeta!”), critica riéndose, y poco a poco fue aprendiendo hasta convertirse en el experto que es hoy. En sus palabras, en la actualidad se siente “plenamente satisfecho” con lo que hace.

“No cuesta tanto aprender”, asegura. Para explicar su proceso, utiliza la imagen de un *trencadís* que hizo de unos pingüinos: “Los vi en una postal y fui a hacer una fotocopia del tamaño que quería. Entonces pongo la hoja sobre la mesa y elijo los colores, y cuando los tengo, empiezo. Si no me gustan, los cambio, y de este modo voy formando el dibujo según la silueta de las figuras”, indica. “Después rompo las

baldosas y con las tenazas las voy ajustando y voy buscando las que encajen lo más posible con el dibujo. Es una cuestión de paciencia", termina.

Su experiencia en el sector de la construcción le fue de utilidad a la hora de hacer trencadís, porque ya sabía qué tipo de material necesitaba y tenía las capacidades manuales para, por ejemplo, romper las piezas de la forma que más le conviniera. De alguna manera, esta afición es como la continuación de su oficio. "Pero este es un oficio más fino", bromea.

Durante unos años, Baltasar se iba con su mujer en coche hasta Valencia y allí cargaban el maletero con cajas y cajas de baldosas de colores. Al volver, comían en Peñíscola, y así aprovechaban el día como una excursión. "Tengo hasta 84 colores diferentes", presume, "tengo tantas cosas que no cabemos".

Baltasar ha realizado más de 300 obras de trencadís, algunas registradas en fotografías que guarda en álbumes, y que durante la entrevista nos enseña. "Se pueden hacer virguerías...", asegura, pasando las páginas y contando anécdotas que le van viniendo a la cabeza. Hay diseños tan diversos como un dragón, un caballito de mar, un toro, una paloma de la paz, un pulpo, una mesa, un libro, un belén, La Moreneta o varios mapas.

"Mira, este es de más de cuatro metros, está en un chalet de aquí abajo, de unos amigos", menciona. Y es que en Roda de Barà hay más de 25 piezas de Baltasar repartidas en distintos lugares, como el centro de mayores o la guardería. La mayoría de ellos son regalos, pues Baltasar los hace "por amor al arte". "También hay piezas más por toda Europa, en Marsella, en Lille, en Frankfurt, en Londres", prosigue, porque las ha regalado a amigos que viven allí.

De entre todos los diseños que ha hecho, su favorito y el que más disfruta hacer es el arco de Roda de Barà, la construcción emblemática del municipio. "Es una forma de promocionar el pueblo", argumenta. Ha hecho tantos, de distintos colores, que los domina a la perfección y ahora puede hacer varios a la vez, en fila.

Al principio, Baltasar hacía trencadís en un almacén, pero allí se sentía solo e incómodo, sobre todo en invierno, y además tenía que ir en coche, por lo que, como en casa tenían espacio, se acabó haciendo un taller en una caseta del patio. Allí tiene nevera y lavabo, así que se puede encerrar horas y horas sin salir. Para llegar hasta el taller hay que pasar por su jardín, donde tiene un enorme e increíble trencadís de un mapamundi que tardó once meses en hacer.

Un día, Baltasar se dio cuenta de que había personas en el pueblo interesadas en el trencadís, y organizó un taller para enseñarles. Sin embargo, no duró mucho, porque algunos perdieron el interés y a otros, Baltasar cree, les faltaba paciencia para entender que este es un *hobby* minucioso, cuyos resultados se ven con el tiempo. Aun así, otros han continuado haciendo trencadís en su casa, y cuando les faltan baldosas van a casa de Baltasar y él, que tiene de sobra, se las regala.

Por si la trayectoria laboral y la práctica artística de Baltasar fueran poco, también ha estado metido en otros proyectos e iniciativas de Roda de Barà. Fue regidor de Urbanismo y servicios en el ayuntamiento, presidente del club de tenis, presidente del centro de mayores, ahora presidente del Museo de la Radio y responsable de la capilla de Josep Maria Jujol, e impulsor del festival de música Expocanción, una experiencia de la que guarda muy buenos recuerdos. “El festival nació en 1972 a través de Luis del Olmo, porque yo le había hecho un chalet. Un día en una fiesta del pueblo lo invité a él y a su mujer a cenar a nuestra casa y entonces fuimos al casal, un local muy bonito con 1.000 butacas, y él dijo “guau, aquí podríamos montar un festival”, relata. Baltasar y otros regidores hablaron con el alcalde y consiguieron que el proyecto se pusiera en marcha. “Seguramente Luis del Olmo vio en nosotros a unas personas de pueblo que querían promocionar el lugar de buena fe, y por eso se involucró”. A partir de ese momento, Baltasar y Luis se hicieron grandes amigos.

El segundo se encargó de buscar a los artistas para el festival, que a lo largo de los años tuvo en su cartel a nombres tan emblemáticos como Manolo Escobar, Serrat, Peret, Ana Belén, Víctor Manuel, Camilo Sesto, Isabel Pantoja o María del Mar Bonet. “Aquí venía toda la flor y nata”, presume Baltasar. Y por esto tiene tantas anécdotas que contar al respecto.

Un año vino Julio Iglesias y su actuación tenía que cerrar la noche, pero al llegar los fans lo recibieron con tanto entusiasmo que se lo tuvieron que llevar a la escuela de parvulario, que se utilizaba como camerino, para protegerlo. Pero ni eso sirvió, porque la gente insistía, y al final tuvieron que encerrarlo en el baño de la misma, un espacio diminuto con un váter pequeño para niños.

Con Julio Iglesias allí encerrado, Baltasar y Luis intentaron cambiar el horario de los conciertos para que no tuviera que estar tantas horas esperando, pero los managers de otros artistas se negaron diciendo “si él tiene prisa, nosotros también”, y tuvieron que ir a ver a Julio de nuevo y contarle la situación. Para su sorpresa, él dijo que no había problema, que se esperaría. “Chapó”, expresa Baltasar, “era todo un señor”.

Otra anécdota que recuerda es cuando vino el cantante griego Demis Roussos, que había actuado por la tarde en el teatro Olympia de París. Cogió el avión para ir a cantar a Expocanción y luego cogió otro avión para volver a dormir a París. O cuando el director del Liceu de Barcelona le preguntó a Luis si quería que les trajera el ballet del teatro, porque quería verlo en ese escenario, y al día siguiente tuvo lugar la actuación.

A sus 92 años, con una gran trayectoria y aún muchos proyectos por delante, Baltasar se muestra contento y agradecido, por un lado, de su trabajo. “Me gustaba tanto que no me importaba trabajar mucho y hacerlo todo bien hecho”, revela. “Si volviera a nacer volvería a hacer lo mismo, no me arrepiento de nada”, confiesa.

Por otro lado, tras la jubilación, también siente agradecimiento por su afición, pues le permite estar ocupado, y por esto manda un mensaje a quienes aún no se hayan jubilado: “Me gustaría decirles que cuando se jubilen encuentren un *hobby* para pasar el rato y que trabajen en eso, ¡en vez de estar todo el día en el bar contando tonterías!”, exclama.

A Baltasar, estar jubilado no le ha impedido seguir conociendo a gente y haciendo amigos, todo lo contrario. Y es que su actitud abierta, alegre y dispuesta a hacer, aprender y compartir sigue tan viva como siempre.

“Hoy dos hermanas ya mayores que me han visto con una camiseta con un trencadís me han dicho que era muy bonita, y yo les he dicho si querían venir a mi casa”, cuenta. “Las he paseado por el jardín y por el taller, y se lo han pasado bomba. Y eso que las conozco de aquí, de tomar el café”, agrega. “Mira, me han parido así, me gusta hacer amigos”, concluye, riéndose.



José del Rosal: “Lobo” para los Sioux

“Ciertas cosas pueden capturar tu mirada, pero sigue sólo a las que puedan capturar tu corazón”.

(Proverbio Sioux)



Se llama José del Rosal, pero todo el mundo lo conoce como "Lobo", y él lo prefiere así. Prefiere el nombre que adquirió en la comunidad indígena sioux donde vivió de pequeño al que le pusieron sus padres cuando nació, en Chihuahua, México. Lobo es un hombre de pocas palabras, pero las que ofrece están cargadas de significado y profundidad. Cuando le preguntamos por qué vivió con los sioux, suelta, tajante: "Mi padre me entregó". Y hay cierto orgullo en su forma de decirlo. "Ellos me criaron y me lo enseñaron todo", añade.

Lobo nació en un pueblo mexicano que define como "muy pequeño, pero muy feliz", pero cuando tenía alrededor de siete años sus padres decidieron emigrar a Estados Unidos por motivos de seguridad. No quiere dar demasiados detalles, pero menciona que su padre estaba involucrado en un cartel de narcotráfico y que algunos narcos lo estaban buscando, lo que ponía en riesgo a toda la familia.

Junto a sus padres y su hermano, Lobo emprendió un viaje en busca de una vida mejor. Anduvieron por el desierto, alimentándose de frutos que encontraban por el camino, durante tres días. Fue una experiencia muy dura, pero cruzar la frontera no fue difícil, porque entonces no había tanto control como ahora. "¡Ahora vas preso!", exclama. En Estados Unidos, se instalaron en un pueblo de Arizona.

El padre de Lobo tenía raíces sioux, y la curiosidad por su pasado despertó su interés por la antropología. Como su familia tenía recursos, pudo estudiar esta disciplina en la universidad. Cuando Lobo era pequeño, su padre trabajaba para la Universidad Central de Venezuela, investigando las costumbres, la alimentación y los modos de trabajo de distintos pueblos indígenas, y más tarde también fue domador de caballos. Por esto, cuando Lobo y su familia emigraron a Arizona, su padre ya conocía e incluso frecuentaba las comunidades nativas de la zona.

En Estados Unidos, los padres de Lobo tuvieron dificultades económicas, y cuando se dieron cuenta de que no tenían suficientes ingresos para mantener a sus hijos, al padre de Lobo se le ocurrió una solución. Fue a visitar al cacique de una reserva sioux y le propuso entregar a sus hijos para que se criaran con ellos, y él aceptó de buena gana. Acogió a los pequeños con los brazos abiertos.

Antes de llevar a los hermanos a su nuevo hogar, el padre los preparó. Visitaron la comunidad varias veces y les aseguró que allí estarían muy bien. "Me dijo que ellos serían mi nueva familia, que me llevaría bien con todos y que me iban a querer mucho", explica Lobo, "y así fue". Aunque los primeros días lloró mucho, su tristeza se desvaneció al poco tiempo. Lamentablemente, su hermano acabó escapándose, pero Lobo, maravillado con su nueva vida, se quedó. De todas maneras, no perdió el contacto con su padre, que lo iba a visitar a menudo.

Los sioux son un pueblo indígena nómada originario de los territorios que ahora llamamos Estados Unidos y Canadá. Se conocen por ser grandes cazadores y por sus viviendas características de forma cónica, los *tipís*. Aunque la mayor parte de sus asentamientos en Estados Unidos se encuentran en la zona central y norte del país, en los estados de Dakota del Norte, Dakota del Sur, Minnesota, Montana y Nebraska, Lobo afirma con entusiasmo que él vivía cerca de la frontera con México, en una aldea con casas de adobe que quedaba a menos de una hora del pueblo siguiente, perteneciente a los apaches.

Cuando llegó a la comunidad, Lobo no se sintió diferente a los demás niños, porque cree que en cualquier lugar estos son parecidos. Con ellos se divertía jugando con una pelota hecha de cuerdas y al escondite en el bosque, o aprendía a montar a caballo. Le viene una imagen a la cabeza: iba corriendo, saltaba a un potro, lo agarraba por las crines y empezaba a trotar. "Eran como mis hermanitos", recuerda, antes de detenerse y rectificar: "Eran mis hermanitos". A pesar de que Lobo era el único extranjero de la tribu, subraya que lo querían mucho, incluso que era el "niño predilecto". Aún ahora, después de tanto tiempo, sigue hablando de los sioux en primera persona del plural.

Cuando Lobo tenía diez años, su madre murió a causa de un ictus, poco después murió su padre, y más adelante también su hermano, a causa de su adicción al alcohol. Perdió a toda su familia. "¿Que si fue fuerte...?", se pregunta en voz alta. "Quedarse sin nadie...", reflexiona. En esos momentos tan dolorosos, su suerte fue poder contar con su nueva familia, los sioux.

Lobo explica que en la comunidad las familias no estaban diferenciadas ni aisladas las unas de las otras, sino que todos cuidaban de todos, sobre todo las mujeres, que tenían una actitud muy maternal. Todo era común, todo se compartía, todos eran iguales. "No había uno más que otro ni más allá del otro", explica, y esta concepción también regía a nivel organizativo. La comunidad era dirigida por un cacique que se encargaba de la coordinación del pueblo, y en una especie de asambleas, todos podían opinar y ser escuchados. Allí, las decisiones se tomaban por mayoría. Si bien es cierto, lamenta, que las mujeres no podían ser caciques, estos solían ser hombres de más de 50 años, que habían hecho grandes aportaciones a la comunidad y que eran muy admirados.

Cuando le preguntamos a Lobo qué es lo que más le gustaba de vivir con los sioux, responde de inmediato y con la ilusión que lo caracteriza siempre que habla de ese periodo: "¡Todo!". Con ellos, aprendió sus actividades habituales, como cazar, pescar y sembrar. Y también su idioma, en solo tres meses, aunque ellos hablaban un poco de español y, por tanto, se pudieron comunicar desde el comienzo.

A Lobo le encantaba la comida que preparaban los sioux, sobre todo con la carne que obtenían tras largas jornadas de caza, que eran casi todos los días. “Cazábamos lo que viéramos, todo lo que tuviera cuatro patas, ahí no se salvaba nada”, dice, riéndose. Solo iban a cazar los hombres. Primero buscaban a los animales, y si veían a un ciervo se alegraban, porque era un blanco fácil. Con los bisontes, en cambio, el asunto se complicaba, porque podían embestir a alguien y cornearlo, y como pesaban tanto, chafarlo. Sin embargo, nadie tenía que enfrentarse a situaciones como esta solo, porque siempre cazaban en grupo.

Cuando volvían al pueblo, se repartían los animales entre las mujeres, primero a las viudas. Ellas preparaban la carne, al fuego y siempre bien picante, y se podría decir que el bisonte era su plato estrella. Los sioux lo consideraban un animal sagrado, del cual se aprovechaba todo, desde la piel hasta los tendones.

De su día a día en la comunidad, Lobo recuerda con ilusión las fiestas en las que se reunían todos los miembros del pueblo para tocar música y bailar. Aún conserva un tambor y una flauta, instrumentos que ellos mismos elaboraban, y animado por el recuerdo, empieza a cantarnos una canción. Aunque solo sea un fragmento, es vivo, visceral, portador de sabiduría ancestral.

A Lobo lo llamaron José hasta que adquirió su nuevo nombre en un rito de iniciación que marcó su paso a la adultez, cuando tenía dieciocho años. “Me metieron en una cueva durante tres días y solo me dieron para beber agua de maíz. Después un chamán me preguntó qué había visto en sueños y le contesté que estuve siempre rodeado de lobos que me lamían, me querían y me empujaban con el morro. Entonces me dijo *a partir de ahora serás Lobo*”, explica. El nombre le encantó desde el principio y le sigue encantando ahora. “Lo conservaré hasta la muerte”, asegura.

En la nueva etapa adulta, Lobo fue adquiriendo las responsabilidades asociadas a su edad, como enseñar a los más pequeños las técnicas que le habían enseñado a él unos años atrás. Y también se enamoró de una chica, Penélope, con quien vivió en concubinato, porque allí no existía el matrimonio. Juntos fueron muy felices, explica con nostalgia, pero otros no lo fueran tanto. “Había otras chicas que estaban celosas porque también querían juntarse conmigo”, revela, riéndose, “pero yo quería a Penélope”.

A los 21 años, Lobo tuvo ganas de explorar otros caminos y buscar un futuro distinto, y decidió volver a México para estudiar Ciencias Antropológicas, como había hecho su padre, en la capital. La carrera le permitió profundizar en sus intereses y conocimientos, y no fue nada difícil para él, pues ser el hijo de un antropólogo y miembro de una comunidad sioux lo convertían en un alumno aventajado. Lo que

aprendió allí fue que la mayoría de los pueblos indígenas comparten elementos esenciales, como el sentido de comunidad o el respeto a la naturaleza, y también reafirmó su interés por su familia sioux, así que cuando terminó los estudios volvió con ellos. Aunque Lobo nunca ejerció de antropólogo, siempre siguió aprendiendo por su cuenta.

De vuelta a la reserva, Lobo seguía yendo a cazar, pero sobre todo se encargaba de cuidar y criar caballos, como también había hecho su padre. Los alimentaba, los bañaba y los cepillaba. “Es un animal muy noble”, declara. Y así estuvo cuatro años, hasta que quiso volver a Ciudad de México de nuevo, esa vez para aprender más sobre el “hombre de ciudad”, que le generaba mucha curiosidad porque le parecía completamente opuesto a él y a los de su alrededor. “El hombre de ciudad es engreído y capitalista. Solo piensa en el dinero. Y nosotros no, nosotros pensamos en los animales y en la naturaleza”, plantea. Esta observación la hizo entonces, pero para él sigue siendo vigente hoy.

En la capital, trabajó de ayudante de ventas en una librería, atendiendo a padres y madres que venían a comprar libros escolares para sus hijos. El trabajo no le gustaba, porque le parecía pesado y repetitivo, pero le permitió conocer mejor la vida en la urbe y corroborar sus reflexiones. “La gente solo tiene interés por el dinero y la fama, por ser protagonista. Por cosas que no valen la pena, como tener un Porsche grande o vestir bien”, opina.

Aunque no se pueda generalizar, Lobo explica que percibió esa actitud en casi todas las personas que conoció, y quizás esa fue una de las razones por las que no logró hacer amistades. “No conectaba, me miraban raro, decían *mira este indio*”, cuenta, recordando los tratos despectivos que tuvo que soportar. Pero su reacción siempre fue de orgullo y firmeza, y lo sigue siendo. “El indio nunca ha sido bien querido, pero no nos importa. Morimos siendo guerreros”, declara.

Con las ganas renovadas de volver a su comunidad, Lobo llegó y les contó a todos lo que había visto y aprendido en la ciudad. Algunos nunca habían estado en ninguna, y decían que tampoco querían ir. Y mucho menos después de escuchar lo que Lobo les contaba. Pero esto no significa que los sioux vivieran aislados, al contrario. Mantenían muy buenas relaciones con otras comunidades indígenas cercanas, como los apaches, con quienes se ayudaban siempre que fuera necesario y se intercambiaban regalos como piezas de artesanía o joyas. Lo que repudiaban, en cambio, eran las visitas de turistas o personas que iban a la reserva para aprovecharse de ellos.

Explica que los “yanquis” venían a sacarles fotos para después venderlas, sin tener en cuenta que para los indígenas esa práctica suponía una gran transgresión. Según ellos, fotografiar a alguien implica llevarse una parte de su alma. De hecho, aún ahora, Lobo reacciona de forma negativa cuando ve una cámara. Durante la entrevista, en la mesa tenemos una, y se queja: “No la quiero, la veo y me da rabia”. Por ello, no nos permite que le saquemos fotos, pero acepta cedernos algunas antiguas.

Cuando volvió a la aldea después de trabajar en la ciudad, Lobo tenía claro que quería quedarse para siempre, pero esa vez sus planes se vieron truncados por fuerzas externas en contra de su voluntad, aunque conocidas, cuando descubrió que, como le había ocurrido también a su padre, unos narcotraficantes lo estaban buscando.

Cuando habla de los narcos, Lobo mide sus palabras, y estas se vuelven crípticas. “Es un tema muy delicado”, declara, del que no quiere hablar mucho, pero revela que cuando él aún vivía en Chihuahua se había involucrado en el mismo cartel que su padre. Lobo siempre sintió un gran interés por los narcos, y a pesar de que se fue de México, nunca se desvinculó por completo de ese mundo, y a lo largo de los años siguió como pudo sus movimientos. A ojos de estos, no quedaba claro si Lobo trabajaba para ellos o si simplemente merodeaba por su terreno como alguien que, tras tanto tiempo, ya se hubiera ganado el derecho. “Yo andaba a mi bola”, afirma, pero consiguió saber, por ejemplo, sus escondrijos o de dónde venían y hacia dónde iban sus mercancías. Y quizás este fue el motivo por el que lo fueron a buscar.

La información que Lobo conseguía y que guardaba para él podría haber sido un arma con la que delatar a los narcos ante la policía, pero él nunca quiso o pudo hacerlo, quizás porque su interés era puramente antropológico o porque debido a su profundo conocimiento de ese ambiente hubiera llegado a la conclusión de que hacerlo hubiera supuesto una amenaza para su vida. Y es que cuando llevamos un rato hablando del tema, Lobo acaba confesando que el cartel del que habla es el de Sinaloa, considerado el más grande de México y una de las organizaciones criminales con más fuerza a nivel internacional. Su líder hasta 2017, el Chapo Guzmán, es conocido alrededor del mundo.

Volviendo al momento en el que Lobo descubrió que estaba en peligro en la comunidad, un día cinco chicos armados del cartel aparecieron y le dijeron “acomódese porque nos vamos”. “Yo sabía por qué nos íbamos y qué me iba a pasar”, afirma, así que cuando subió al todoterreno y avanzaron un trozo, abrió la puerta y saltó del vehículo. Entonces empezó a correr, hacia la montaña, un territorio que nadie conocía tan bien como él y los suyos, y ese conocimiento fue su salvación.

En la comunidad lo recibieron sorprendidos, porque ya lo daban por muerto. Los narcos siguieron su camino, pero más adelante volvieron.

Para su segunda visita, Lobo ya tenía una estrategia preparada. Se escondió durante unos días en una cueva, a la que los demás iban a traerle comida, hasta que los narcos se fueron. Pero volvieron a aparecer. La misma situación se repitió una tercera vez. Y una cuarta. Hasta que Lobo dijo “basta”.

Como no quería seguir viviendo de esa manera ni poner en peligro a los miembros de la comunidad, decidió que lo mejor era irse de allí definitivamente. Se despidió de la que había sido su familia durante tantos años con tristeza, pero con convicción, dispuesto a empezar una nueva vida otra vez.

No muy lejos de allí, empezó a trabajar en una petrolera, pero a su pesar, su historia había corrido de boca en boca. Cuando conoció a Nicolás, un comerciante catalán, en la ferretería a la que iba a comprar repuestos, este ya conocía su situación. Se hicieron amigos, y el hombre le aseguró que lo mejor que podía hacer era huir del país. Le recomendó irse a Venezuela, y Lobo le hizo caso.

Como Lobo ya tenía experiencia viajando, irse a vivir a otro país le pareció una emocionante aventura. “Yo siempre he sido... ¿Cómo se dice en España? ¡Un culo inquieto!”, declara, con una carcajada. Además, en sus anteriores viajes ya había viajado solo, que “es mejor que mal acompañado”, suelta.

En Punto Fijo, cerca de Maracaibo, Lobo trabajó durante tres años cuidando caballos, y como aún mantenía contacto con Nico, quien andaba a menudo por allí, cuando este le recomendó irse a Cataluña, Lobo no dudó y le volvió a hacer caso. “Vas a ir a un sitio en el que te van a querer mucho, te vas a compenetrar muy bien con la gente”, le dijo Nico, como le había dicho hacía años su padre, antes de entregarlo a los sioux. “Y aquí estoy”, dice Lobo, con satisfacción.

En el Consulado de España confirmaron su condición de perseguido de guerra y empezaron los trámites para salir del país, que fueron fáciles y rápidos. En pocos meses, Lobo ya tenía un DNI español, y con 32 años aterrizaba en Valencia, donde vivió durante dos años. Después, pasó tres años en Madrid y, finalmente, a los 38 llegó a Cataluña para quedarse. Ese fue el itinerario que Nico le había marcado, poniéndolo en contacto con amigos suyos que lo ayudaron a lo largo de todo el proceso de emigración.

Instalado en Barcelona, Lobo empezó a trabajar en una librería, como había hecho de joven en México, vendiendo libros escolares. Cuando le preguntamos qué le gustó de su nuevo país, repite respuesta: “¡Todo!” Aunque España está muy lejos de México, afirma que tienen mucho en común. “El mexicano es muy cariñoso y hospitalario, y quiere mucho al español. Y lo mismo pasa al revés”, explica.

Cuando se jubiló, Lobo estuvo dos años en una residencia de Terrassa, y desde hace tres vive en otra, en Cambrils. Ahora, recordando aquellos años, considera que al llegar a España su vida cambió completamente. “En seguridad, tranquilidad y atención. Me quedé muy a gusto”, dice, y remarca lo agradecido que sigue sintiéndose con Nico, con quien aún mantiene el contacto.

A quien no pudo volver a ver fue a los sioux, y esto le genera mucha tristeza. No solo le gustaría reencontrarse con ellos, quisiera volver a vivir en la comunidad, e incluso morir allí. Además, también siente añoranza de México, pero no se deja llevar por la pena y rápidamente se anima. “Hay una canción que dice *México, lindo y querido, si muero lejos de ti*”, cita, reproduciendo la canción de Jorge Negrete, aunque modifica la segunda parte, a su manera: “*Siempre estaré contigo. Contigo estaré hasta el fin*”.

Desde la distancia, tanto temporal como espacial, Lobo hace una valoración negativa de la situación actual de su país. “Está muy mal, sobre todo por los narcos. Mientras no los quiten, en México habrá problemas”, lamenta, y añade: “Hay demasiada corrupción y los políticos son los primeros. Son los que se reparten el dinero”. En resumen, concluye que “el narcotráfico lo ha invadido todo, perjudicando muchísimo a la gente”, y su historia es un claro ejemplo de ello.

Cuando se la contaba a las personas que conocía al llegar a España, estas se sorprendían, le hacían preguntas, e incluso le decían “yo hubiera querido vivirlo”. Pero Lobo tiene claro qué recomendaría a los jóvenes de hoy: “Que aprovechen, pero que no se metan en líos como hice yo”. A pesar de todo, asegura que no se arrepiente de nada y que, si pudiera, volvería a vivir todo lo que ha vivido sin cambiar ninguna decisión: “Lo añoro, me gustaría que se repitiera, volver a empezar”.

Aunque las experiencias no se puedan revivir, quedan fijadas en la memoria, y a veces también en el cuerpo, la forma de vestir y la forma de hablar. Lobo lleva unos collares que hicieron las mujeres sioux con dientes y colmillos, y varios tatuajes, que se hizo a los quince años y que explica que son de protección. “La tortuga significa la naturalidad y la fuerza para seguir nadando. Y este es Kokopelli, el dios de la fertilidad”, señala. También luce una gorra de una fundación que ofrece ayuda a niños indígenas.

En el momento en el que entrevistamos a Lobo, en Chile se está preparando una nueva constitución que reconoce el país como un estado plurinacional e incorpora los derechos y la autonomía de sus pueblos indígenas. Cuando lo comentamos, opina: “Así es como debe ser”. Según él, los pueblos originarios tienen mucho que aportar al resto del mundo: “Ellos viven en paz y solidaridad, y solo reparten amor y cariño”. Los llama “maestros”, porque cree que, en tiempos de crisis climática como estos, pueden

enseñarnos de nuevo la importancia de conectar con la naturaleza, cuidarla y respetarla.

Lobo piensa que se debería escuchar más a los indígenas, y también a los mayores, que llevan años de experiencia y conocimientos a sus espaldas. De hecho, la gente mayor es muy respetada, hasta sagrada, para los primeros.

Cuando nos acercamos al final de la entrevista, Lobo suspira, expresando su cansancio y sus pocas ganas de seguir hablando. Como si todo lo importante ya hubiera sido dicho.

Al despedirnos, suelta, solemne, “que el Gran Espíritu les acompañe”, refiriéndose a Wakan Tanka, la divinidad creadora en la cosmovisión sioux, y una frase en el idioma indígena, que no podemos comprender.



Josep Blanch: con la Iglesia hemos topado

“El mejor homenaje que puede tributarse a las personas buenas es
imitarlas”

Concepción Arenal



Josep Blanch nació en 1933 en La Torreta, un barrio del municipio de La Roca del Vallès. Su madre se había casado con su padre un año antes, pero antes era viuda. Su primer marido, con el que se casó a los 19 años, murió al año de estar juntos, y la hija que tuvieron en común también murió pocos meses después. “Según decía mi madre, él salió vicioso de mujeres, y lo que cogió, también lo cogió la hija”, explica Josep, con su voz pausada y serena. “Entonces, yo tuve un hermano pequeño, pero también murió, a los dos años”, agrega.

Josep creció en el ambiente silencioso del campo, en una casa de payés tradicional llamada Can Granota. En el piso de abajo guardaban el ganado y arriba vivía la familia, aunque con el tiempo pusieron el comedor, el recibidor y la cocina abajo. “Una cocina pequeña”, bromea, “de ocho metros de largo y tres de ancho”. Tiene tan buena memoria que recuerda las dimensiones exactas.

De esos tiempos recuerda disfrutar con los animales, acompañar a su padre a labrar y sembrar la tierra o los duros momentos de la guerra. “Bombardeaban Barcelona con los aviones, y mi madre estaba en la cuadra ordeñando las vacas y yo gritaba *están bombarjeda Barcelona, están bombarjeda Barcelona*”, recuerda, imitando su mala pronunciación del verbo bombardear en catalán, *bombardejar*.

Entre los diez y los once años, Josep hizo clases particulares. Más tarde, sobre los diecisiete, como durante el día tenía que trabajar en el campo, convenció a sus padres para que le dejaran asistir a clases de noche en la Escuela del Trabajo. Y es que le encantaba estudiar.

Se apuntó el primer año, pero al segundo año sus padres no le dejaron ir porque volvía demasiado tarde a casa. De todas formas, él insistió y logró asistir un tercer año. Su nivel era tan bueno que se saltó un curso y pasó directamente a tercero. “Vosotros lleváis dos cursos y él uno y ya os ha atrapado”, recuerda que dijo el profesor. De hecho, nunca tuvo que pagar los estudios porque siempre sacaba matrícula de honor y la escuela le cubría los costes.

Mientras estudiaba, la dirección de la escuela le propuso a Josep trabajar en el despacho, y él aceptó. Cuando les preguntó cuándo empezaba a trabajar, le dijeron que de inmediato. “Pero tengo que acabar el curso, tengo algunas asignaturas pendientes...”, les dijo él. “Tú ya estás aprobado, ya sabemos que llegas, no hace falta que termines”, le respondieron.

Cuando Josep se fue a vivir a Canovelles, un pueblo a dos kilómetros de Granollers, la capital de la comarca del Vallès Oriental empezó a trabajar en una empresa de

interruptores llamada Can Botey. “Puedo decir que hay seis o siete interruptores en España que los hice todos yo. Los montaba y los terminaba de pulir. Eran muy grandes”, cuenta. María, con quien estuvo comprometido seis años y luego se convirtió en su mujer, trabajaba de sirvienta para los propietarios de la empresa, cuidando a su hijo. “El hijo fue nuestro padrino de boda, que llevaba el ramo, y todos estuvieron invitados”, destaca.

Desafortunadamente, en Can Botey tuvo un accidente con una máquina de cortar. “Un compañero que me estaba viendo desde la ventana me preguntó si me encontraba bien, y yo estaba mareado y blanco como el papel”. Ahora, enseña las secuelas en la mano afectada; perdió algunas falanges. Como consecuencia, Josep tuvo que dejar una de sus grandes aficiones, el lanzamiento de jabalina, que practicaba desde hacía años. Por suerte, pudo seguir escribiendo y volvió al trabajo. De hecho, volvió a trabajar con la misma máquina. Y afirma que en la empresa lo trataron muy bien. Le pagaron 20.000 pesetas de indemnización, aunque por aquel entonces estaba estipulado que fueran 12.500.

Más tarde, Josep trabajó en una compañía de piensos para ganado, recorriendo las casas de la zona para vender el producto. “Al principio, cuando los animales eran pequeños, los piensos eran muy rentables, pero a medida que iban creciendo tenían que comer más para conseguir un kilo de carne, y ya no daba resultado”, lamenta. “En las casas me decían *esto no funciona*, e incluso alguna vez me había escondido en el bosque esperando a que fuera la hora de irse”, asegura Josep, quien no podía soportar la sensación de estar engañando a la gente para que la empresa hiciera dinero. Le afectó tanto, que acabó dejando el trabajo. “El amo me dijo *Josep, tendríamos que intentar vender un poco más*, y yo le dije *¿qué quieres que haga? Yo no sé vender. Lo dejo*”, sigue. Con esta decisión, también se aseguraba de que su amistad con el dueño no acabaría en problemas. “Si me quedaba, nos habiéramos enfadados”, reflexiona.

Mientras aún trabajaba en la empresa de piensos, el cuñado de Josep, que era contable, y también experto en fotografía, le propuso abrir una tienda de fotografía en Canovelles. Tanto Josep como María se involucraron, y aunque el hermano de María se acabó desvinculando, la pareja llevó adelante el negocio. Con el tiempo, empezaron a vender también productos para el hogar. “Crecimos mucho”, cuenta Josep, “porque éramos los únicos que vendíamos esas cosas. En Canovelles no había nadie más y venía mucha gente”.

En la tienda tenían un laboratorio fotográfico, y los clientes les traían carretes para que los revelaran. En ese tiempo, Josep aprendió mucho de fotografía, y disfrutaba enormemente haciendo retratos de comunión a los niños. En paralelo, también se aficionó al dibujo. Incluso estudió en una academia de Barcelona y aún conserva algunas de sus obras, que nos enseña con ilusión.

Sin embargo, la fotografía le pasó factura. “Un día estaba solo en la tienda y tuve que cerrar para irme a casa. Cuando salí a la calle tuve que sentarme en el suelo. Alguien me vio y dijo *mira este, sí que la lleva gorda*, pero una mujer se acercó y dijo *yo lo conozco, no está borracho*”, relata, “y con otro chico me ayudaron a levantarme y me acompañaron a casa”.

Cuando Josep fue al médico descubrió que debido a los productos químicos que utilizaba en el proceso de revelado y la poca ventilación de la sala donde lo hacía, tenía arritmia. Estuvo cuatro meses enfermo en cama, seguidos de dos años en los que se sentía con tan poca energía que siguió pasando más tiempo acostado que de pie.

El médico de cabecera le recetó unas gotas, quince por la mañana y quince por la noche. “¿Y hasta cuándo?”, le preguntó Josep. “Hasta que te mueras”, le respondió él. Pero tras dos años con ese tratamiento, no hubo mejoras. Entonces su cuñado le propuso ir a ver a otro médico, a alguno que fuera reconocido. “Mi mujer tenía dieciséis pesetas en el cajón”, recuerda Josep, por lo que no podían pagar la visita. Pero su cuñado les dijo “no os preocupéis, que de esto nos encargamos nosotros”. Y aún hoy Josep se siente muy agradecido por ello.

El médico que fue a visitar a Barcelona era el conocido naturista Vicente Lino Ferrándiz, y tan pronto como vio a Josep le dijo “usted está intoxicado de carne”. “Me curó con hierbas, estuve tres o cuatro años sin probar la carne”, asegura él. Junto a la carne, también dejó las gotas que le había recetado el primer médico. Y la arritmia desapareció.

“Un día cogí la gripe, fui al médico de cabecera y me dijo *aún tomas las gotas, ¿no?* Yo le dije que sí, y él me dijo que no las dejara”, explica Josep, de un tiempo después. Pero en una visita posterior, el mismo año, la situación fue distinta: “Él me preguntó *ya no te tomas las gotas, ¿no?* Yo le dije que no y él me respondió *porque ya no las necesitas, ¿no?*”. Josep define a ese doctor como “un hombre con la lengua muy ligera”, y no se ha olvidado de su reacción. “¿Qué le has hecho a tu corazón, que antes estaba hecho una mierda y ahora está bien?”, reproduce riéndose. Cuando

estuvo recuperado, Josep volvió a trabajar en la tienda y contrataron a una chica para que se encargara de revelar las fotos.

Desde que era niño, Josep había mostrado interés por la religión. Se acuerda del impacto que le causaron las misiones que visitaban los pueblos de alrededor de su casa, y de cuando un primo le prestó una edición infantil de la Biblia, que leyó de cabo a rabo. “Eso me enganchó, y empecé a ir a misa, aunque ya había ido con mi madre, que era religiosa”, relata. Durante la adolescencia se apartó un poco de la religión, y solo iba a misa unas dos veces al año, pero después de conocer a su mujer empezó a acudir a la iglesia de forma regular.

El rector de su iglesia le propuso entonces acompañarlo a unos cursos que hacían en el pueblo de Sant Cugat, diciéndole que le podían servir si algún día quería llegar a ser diácono. Los diáconos forman el primer nivel de la jerarquía de la iglesia. “Son colaboradores de esta y tienen todos los derechos. Pueden officiar bodas, bautizos y entierros”, explica Josep.

Con los buenos resultados que Josep obtuvo en el curso, el rector le aseguró que podría ser muy bueno para el puesto, porque además era muy reconocido y querido en la zona. Así pues, en 1983, con 50 años, Josep se ordenó y se convirtió en diácono. “Yo estaba un poco disgustado porque pensaba que habría mucha gente”, confiesa Josep sobre el día de la ordenación. “Alguien había dicho tendremos que apuntalar el techo porque se va a derrumbar, pero luego no había ni la mitad de la iglesia llena”. No obstante, solo era cuestión de paciencia. “Cuando salimos de la iglesia, ¡caray! No se podía ni pasar, ¡estaba lleno!”, exclama.

Josep empezó a dedicarse al trabajo de la parroquia, porque el rector era mayor y ya no podía hacerse cargo de todo. Al comienzo se repartían las tareas por días, pero poco a poco este le fue delegando todo. Más adelante, a Josep también le dieron trabajo en el tanatorio de Granollers. Lo llamaban cuando les hacía falta algún cura para hacer las celebraciones religiosas. Pero allí estuvo solo tres o cuatro años, hasta que se dio cuenta de que era un trabajo muy intenso.

“Entonces entendí al padre, que decía que se cansaba mucho, porque tenías que hablar, prepararte cosas para decir que no fueran repetidas, conocer a la gente...”, reflexiona. En un día podía llegar a hacer tres entierros, uno detrás de otro, luego dos bodas y, por la tarde, bautizos.

Lo que más le gustaba a Josep de ser diácono era, además de rezar, hablar y hacer sermones, aunque al principio no le fue fácil. “Yo era payés, y los payeses no tenemos

demasiado trato con la gente y no hablamos mucho", aclara. Pero con los años fue aprendiendo esa capacidad, y descubrió que incluso se le daba muy bien.

Hizo un curso de oratoria en el que le enseñaban técnicas de memorización, aunque él ya tenía muy buena memoria, y la sigue teniendo hoy. "Una vez, cuando tenía dieciocho años, en clase nos pidieron que aprendiéramos algo de memoria para la semana siguiente", narra, "y a mí se me metió en la cabeza aprender el teléfono de todos los que estaban allí, 28 estudiantes y cinco monitores. 33 teléfonos", recuerda. Entonces todos le decían " ¡tienes una memoria de elefante!".

Para Josep, el momento más complicado de ser diácono eran los entierros, pues son momentos muy duros para las familias, pero a la vez le gustaban porque sentía que sus palabras podían ser de gran ayuda. Sin embargo, en un contexto tan vulnerable, de vez en cuando ocurrían malentendidos. "Una vez murió un chico muy joven, y yo dije *ahora rezaremos por... y si alguna cosa ha faltado...* y su familia gritó *¡no ha faltado nada!*", recuerda Josep. En ese momento quedó muy afectado, pero cuando salió después de la ceremonia, la madre del chico le pidió perdón. Entonces Josep le ofreció sus mejores palabras, admirando la gran cantidad de gente que había acudido al funeral, pues afirma que nunca había visto uno tan lleno, y la mujer se sintió mejor.

En otras ocasiones, Josep cuenta que llegaba a enfadarse con las familias, como una vez que el hijo del difunto le dijo que su padre era una mala persona. Pero a menudo también se daban situaciones cómicas. Josep recuerda especialmente cuando murió un hombre cuya mujer había descubierto su infidelidad. Ella se lo contó a Josep en el mismo entierro. La historia parecía una película: un día la mujer llamó a su segunda residencia, donde se encontraba él, y otra mujer le respondió el teléfono. Cuando la primera le preguntó quién era, la segunda le dijo que era la pareja de él, y entonces la primera le reveló que era su señora. Las dos estaban tan enfadadas que unieron fuerzas y decidieron castigar al hombre por haberlas engañado a las dos, y un día una de ellas citó al hombre en Plaza Cataluña. Cuando el hombre llegó, se las encontró a las dos. "Y entonces todo se cayó", apunta Josep. Pero lo más gracioso de todo fue que la esposa siguió viviendo con él hasta que murió. Sus hijos, en cambio, cuando lo descubrieron no quisieron saber nada de su padre, y el día del funeral no acudieron porque prefirieron irse de vacaciones. "La gente te cuenta sus historias", apunta sonriendo, "hay de todo".

Cuando Josep ya había dejado de trabajar en el tanatorio, su cuñado le propuso otra de sus ideas. Este tenía un amigo que trabajaba en una empresa de tintes que le había dicho que, si quería invertir su dinero, ese era un buen sector. Primero, el

cuñado le dijo a Josep que se esperara a entrar hasta que él viera que era una inversión segura, y él así lo hizo, pero cuando finalmente se metió, la jugada salió mal. Josep acabó perdiendo todo su dinero, y su cuñado acabó aún peor. “Él debía millones al banco y no podía ser propietario de nada”, afirma.

“Otro diácono que era amigo mío”, añade Josep, “me había dicho *dile a tu cuñado que lo deje, porque se irá a la ruina*”, pero este, desconfiando de alguien mayor, que según su criterio no podía saber tanto como él, no hizo caso. “Aún hoy recibe alguna carta reclamando la deuda”, lamenta Josep, pero celebra también que supo remontar su situación: “Ahora tiene a dieciséis personas trabajando en su despacho de asesoría, y es uno de los más importantes del país”.

Las pérdidas económicas fruto de una mala inversión personal coincidieron en esa época con las pérdidas económicas en la tienda. El negocio ya no era sostenible, y además Josep sospechaba que una persona que habían contratado les robó dinero de la caja, además de dos números cuando una Navidad les tocó la lotería. “El tío de mi mujer tenía un bar en Mollet, y a la caja no iba nadie más que él. Ni su mujer, ni su hija, ni su yerno. Y ese bar fue muy bien y aún existe”, reflexiona Josep, lamentando no haber seguido el mismo ejemplo. Él y María pasaron tan mala época que tuvieron que depender de la ayuda que le ofrecían sus amigos, que incluso tenían que darles comida. Al final, acabaron cerrando el negocio.

Entonces Josep y su mujer se fueron a vivir a la rectoría de la parroquia de Sant Esteve de Granollers. Se instalaron en el piso de arriba, encima de la vivienda del rector. Josep se hizo sacristán y cada día abría la parroquia a las ocho de la mañana y se ocupaba de las tres misas. Por su parte, María se ocupaba de la limpieza y de la cocina, pero el trabajo era excesivo. Tenía que limpiar los tres pisos de la rectoría, es decir, el suyo, el del rector y los despachos de la planta baja, y preparar todas las comidas. “A veces, el rector invitaba a curas de otras parroquias y ella tenía que hacerlo todo para que él quedara bien”, se queja Josep, “estaba tan cansada que subía las escaleras, que eran larguísimas, a cuatro patas”.

Josep no cobraba por su trabajo, y María cobraba muy poco. “El rector le daba 25.000 pesetas al mes. Una vez, un obispo dijo *esto es muy poco*”, recuerda Josep. “No era suficiente, pasábamos hambre”, concluye. Así que al cabo de tres años decidieron irse de allí. Entonces, el rector tuvo la cara de decirles: “¿Ahora me dejáis solo?”.

En cierta manera, la precariedad económica formaba parte del trabajo de diácono, pues en esos tiempos solo se cobraba la voluntad, y Josep asegura que había meses

en los que no cobraba nada. Por suerte, con el tiempo se fue regulando, hasta que Josep empezó a ganar 60 euros por entierro. Pero no ha olvidado lo mal que lo pasaron por culpa de los problemas económicos, aunque ahora, en la distancia, se lo toma con humor. “Yo siempre digo que hombre de muchos oficios, pobre seguro”, proclama.

Después de años de dificultades, la vida de Josep y María dio un vuelco. “Estuvimos de suerte porque jugamos a la bolsa”, dice riendo. Un amigo suyo, que era director de un banco, les recomendó comprar acciones de Telefónica y otras empresas, asegurándoles que era una apuesta segura. Josep no tenía ni idea del funcionamiento de ese mundo desconocido, pero seguía una sencilla estrategia. “Esperaba a que fueran subiendo y cuando veía que bajaban, salía rápido”. De ese modo, hizo alguna mala jugada y perdió algo de dinero, pero el que ganó compensó las pérdidas. “Pudimos hacer un rincón en la caja”, cuenta “y entonces pudimos empezar a ser los amos de casa”. A partir de ese momento todo se estabilizó.

Desde la residencia de Granollers en la que vive ahora, Josep se muestra muy satisfecho con todas las experiencias vividas, a pesar de los obstáculos, y sobre todo con su trayectoria en la iglesia. Revela que los diáconos nunca dejan de serlo y se siente muy orgulloso de su rol, pero también tiene una crítica constructiva: “Dentro de la iglesia, sería bonito que de vez en cuando alguien viniera y te pidiera tu opinión”.

Tras cuatro décadas ejerciendo el título de diácono, Josep observa los cambios que ha vivido esta figura en los últimos años. “Ahora tienen que estudiar mucho más que nosotros. Tienen que estar cuatro años en el seminario”, cuenta. En cambio, él estudiaba en casa mientras ya ejercía, e iba al seminario solo dos veces por semana, donde tenía un profesor particular para él y otros dos hombres. Pero el cambio más notable es que ahora los hombres casados no pueden ser diáconos. Josep sí pudo en su momento, porque en 1964 el Papa lo permitió.

Gracias a esta experiencia, Josep también ha vivido de cerca los cambios que ha vivido la Iglesia y su papel e importancia en la sociedad. Comenta que, en los últimos años esta ha perdido prestigio a raíz del descubrimiento de numerosos casos de abuso sexual a menores, pero deja claro que es muy bueno que hayan salido a la luz. “Se tiene que hacer una limpieza. Ante esto, ¡tolerancia cero!”, exclama. Y aunque critica, con indignación, que algunas de estas personas culpables no hayan dejado sus cargos, tiene esperanza en las nuevas generaciones que entren en la iglesia, para que nunca vuelva a ocurrir nada igual.

Aunque Josep es consciente de que cada vez hay menos jóvenes interesados en la religión, tiene una observación interesante: "Cuando la gente vive bien, es cuando más se apartan, y hasta ahora vivíamos muy bien. Pero ahora las cosas están más difíciles, y la gente que va a misa ha aumentado".



Joan Sánchez-Fortún: el autoconocimiento como objetivo vital

“Tu mirada se aclarará sólo cuando puedas ver dentro de tu corazón. Aquel que mira hacia afuera, sueña; aquel que mira hacia adentro, despierta”.

Carl Gustav Jung



Joan Sánchez-Fortun nació en la Plaça Ildefons Cerdà, en plena Gran Vía de Barcelona, hace 83 años. Era 1940 y hacía solo un año que había terminado la Guerra Civil, en la que su padre había luchado. En Teruel, en 1938, lo habían herido. “Fue bastante grave, pero después de muchas operaciones, lo consiguieron salvar”, dice Joan, del incidente que marcó sus primeros años de infancia porque, además, era hijo único.

“Yo era un bichito”, dice riéndose de esos tiempos. Confiesa que con los demás niños de su edad se comportaba como un “jefecillo”, pues tenía cierta autoridad sobre ellos, por ejemplo, cuando jugaban a hacer luchas de espadas. Pero a la vez, era un niño muy tímido, porque tenía una dificultad de habla que lo hacía retraerse.

En el colegio de los Hermanos Maristas del barrio de Sants, Joan estudió Comercio. Cuando terminó, podría haber entrado a trabajar en un banco, primero de botones, pero con la intención de ir escalando, como entonces era habitual, pero prefirió empezar a trabajar con su padre. Él había sido encargado de obras, pero después de la guerra decidió dejarlo porque no le gustaba el ambiente del sector de la construcción, y se hizo jardinero, un oficio que desconocía por completo. “Mi padre era, o es, aunque ya hace años que murió, un ser muy especial”, asegura Joan. Pero la palabra que prefiere para definirlo es “sabio”.

“Una cosa es ser inteligente y otra es ser sabio”, matiza Joan, para quien la distinción es de gran importancia. En su opinión, las personas inteligentes pueden tender a creérselo demasiado, hasta adquirir cierto aire de soberbia y orgullo. “La persona inteligente es fría y calculadora. En cambio, la persona sabia es humana, humilde y sencilla. Le puedes decir cualquier cosa, que no se rebota, sino que escucha”, explica.

Tras la decisión de cambiar de oficio, el padre de Joan compró dos solares, destinando uno al cultivo de rosales y otro al de limoneros. “Fue una experiencia muy bonita”, resume él, que se acuerda, por ejemplo, de cuando iban a la Rambla a las cinco o a las seis de la mañana para vender las rosas, o de las largas horas que pasaban solos, cada uno en un campo distinto, trabajando en introspección. “Incluso me olvidé un poquito de hablar”, apunta. De todos modos, lo que más disfrutaba Joan era escuchar a su padre, que le contaba todo tipo de historias. “A él le gustaba mucho hablar como un hecho, como un acto natural, y a veces te podía hablar en poesía, rimando palabras y frases”, asegura.

Con los años, Joan tuvo otros trabajos. Hizo un curso de cronometrador y trabajó de ello durante un tiempo. “Pero para mí no era como un trabajo. Era controlar como

otras personas trabajaban, y a mí eso no me iba”, cuenta. Hizo otro curso de delineante y también tuvo esa profesión. Más tarde, cuando se casó, a los 26 años, él y su mujer abrieron una carnicería.

Veinte años después, y tras separarse de su mujer, un domingo Joan vio en el periódico *La Vanguardia* un anuncio del Centro Internacional de Psicología (CIP) sobre los estudios que ofrecían de dicha disciplina y se acercó al lugar para saber más. Allí pudo asistir a una clase de prueba, y como le gustó, se matriculó. Al cabo de siete años, Joan conseguía su título como psicoterapeuta. Hablando de ese momento, deja su vida personal de un lado, porque, aunque Joan es extrovertido y amable, se muestra reservado con su intimidad y, en cambio, opta por compartirnos ideas y reflexiones que ha tenido a lo largo de esos años. Ese conocimiento es el que ha tratado de transmitir en los libros que ha escrito.

¿Fue la curiosidad lo que empujó a Joan a adentrarse en el mundo desconocido de la Psicología? Para él la respuesta es clara: no. “Cuando uno prueba algo nuevo es porque antes tienes algo, como unas raíces dentro de ti, que hacen que te atraiga”, opina. Y eso, más que curiosidad, es un sentimiento. Como el que hizo que su padre se hiciera jardinero.

Durante sus estudios, Joan asistió a las clases, leyó los libros indicados e hizo las tareas requeridas, pero para él, el mayor aprendizaje surgió a partir de las palabras de sus profesores en consonancia con su propio conocimiento. “Si a ti te dicen una frase por primera vez, pero dentro tienes mucho material, la frase te abre un mundo”, indica. Madurez, evolución o valores es a lo que se refiere con ese material. Estas palabras son claves para él. Forman parte de un bagaje individual ante el cual, cuando se presenta una situación nueva, una respuesta fluye desde el interior.

¿Pero de dónde sale ese bagaje? “Es una pregunta muy profunda, y la respuesta es tan brutal que no sé cómo decirla para que se tome bien...”, duda, antes de lanzarse. Joan explica que, al nacer, en nuestra genética ya se encuentran determinadas características que nos definen, desde el color de los ojos o la estatura hasta las posibles enfermedades que podemos sufrir a lo largo de la vida, pero a él no le interesa tanto el componente físico como el psicológico, porque cree que en la genética también se encuentra información sobre los valores evolutivos y de madurez de cada individuo. “Los niños que lo tienen en su genética, de mayores tendrán más facilidad para comprender”, afirma. Y facilidad para comprender implica “ser tolerantes, responsables, humanos y humildes”.

A partir de esta idea, Joan hace una distinción entre los conceptos de “ser humano” y “persona”. El primero, para él, es el que no tiene estos elementos en su genética y, por tanto, si quiere madurar y transformarse tendrá que trabajarlos. En cambio, la segunda ya los tiene en su interior desde su nacimiento, porque tiene una “genética rica en valores”. Sin embargo, a veces estos pueden verse restringidos según el contexto de los primeros años de vida, a raíz de la influencia que ejerce la familia o los amigos.

Esta concepción, junto a la afirmación tajante de Joan de que lamentablemente hay muy pocas “personas” en el mundo, porque el resto son “seres humanos”, puede ser problemática desde el punto de vista científico. “No estoy de acuerdo con lo que algunos psiquiatras dicen, pero ellos son psiquiatras, y yo no”, manifiesta al respecto. Y es que Joan deja claro que su forma de pensar es fruto de su vivencia, y no de una teoría, desarrollada en la academia o en un despacho. “Hablar con mis amigos ha sido mi mejor despacho”, declara. Además, opina que “el psicólogo no es bueno por los títulos que tiene, sino por su intuición”. La intuición, para él, es la “madre de la Psicología”.

Sus ideas no han sido comprobadas con un método científico, sino con su propia experiencia, percepción y capacidad analítica, siendo estos dos últimos conceptos claves de su pensamiento. “El que tiene percepción, tiene capacidad analítica”, sostiene, como “el que es humano es humilde” o “el que se lleva bien con la soledad, se lleva bien con el silencio”. En todos los casos, se trata de rasgos que pueden ser nuestros grandes amigos o nuestros grandes enemigos. “Si hemos evolucionado lo suficiente, la soledad nos acompañará y el silencio nos hablará”, dice, pero para él, esto solo puede ocurrir cuando hemos madurado.

Ante el dilema de qué pasa con los que no tienen desarrollados estos valores, Joan responde: “Tú tienes unas capacidades o no las tienes, es como el que es muy inteligente y a lo mejor tiene que estudiar poco para un examen, porque leyendo ya le basta, y el que no lo es tanto y tiene que empollar”.

Mientras “la persona” ya tiene en su interior una madurez que a su vez implica una capacidad resolutoria, el ser humano puede aprender. Si escucha, observa, y toma consciencia de los valores positivos que no tiene, pero que puede tener, cobrará consciencia de los negativos, y a partir de ese punto empezará a evolucionar y a madurar”, expone. Eso sí, “probablemente no llegará al mismo nivel de quien ha nacido persona”, asegura.

Con todas estas ideas en la cabeza, después de terminar sus estudios, Joan cogió papel y lápiz y empezó a escribir, pero poco después lo dejó de lado. No fue hasta que cumplió 65 años, cuando ya estaba jubilado, que sintió la necesidad de retomar la práctica. Ocurrió al darse cuenta de que el sufrimiento que está presente en nuestra sociedad es el resultado de que los humanos no hemos madurado suficiente. Con esta visión, escribió su primer libro, y luego escribiría seis más.

Conocerme para evitar el sufrimiento innecesario, su primera obra, surgió a partir de temas que Joan iba desarrollando sin planificación previa, pero que siempre acababan tratando sobre la necesidad de comprensión, tolerancia, responsabilidad, humildad y, en definitiva, humanidad. “Si no incorporamos estos temas, viviremos en una sociedad con muchos conflictos, con mucho sufrimiento innecesario, como dice el título”, apunta.

Para Joan, el sufrimiento innecesario es el que emerge cuando no afrontamos la situación que lo genera y, por tanto, no lo superamos. En cambio, el sufrimiento necesario y positivo es el que surge cuando maduramos, evolucionamos, asumimos y aparcamos el primero.

“Hay una palabra mágica por la cual no superamos el sufrimiento, la aceptación”, declara, pues para él no sufrimos tanto por lo que nos pasa, sino por nuestra incapacidad de aceptarlo. Por ello, lo que hay que hacer para acabar con el sufrimiento innecesario es aprender a aceptar.

Hay personas que tienen una gran capacidad de aceptación y no sufren más de lo necesario, aunque a veces sea porque son indiferentes, pero también hay otras a las que solemos llamar resilientes. A Joan, la palabra resiliencia no le gusta. “Menos hablar de resiliencia y más hablar de conocimiento interior”, dictamina. Y es que cree que en la actualidad este concepto se utiliza en exceso sin que se plantee lo esencial: “¿Cómo la manejas? ¿En qué te basas? ¿Cómo se materializa?”.

Cuando Joan habla de sufrimiento, suele mencionar el término “pérdida”, y con este se refiere tanto a las pérdidas de personas, como puede ser una muerte, como a las de objetos. Para ejemplificarlo, coge un bolígrafo de la mesa y pregunta: “Esto es tuyo. Si no lo quieres y lo pierdes, ¿sufrirás?”. No. Y acto seguido: “Y si lo quieres mucho y lo pierdes, ¿sufrirás?”. Claro.

Nuestro sufrimiento, cuenta, depende de los sentimientos que tengamos respecto lo que hemos perdido. “Y a veces podemos querer más a un bolígrafo que a nuestro padre o a nuestra madre”, declara, “pero esto mucha gente no lo entiende”, lamenta.

Aunque esta visión puede resultar dura, y como dice él, “para algunos pueda parecer una barbaridad”, opina que hay que aceptarla e integrarla. Por ejemplo, en el caso de querer a un ser querido, al que le das amor, pero este te responde con desprecio, dice que hay que aceptar la situación, porque “si te tratan mal, ¿qué sucede? Que das más amor para que te quieran, pero si le das amor a alguien que no te quiere, se rebota más”, explica.

Una vez aceptada la situación, Joan asegura que podemos llegar a ser capaces de sacar a esa persona de nuestra vida, incluso si es nuestro propio padre o nuestra propia madre, lo cual conlleva una gran dificultad. El lado positivo de esto es que, a la inversa, hay que entender que a veces podemos llegar a querer a personas desconocidas como si fueran nuestros propios padres.

Más allá del sufrimiento individual está el colectivo, y como este es a menudo fruto de problemas estructurales, Joan lo enfoca desde otro punto de vista. Ante este tipo de sufrimientos, no basta con aceptarlos y dejarlos de lado. “Si pierdes el trabajo y tienes que irte a la calle y tienes hijos a los que alimentar, o lo aceptas o te destruye. Pero ¿cómo vas a aceptar irte a dormir a la calle con tus hijos?, ¿cómo se acepta eso? Aquí hay un problema social enorme”, expone.

En estos casos, opina que la aceptación sigue siendo necesaria. “Hay que aceptarlo, porque si no aceptas que te vas a la calle sufrirás porque no lo aceptas y porque duermes en la calle”, apunta. Es decir, entonces el sufrimiento será doble. Sin embargo, esta aceptación debe ir acompañada de la búsqueda de una solución, y reconoce que “es fácil decirlo, aunque es muy duro hacerlo”.

Cuando hablamos de sufrimiento, tendemos a anteponerlo a la felicidad, un concepto abstracto y ambiguo, pero que parece ser la aspiración psicológica de buena parte de la sociedad. Y un término que a Joan tampoco le gusta. “Es muy grandilocuente, pero está vacío de contenido”, sostiene. “Se dice, sé feliz, ¿pero se dice el camino para llegar a ser feliz? Eso no tanto”, lamenta.

En vez de obsesionarnos en buscar la felicidad, Joan dice que a lo que deberíamos aspirar es al crecimiento, la madurez y el autoconocimiento, sea en el grado en el que sea y pueda cada uno, y esto, de nuevo, pasa por la aceptación, y también por la toma de consciencia de los propios errores, que pueden ir desde el egoísmo hasta el mal carácter. Solo así, prosigue, podemos adquirir cierta paz hasta alcanzar la tranquilidad y la madurez. “Y entonces, cuando estás en paz interior, no te planteas si eres feliz o no, porque tu paz ya te da felicidad”, afirma.

Por poner un ejemplo de ello que podemos encontrar en el día a día y en relación con los demás, Joan plantea una situación en la que alguien nos habla mal. "Siempre hay dos puntos de vista cuando alguien dice algo, como lo ve esa persona y como lo ves tú, y pueden casar o no", se explica. Pero cómo dejemos que nos afecte el comentario solo depende de nuestra madurez, nuestra evolución y nuestro conocimiento de nosotros mismos. "Cuando realmente te conoces, escuchas y le das a lo que te dicen su más justo valor. Si te puede beneficiar, lo incorporas", cuenta. "Pero ¿cuál es el problema que tiene a la sociedad?", se pregunta, antes de responderse a sí mismo: "Que cualquier comentario negativo que le hagas a la gente es rechazado, y entonces estamos fastidiados, porque si rechazamos los comentarios negativos no podemos evolucionar".

"Conozco a un ser humano que es psicólogo y que ha hecho mucho bien, ha ayudado a muchas personas. Es alguien que goza de un gran prestigio a dondequiera que vaya y donde él vive", explica. "Pero su problema es que cuando le dices algo con lo que no está de acuerdo, se rebota brutalmente. Su ego destruye sus valores. Toda su capacidad de tolerancia y comprensión, que la tiene, se pierde por culpa de su ego", termina, dejando claro cuán frágil somos si no nos trabajamos, pues una persona puede cambiar su actitud solo a causa de un simple comentario.

Como plantea con esta anécdota, uno de los elementos que más daño nos hace, tanto a nivel individual como a nivel colectivo, es el ego. "Cuando alguien le hace a una persona con un ego desorbitado un comentario que no le gusta, este se rebela", ejemplifica. Esta reacción es fruto del ego, que a su vez lleva al orgullo y a la soberbia, y cuando se extiende a nivel social acaba causando grandes perjuicios. La solución a todo esto es simple, para Joan. "Lo tenemos todo para conseguir un mundo mejor", dice, refiriéndose a las capacidades que podemos trabajar con nosotros mismos, con nuestro propio conocimiento.

Y este es el camino de autoexploración que él mismo ha seguido, y prueba de ello son sus palabras y su obra literaria, que no quiere que se defina como "autoayuda", porque opina que a este género se asocia "mucho literatura, muchas páginas con mucha tinta, pero con poco fondo". Prefiere hablar de conocimiento interior.

Joan nunca pensó que acabaría escribiendo libros, y su primer contacto con la escritura fue totalmente intuitivo, fruto de la necesidad de registrar sus pensamientos. Se acuerda de que, en los inicios, andaba por la calle y cuando se le ocurría una idea que no quería olvidar, se detenía y la anotaba en una libreta. Al cabo de un tiempo, la cogió, la releó y se dio cuenta de que ya tenía 80 o 90 frases acumuladas. Entonces,

empezó a analizarlas y a desarrollarlas, y estas, de forma orgánica, empezaron a tomar la forma de lo que Joan creyó que podía ser un libro.

Precisamente, la escritura fue siempre tan orgánica para Joan que no se dio cuenta hasta los 78 años de que el orden cronológico de sus libros tenía un sentido, pues empezó hablando del autoconocimiento, luego se centró en las relaciones de pareja, y después en la educación, es decir, empezó desde dentro de uno mismo y fue avanzando hacia fuera, hacia nuestra relación con los otros y el mundo. Así, sus libros son la materialización del desarrollo de su pensamiento y aprendizaje.

Al preguntarle por referentes en el ámbito de la Psicología, Joan admite que no ha leído demasiado. De hecho, dice que nunca fue un gran lector, algo quizás influenciado por la dificultad comunicativa que tenía de pequeño, pero tampoco le hacen falta libros, porque todo el conocimiento que transmite en sus obras está dentro de él mismo. “Mi teoría es que, cuando naces persona, todo lo que los psicólogos aprenden en el despacho está dentro de ti”, declara.

Podría parecer que el hecho de no tener un bagaje académico puede jugar en su contra, pero mirado de otro modo, también puede darle puntos a favor. “Los que aprenden de la lectura pueden estar en cierta manera condicionados o contaminados. Sus estados, sentimientos y pensamientos no son puros, porque pueden haber sido modificados” argumenta. Además, cree que ese estudio no es necesario para alcanzar la paz interior que predica.

En el proceso de autoconocimiento de Joan, el deporte ha tenido un rol de especial importancia. Cuando era niño había jugado al fútbol, y más tarde, cuando cumplió quince años, su padre le regaló una bicicleta de carreras y estuvo compitiendo en esa disciplina durante un tiempo. Mucho tiempo después, a partir de los 50 años empezó a hacer *footing*, deporte que aún practica.

En la actualidad, Joan vive en el municipio costero de Calella, y cada semana corre unos 33 kilómetros. Alterna la zona montañosa y la zona marítima que están cerca de su casa, y va cambiando de circuito. Así, no se aburre como le pasaba corriendo en la ciudad, donde todo el recorrido es llano y con un paisaje similar.

Antes de la pandemia, Joan participó en varias carreras, como las de La Mercè, la fiesta mayor de Barcelona, y las organizadas por El Corte Inglés, pero ahora ya no le apetece hacerlo. Quiere seguir corriendo sin competir, en sus lugares favoritos y por su cuenta.

“Siempre he dicho que el movimiento es vida”, apunta. Para él, el deporte es como un “lavado de cerebro”, porque cree que mientras lo practicamos, los sentimientos y las emociones entran en una especie de fase de reposo, de modo que todos los problemas que tengamos en la cabeza pasan a un segundo plano y, cuando terminamos, nos sentimos como regenerados.

Con la edad, Joan expresa que cada vez nota más el paso de los años, sobre todo cuando sale a correr, porque se da cuenta de que necesita más tiempo para hacer los mismos kilómetros que antes, y eso, en ocasiones, le enfada, pero también le ofrece una oportunidad para entender el envejecimiento como parte del proceso vital.

Con siete libros publicados a sus espaldas y una mente en constante reflexión, Joan ha llegado a la conclusión de que hay diversas técnicas, disciplinas, creencias y líneas de pensamiento que no ha explorado, pero la razón de ello es clara: “La técnica más importante es la paz interior”. Afirma que todas las anteriores no sirven de nada si no parten de esta base.

“Es como antiguamente, que había un peón caminero que tenía su caseta y su tramo de carretera para vigilar. Eso era su base para poder saber en qué lugar tenía que hacer la reparación”, compara. “¿De qué me sirven las grandes investigaciones si yo, como ser humano, interiormente soy como un enanito?”, expone. “El enanismo interior no se combate con grandes libros, sino con libros sencillos, como estos, que toquen temas fundamentales para nuestro conocimiento”, afirma. Y lo que Joan espera haber aportado con sus libros es conocimiento sobre esta base.

Si desarrollamos los valores de los que habla en su obra, “entonces no buscaremos la felicidad, porque ya la tendremos”, reflexiona. Y después de eso, ya podemos hablar de los psicólogos y los psiquiatras, propone, porque ellos son el siguiente paso, una fase superior.

Al final de la entrevista, ante la pregunta de si va a escribir más libros, Joan responde que cree que no. “En principio no, ya me despido con este”, revela, señalando el ejemplar que nos ha regalado de su último libro, *Sentir es vivir*. “Ahora estoy en paz conmigo mismo”, añade, “creo que ya he llegado”.



Lucía Caballero: historia de una vida en positivo

“Todo puede tener belleza, aún lo más horrible”

Frida Kahlo



Lucía nació hace 68 años en Cáceres y se crio, junto a sus hermanos, en una barriada. “No carecíamos de nada, pero tampoco teníamos grandes lujos”, cuenta sobre su infancia. Cuando era pequeña, su casa no tenía baño ni agua corriente, pero con los años la pudieron ir arreglando. Su padre, que trabajaba en una mina de pirita, invertía todos sus ratos libres en ello.

“Nunca fuimos de vacaciones”, destaca Lucía. Pero para ella un equivalente era irse a casa de sus tíos, que vivían en el centro de la ciudad, cerca de la plaza de toros. O pasar todo el verano en el pueblo de su madre, que estaba cerca de Portugal, donde disfrutaba de los animales y la naturaleza.

“Mi madre era muy cariñosa”, asegura, “y yo era su preferida porque era un bicho, no paraba”. Hoy, Lucía sigue siendo tan activa como entonces. Se acuerda de cómo ayudaba a su madre a cocinar cuando aún era muy pequeña. Le decía: “Déjame hacerlo, que quiero aprender”. Y gracias a ello, cuando su madre enfermó de apendicitis, Lucía pudo cocinar. Entonces, iba a verla a su habitación y le preguntaba “¿está bien de sal?, ¿y de aceite?”, y ella le daba indicaciones. “La primera comida que hice fueron lentejas, no me olvido”, dice. Entonces tenía nueve años.

Además de cocinar, a Lucía le encantaba estudiar. A los catorce años estudió taquigrafía, mecanografía y contabilidad para ser administrativa, y ese mismo año empezó a trabajar. Sin embargo, en Cáceres nunca encontró un trabajo en ese sector. “Siempre nos presentábamos las mismas y nunca nos cogían. Las que entraban eran las enchufadas”, lamenta. Lucía conoció la precariedad laboral desde muy joven.

Primero fue aprendiz en una fábrica de confección, pero a los dieciséis años perdió el trabajo porque se cayó, se torció el pie y no le dieron la baja. “Me despidieron por faltar al trabajo más de tres días”, argumenta. Después, trabajó cuidando al hijo de una pareja, con quienes pudo hacer sus primeras vacaciones porque se la llevaron con ellos a Marbella. Y entonces, empezó a trabajar para dos hermanos solteros. Les hacía las tareas del hogar, pero solo duró un mes.

“Estaba allí todo el día, como no había lavadoras tenía que lavarlo todo a mano, me hacían fregar el suelo de rodillas y me hacían poner un uniforme negro con un delantal blanco, aunque eso sí me gustaba porque era como el de la Massiel”, apunta riéndose, pero añade: “Me tenían como una esclava para ganar nada”. Cuando Lucía le contó a su madre que tenía que lavar todas las sábanas a mano, ella fue a ayudarla, pero cuando los chicos la vieron se quejaron. “Aquí la que viene a trabajar eres tú”, le dijeron. Su madre, enfadada, les contestó: “Quédense ustedes con las sábanas y sus cosas, pero yo me llevo a mi hija”.

En una entrevista para una oferta de trabajo de administrativa, Lucía tuvo otra mala experiencia de la que no se ha olvidado. La habían citado a las ocho de la noche, y como era muy tarde y le parecía extraño, le pidió a una amiga que la acompañara. Cuando llegó, el hombre que la tenía que entrevistar se quejó de que no hubiera venido sola, aunque su amiga se quedó esperando fuera. Luego, ya en el despacho, empezó a hacerle preguntas personales a Lucía, como si tenía novio o estaba comprometida. “Y así, como soy yo, tan espontánea, le dije, *pero a ver, ¿qué tiene que ver que yo tenga novio para darme el puesto de trabajo?*”, relata. El hombre reaccionó con excusas: “Es que en esta empresa salimos mucho a cenar por la noche, y para que no haya ningún problema...”. Y Lucía lo cortó: “Pero ¿qué es lo que quieres, una secretaria o una señorita de compañía? Porque yo puedo ser secretaria, pero una señorita de compañía, búscala en otro sitio”. Y se fue.

Lucía también trabajó de cajera en un supermercado donde, al cerrar la tienda, también se encargaba de la contabilidad. Y más adelante entró a trabajar en una empresa que pertenecía a El Corte Inglés. La oferta a la que se había presentado era para administrativa en las oficinas, pero le asignaron un puesto de costurera y aunque le aseguraron que la avisarían cuando hubiera una vacante de lo suyo, nunca lo hicieron. Sin embargo, ella sabía que habían contratado a nuevas personas para el puesto que ella quería. Claro, esas tenían enchufe.

Lucía trabajó allí seis años, y lo dejó cuando se casó. A su marido lo había conocido durante las vacaciones en Cáceres, porque él había nacido allí, aunque se había mudado a Cataluña cuando era pequeño y solo iba en verano. Fueron novios durante cuatro años y después de que él hiciera el servicio militar se casaron y se mudaron al pueblo de él, en Santa Margarida de Montbui, cerca de Igualada.

Lucía se adaptó muy rápido a su nueva vida. “Nosotras llevamos aquí veinte años y tú que solo llevas uno, ya conoces a medio pueblo”, le decían sus nuevas amigas. “Es que yo siempre he sido muy abierta, y si voy a la carnicería o a la farmacia, pues hablo con la gente”, justifica sonriente.

Cuando tuvieron su primer hijo, Lucía se quedó en casa cuidándolo y desde allí trabajaba haciendo punto y confección para una fábrica. Tres años después, su segundo embarazo coincidió con que su marido perdió el trabajo. Él era tornero fresador y su empresa cerró. Los gerentes quisieron echar a todos los trabajadores sin pagarles lo que les correspondía, pero estos se organizaron y siguieron yendo a trabajar por turnos para evitar que se vendieran las máquinas. Como estuvo medio

año trabajando sin cobrar, tuvo que coger otro trabajo para tener ingresos y mantener a su familia. Trabajaba durante ocho horas gratis, y luego ocho horas pagadas.

En ese contexto de incertidumbre, sin embargo, la pareja dio el paso de comprarse un piso, y Lucía lo cuenta con el positivismo que la caracteriza, con la convicción de que siempre hay alguna forma de tirar adelante. “Dije *por lo que pagamos de alquiler, nos sale a cuenta*. Veía cómo construían unos pisos y me enamoré del ático”, explica, “sé que va a ser para mí, decía, y lo conseguí”.

“El niño vino con un pan debajo del brazo”, observa. Y es que cuando nació su segundo hijo, las protestas, manifestaciones y acampadas en las que participó su marido, pero también ella, ya que los trabajadores recibieron apoyo de las familias, los residentes del pueblo e incluso la policía, dieron su fruto. Al final, pudieron vender la maquinaria y recibieron el dinero pendiente del Fondo de Garantía Salarial. “Salimos adelante”, afirma Lucía.

Pocos meses después, los dos empezaron a trabajar en una fábrica de globos aerostáticos llamada Ultramagic. Él hacía los quemadores y ella las velas, con material impermeable. Y era difícil, porque trabajaba por piezas y estas tenían que estar muy bien unidas. “El globo coge mucha fuerza y si se rompe en un vuelo se puede caer y matarte”, asegura. De hecho, los dueños de la fábrica dieron la vuelta al mundo en globo, y en una ocasión la vela se rajó y se cayeron, aunque por suerte quedaron colgados en un árbol y se salvaron. “Ese globo lo arreglé yo”, apunta.

“Era la única fábrica de Europa de globos aerostáticos”, declara Lucía, orgullosa de su trabajo allí. Recuerda crear un globo que les encargaron desde Suiza, y hacer otro de más de 30 metros de altura para el European Balloon Festival que se celebra cada año en Igualada. Pero lo mejor de todo era cuando podía ir al aeródromo con los demás trabajadores y probar los globos que había hecho. “Mi hijo pequeño se subió a un globo por primera vez a los tres meses”, presume.

Cuando su hijo pequeño entró al colegio, enseguida le ofrecieron a Lucía entrar en el AMPA (Asociación de Madres y Padres de Alumnos) y allí fue presidenta, un rol que le permitió poner en práctica su motivación y ganas de hacer cosas nuevas y, sobre todo, su compromiso con los estudiantes. Entonces, coordinaba las actividades extraescolares, se le ocurrió llevar a los más pequeños a volar en globo para celebrar el fin de curso, y con la asistente social organizó un programa con el que ofrecían salidas gratuitas a estudiantes con el objetivo de que conocieran lugares emblemáticos de Cataluña, aprendieran sobre el arte románico y prerrománico y tuvieran acceso a actividades culturales, como actuaciones en el Palau Sant Jordi de Barcelona.

Desde que llegó a Santa Margarida de Montbui, Lucía se implicó profundamente en el tejido vecinal, y su compromiso por la educación también se vio reflejado en su lucha por conseguir un instituto para el pueblo. Su equipo consiguió apoyo del concejal de Educación del ayuntamiento y de los directores y el AMPA de otros colegios, y fueron varias veces a la Generalitat para hacer su demanda, hasta que se la concedieron. “Era mi obligación luchar por los alumnos”, asevera.

A los 37 años, la actividad de Lucía se detuvo de golpe, porque le detectaron un cáncer de mama. “Lo pasé muy mal con la quimioterapia, fueron cuatro meses con sesiones de tres semanas y era muy agresiva”, explica. Pero rápidamente empieza a recordar alegre, anécdotas de después de su mastectomía. Tras la operación, fue a Isla Fantasia con su familia. “Lo primero que hacía era mirarme el bikini y decía *uy, ¡que se me va a caer la prótesis!*”, relata, porque ella decidió no reconstruirse el pecho y utilizar una prótesis de silicona. Y explica también que un día se estaba bañando en la playa con la hija de una amiga suya. “Dije *¡ay, se me ha caído la teta!* Y la niña dijo *¡hala! ¿Y esa teta? ¿Se quita y se pone?* Y yo le dije *sí, las mías son más modernas que las de tu mamá*”, cuenta, “y luego llegamos a casa y le dijo a su madre *mamá, Lucía tiene una teta que es muy moderna porque se quita y se pone*”.

De la relación con sus hijos, recuerda que una tarde el pequeño llegó llorando del colegio. “Me ha dicho Manolo que te vas a morir como su abuelo”, le dijo, y ella le aseguró que eso no iba a pasar, le habló de la operación y le enseñó la herida y la funda en la que guardaba su prótesis. Lucía siempre ha hablado de su enfermedad con tranquilidad y sin tapujos, para así normalizarla.

Pero evidentemente, eso no ha sido fácil. “Yo he tenido momentos bajos, pero a mí nadie me lo ha notado. Me he metido en el cuarto de baño y he tirado de la cadena y he llorado todo lo que tenía que llorar para desahogarme porque mis niños eran pequeños”, confiesa. “En la vida tienes que saber afrontar las cosas y hay que mirarlo todo de forma positiva”.

Debido a su gran capacidad de resiliencia, no es de extrañar que cuando Lucía se recuperó, su oncólogo le propusiera ser voluntaria testimonial de la Asociación Española Contra el Cáncer en el Hospital Universitario de Igualada, para acompañar a mujeres que estaban pasando por la misma situación que ella había vivido. Para hacerse voluntaria tuvo que hacer entrevistas con cinco psicólogos, y recuerda que, de ocho candidatas, solo seleccionaron a tres porque las otras “les recordaban a las chicas que lo pasaron muy mal, y eso iba a hundirlas más. Lo que tenían que hacer era darles ánimos”. Lucía fue voluntaria durante 22 años.

Durante todo ese tiempo, estuvo yendo al hospital a visitar a las pacientes. Les contaba su experiencia, les daba fe de vida y ellas podían preguntarle dudas y compartir sus miedos. “Hace 30 años, cáncer era igual a muerte, pero yo les decía *mírame, yo estoy aquí, un 90% de los casos detectados a tiempo se curan*”. Además, también les ofrecía un libro de la asociación y les hablaba de temas muy variados, como hacer ejercicios con el brazo, porque en la operación se vacía la axila de ganglios y se puede atrofiar; cómo vivir el proceso con la pareja; o dónde comprar sujetadores con fundas para la prótesis.

A pesar de su optimismo, Lucía lo pasaba mal haciendo de voluntaria, pero seguía porque sabía lo importante que era su ayuda. Un día fue al hospital a llevarle a una chica que se llamaba Vicky un libro “muy bonito, sobre una modelo que también sufrió un cáncer de mama”. Y a los siete u ocho meses la enfermera de quimioterapia la llamó y le dijo que tenía el libro de Vicky para ella. Lucía le respondió que había quedado con Vicky para verse un fin de semana, pero la enfermera insistió y le dijo que lo había dejado en el hospital. “Entonces fui y le dije *¿qué pasa?*, pero estaba muy seria. Y dije *Esperanza, no me digas que Vicky...* y ella me respondió *se enterró hace cuatro días*”, recuerda. “Yo soy muy alegre, pero me dio un shock que no veas”, confiesa.

En otra ocasión, acompañó a una paciente que también se llamaba Lucía y que tenía un hijo de dos años. El marido de la chica la llamó para contarle que a su mujer le estaba sentando muy mal la quimioterapia, y Lucía le propuso que trajera al niño a las actividades de Navidad que organizaba para que se distrajera. Pero, aunque él aceptó, no fueron. “A la semana fui al tanatorio, porque se había muerto el tío de una amiga mía, y cuando entré vi que ponía Lucía... No me acuerdo del apellido”, explica, “y suerte que tenía a una amiga detrás, porque me desplomé. Me cogieron entre todas y justo me vio su marido que vino a abrazarme. El pobre no había tenido tiempo de avisar”.

“Pasaron muchas cosas de estas, pero yo siempre he sido fuerte y he dado ánimo”, reitera. Lo que Lucía guarda de esa experiencia es saber que fue de ayuda y el agradecimiento que recibió por ello. “A mí me dio una satisfacción personal grandísima saber que hablando media hora con una persona ya puedes ayudarla”, afirma. Sin embargo, es consciente de que a veces no se puede hacer nada al respecto, más que acompañar en el proceso. “Lo han superado muchísimas, pero otras no han podido, porque la enfermedad ha podido con ellas, todo depende del grado del cáncer”, explica.

A pesar de ello, en cualquier caso, es muy importante trabajar la actitud, no solo durante la enfermedad, sino también después de superarla. "Había una mujer que estaba amargada, y yo le decía *Juanita, tú estás amargada y amargas a tu familia, tú no vives. Olvídate de lo que has pasado, que lo pasado, pasado está*", recuerda de una mujer que se recuperó pero que a la mínima que sentía algún dolor o molestia pensaba que era cáncer otra vez. Y, de hecho, Lucía tuvo que dar esta lección también a sus propios padres. "Mi padre lloraba y decía *mi niña se va a morir...* Y yo le decía *papá, tú también te vas a morir, ¡nos vamos a morir todos! Pero los días que viva, déjame vivirlos a gusto y tranquila*".

Tan pronto como Lucía se recuperó de su cáncer, volvió a implicarse con su pueblo con la misma intensidad de antes, y llegó a ser concejala en el ayuntamiento durante dos años. "Entré porque llevaban mucho tiempo detrás de mí, el alcalde siempre ponía mi nombre en la lista", explica. Cuando sus hijos eran pequeños ella siempre decía que no quería, pero con los años, al final la convencieron. Entró en el área de Acción ciudadana, y su trabajo consistía en recorrer el pueblo y encargarse de los problemas que surgieran en la calle, como si faltaba una papelera o la bombilla de una farola estaba fundida. "La gente venía a quejarse a mí", admite.

"Eran todos hombres, la única mujer era yo", puntualiza sobre cuando entró en el ayuntamiento, pero eso no la intimidó. El primer día, cuando entró al despacho para hacer la primera reunión vio que muchos estaban fumando y dijo "si no dejan de fumar, me voy", porque ella había organizado cursos para dejar de fumar de la Asociación contra el Cáncer durante años.

Con la asociación, además del voluntariado, Lucía también coordinaba todo tipo de actividades para recaudar fondos, desde carreras y caminatas solidarias hasta chocolatadas y paellas. "Llegamos a hacer una paella para 500 personas", destaca.

Si Lucía dejó de hacer todas esas actividades no fue porque se cansara, sino porque se fue del pueblo. Con su marido y sus hijos se mudó a Roda de Barà, donde vive hoy, porque tiene problemas en los huesos y el reumatólogo le recomendó que se fuera a vivir cerca de la playa. Como era de esperar, Lucía no tuvo problemas en adaptarse, hacer nuevas amistades e implicarse con la comunidad local.

"Rápidamente, me engancharon para otra asociación que se llama Luz de Luna y es cultural", explica. "Hacemos salidas de uno a tres días, organizamos los carnavales, tenemos actividades de yoga, pilates, gimnasia, bailes de salón... Y nos lo pasamos

pipa”, asegura. En esta, ha sido presidenta y ahora es vocal. Y también es colaboradora de la Llar dels jubilats (Hogar del Jubilado) de Roda de Barà, donde nos encontramos para hacer la entrevista. Aquí, por ejemplo, da talleres de memoria para personas mayores, e incluso durante el confinamiento los siguió haciendo por teléfono, y afirma que a la gente le fueron muy bien. Hoy mismo, en la Llar han organizado un baile. Mientras hablamos, empieza a llegar gente arreglada para la ocasión. “Bailar me encanta, y mira que estoy fatal de la rodilla. Pero si me duele igual bailando que sin bailar, ¡pues voy a bailar!”, exclama.

Después de la quimioterapia, Lucía empezó a desmayarse de forma recurrente, y aún pierde el conocimiento de vez en cuando. Además, tiene artrosis, osteoporosis, una alergia crónica de causa desconocida y fibromialgia. A raíz de la última tuvo depresión, y sigue en tratamiento para evitar recaídas. “Pero yo he sacado fuerzas para seguir adelante”, asevera. Su oncólogo, que la visita desde hace más de 30 años, un día le dijo: “Yo conozco a personas que están mucho mejor que tú y que están en silla de ruedas”.

Después de todo lo vivido, Lucía no quiere detenerse, y es que sabe que no hay nada más valioso que el momento presente. “Yo he tenido solo el sueldo de mi marido, llevamos 43 años casados y, gracias a Dios, el año pasado nos pudimos permitir el lujo de ir a un crucero y a un balneario”, cuenta. “Nos gastamos un dineral, pero me da igual. Lo que tengo me lo disfruto, porque luego viene una pandemia y se te lleva”.

La personalidad de Lucía le ha permitido disfrutar a pesar de las dificultades, y ella ha ayudado a otros a hacer lo mismo. Por ello, ha sido reconocida. En Santa Margarida de Montbui fue galardonada con los premios Bou, que se entregan a personas que han contribuido de forma notable en el pueblo. Sin embargo, para ella el mayor reconocimiento es el de las personas y las familias que han recibido su apoyo.

Cuando se fija en el contexto sanitario actual, especialmente en las personas que tienen cáncer, Lucía se muestra muy satisfecha con los avances científicos, pero también sociales, de los últimos años. Destaca que a diferencia de lo que pasaba en su época, ahora existen muchas asociaciones, figuras como la del psico-oncólogo e incluso ayudas a las familias en materia de vivienda.

Sin embargo, Lucía deja claro que, ante el cáncer, pero en realidad ante cualquier adversidad, lo importante es sacar fuerza de uno mismo. “Tú mismo te tienes que dar ánimo, porque por mucho que te digan, si no pones de tu parte nadie te podrá ayudar”, concluye.

Cuando Lucía insiste en la necesidad de ser positivo, se refiere a no quedarse atascado en el pasado, a mirar hacia delante y a vivir día a día. "Porque para vivir amargada, mejor que no", sostiene, "pero bueno, esta es mi opinión. Cada uno tiene la suya".

Al acercarnos al final de la entrevista, Lucía parece impaciente. Tiene ganas de bailar. "¡Para divertirme, aquí estoy yo!", concluye.